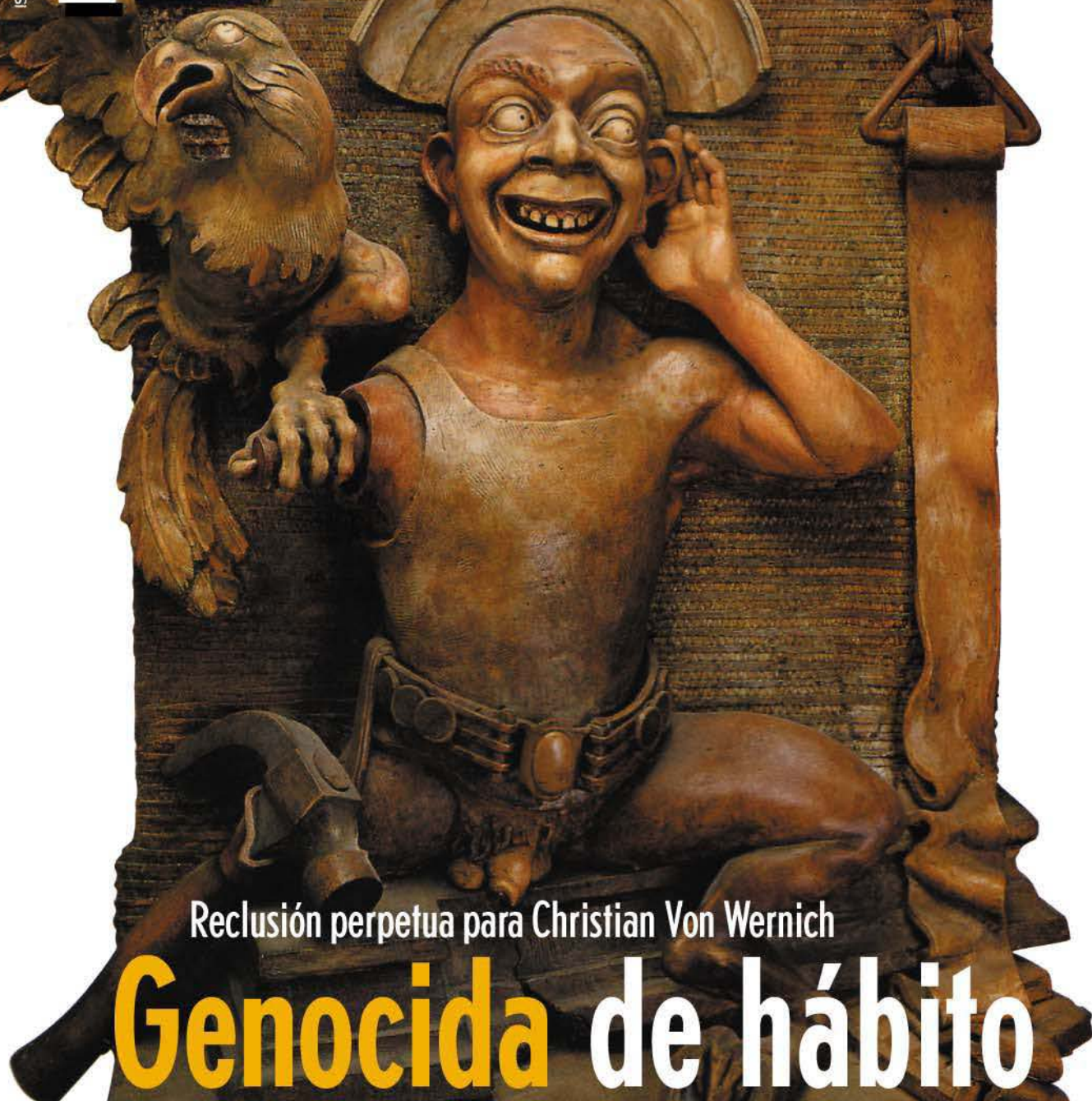


ISSN 1669 8452 - Argenti

puentes

Año 7 - Número 22 - Diciembre 2007



Reclusión perpetua para Christian Von Wernich

Genocida de hábito

Escriben y opinan: Fortunato Mallimaci, Guadalupe Godoy, Carlos Dulau Dumm, Felix Crous y Martín Obregón. **Entrevista con Daniel Feierstein:** El genocidio como práctica social. **Pedagogía de la memoria** por Sandra Raggio, Nancy Nicholls, Martín Legarralde y Claudia Girón. **H.G. Oesterheld** revisitado por Guillermo Saccomanno, Ana Longoni y Pablo Luzuriaga.

sumario

4. Genocida de hábito. Por Daniel Badenes y Lucas Miguel. **18.** La condena a la catolización y militarización del Estado. Por Fortunato Mallimaci. **20.** Entrevista con Daniel Feierstein, especialista en el estudio de los genocidios como prácticas sociales. Por Juan Bautista Duizeide. **30.** Políticas de la memoria. Cuando el presente evoca el pasado. Por Sandra Raggio. **34.** Chile: las paradojas de la memoria entre el boom y la negación. Por Nancy Nicholls. **40.** El ejercicio de la memoria en la escuela. Un desafío múltiple. Por Martín Legarralde. **46.** Colombia: la pedagogía social de la memoria histórica. Por Claudia Girón Ortíz. **50.** Balance del VI encuentro de Jóvenes y Memoria, Chapadmalal 2007. Por Diego Díaz. **56.** Adelanto del informe 2007 del Comité Contra la Tortura. **60.** Los censores y la literatura infantil y juvenil. Por Josefina Oliva. **66.** Héctor Germán Oesterheld, escritura y memoria. Por Guillermo Saccomanno. **79.** De coincidencias y profecías. Por Ana Longoni y Pablo Luzuriaga. **86.** Comisión Provincial por la Memoria. **89.** Dossier documentos. De lo secreto a lo público. 1965: ¿Dónde está el Che? Las respuestas de los servicios de inteligencia argentinos. Por Patricia Funes.



Por Daniel Badenes y Lucas Miguel

Fotografía Alejo Garganta Bermúdez

La Justicia condenó a un cuadro operativo e ideológico de la cruzada occidental y cristiana cuyo resultado fue un genocidio reorganizador. Puentes recupera un puñado de las historias que se narraron en un juicio atípico por la diversidad de las víctimas: desde militantes revolucionarios hasta empresarios que manejaron el precio del dólar. El proceso oral también evidenció ciertas matrices ideológicas de la Iglesia que determinaron su compromiso institucional, el antisemitismo de los represores y la coordinación represiva del Plan Cóndor. Opinan: Fortunato Mallimaci, Felix Crous, Carlos Dulau Dumm, Martín Obregón y Guadalupe Godoy,

Reclusión perpetua para Christian Von Wernich

GENOCIDA de hábito



Christian Federico Von Wernich es un torturador y asesino que formó parte de un comprobado plan criminal y para llevar adelante su tarea utilizó los hábitos sacerdotales de la Iglesia Católica Apostólica Romana autoatribuyéndose una misión pastoral, consideraron los miembros del Tribunal Oral en lo Criminal Federal N° 1 de La Plata, que le impuso la pena de reclusión perpetua por delitos de lesa humanidad cometidos en el marco del genocidio, la misma fórmula que había utilizado un año antes al condenar al comisario Miguel Etchecolatz.

El 1 de noviembre se conoció esa sentencia, tras un proceso oral que llevó más de 25 jornadas, entre la indagatoria del acusado, las audiencias testimoniales, las inspecciones oculares a centros clandestinos y los alegatos. Declararon 75 testigos, incluyendo a cuatro miembros de la institución católica: Rubén Dri, Rubén Capitano, el obispo emérito Miguel Hesayne (lo hizo por escrito) y Pedro Traveset (mintió, fue detenido y se le abrió una causa en consecuencia).

Von Wernich fue condenado en calidad de coautor o partícipe necesario por 41 casos de privación ilegítima de la libertad, 31 de aplicación de tormentos y 7 asesinatos. El proceso oral que comenzó en julio —aunque su origen se remonta al pedido de detención realizado hace más de cuatro años— tuvo en el banquillo de los acusados a “un cuadro ideológico”, como lo caracteriza Guadalupe Godoy, abogada integrante de la querrela.

Aunque el debate oral dejó planteadas dudas sobre cómo obtuvo su título, Von Wernich es un sacerdote católico que se desempeñó como capellán de la Policía bonaerense entre marzo de 1977 y abril de 1985, cuando fue exonerado a raíz de declaraciones periodísticas. El tipo de victimario constituyó el primer contraste entre este juicio y los anteriores: “Se ven las diferencias de clase de los policías de la provincia con éste, un tipo que viene de la clase media alta, con una formación”, interpreta Godoy. “Además, quedó en claro que ese rol que cumplió de inteligencia lo sigue cumpliendo: el rol de quebrar”.

Las características de las víctimas —y en consecuencia, de los sobrevivientes que testimoniaron— constituyeron otro rasgo distintivo del proceso. Había personas mayores, que hablaban de los “chicos” con los que compartieron cautiverio. Había empresarios y ex funcionarios de gobierno; ya no sólo militantes. “Eso le dio una riqueza política mucho mayor. Había gente con distintas elaboraciones ideológicas de lo que había sucedido”, comenta Godoy.

La presencia de una clase acomodada entre las víctimas tuvo que ver con dos de los cinco centros clandestinos sobre los que versó el juicio oral: Puesto Vasco, ubicado en la localidad quilmeña de Don Bosco, y COTI Martínez. Según se caracteriza en el pedido de elevación a juicio de la causa, firmado por el fiscal Sergio Franco en diciembre de 2006, esos centros tuvieron la singularidad de haber sido utiliza-

dos para la represión ilegal de ex funcionarios de gobierno y empresarios, en el marco de lo que los propios represores denominaron actividades de subversión económica, una excusa más del régimen para apropiarse bienes de personas desaparecidas, perseguir a determinados grupos de empresas o empresarios a los que se vinculaba a alguna organización armada o lisa y llanamente para quitar del medio a contratistas o adjudicatarios de licitaciones que pudieran perjudicar los negocios espurios de algunos funcionarios del régimen.

Un cuerpo colegiado de la tortura

Osvaldo Jorge Papaleo había sido secretario de Prensa durante el gobierno constitucional y era además cuñado del banquero David Graiver, a quien se acusaba de ser financista de Montoneros. Luego del secuestro de su hermana, en marzo de 1977, leyó un artículo en la revista *Somos* que vinculaba a Montoneros, al grupo Graiver y a él, como funcionario de la Presidencia. Algo similar había publicado el diario bahiense *La Nueva Provincia*, ligado a los militares más reaccionarios. Sorprendido, envió una carta documento a la editorial *Atlántida* para que rectificaran la información. A la tarde, su amigo Rogelio Frigerio, el líder del Movimiento de Integración y Desarrollo, lo visitó para avisarle que sería detenido por fuerzas conjuntas del Ejército y la Policía bonaerense “que estaban actuando en el caso Graiver”. “Me dijo que tratase de organizar mi vida a la espera de esa detención, que efectivamente se produjo esa noche en mi casa”. Tras un largo paseo en auto, con escalas en otros secuestros, Papaleo fue llevado a un calabozo de Puesto Vasco. Unos días después, el encargado del lugar lo llamó para firmar una especie de acta con sus dichos en los interrogatorios. Tenía en sus manos el original de la carta enviada a *Atlántida*: “Tus problemas empezaron cuando mandaste esto”.

Luego, supo por su familia que *Somos* había publicado declaraciones de él y de su hermana tomadas en sesiones de tortura. Una y otra vez, aplicándole una picana eléctrica, le habían preguntado por su actividad política, su vinculación con los Gravier y, lo que más le llamó la atención, si conocía que Héctor Ricardo García —director del diario *Crónica*— era judío. “Eran preguntas de ese nivel de información, que yo desconocía”, relató al Tribunal integrado por Carlos Rozanski, Horacio Isaurralde y Norberto Lorenzo. En una ocasión, terminado el interrogatorio, vio que estaba presente Ramón Camps.

El jefe de la Policía era parte del sector con posiciones más duras entre quienes habían participado del golpe. Se lo conocía como Grupo La Plata y estaba formado por el sector más inflexible y cavernario del Ejército, según relata Hernán Brienza en su libro *Maldito tú eres: Representado en el gabinete nacional por el ministro de Planeamiento, Genaro Díaz Bessone, el grupo estaba comandado en la calle por*

Suárez Mason, un hombre que pertenecía junto a Camps a la logia neofascista Propaganda 2... También pertenecían a ese núcleo duro Ibérico Saint Jean, que ocupaba el cargo de gobernador, y el comisario Miguel Etchecolatz, que secundaba a Camps en la jerarquía como Director General de Investigaciones.

“Parecía que había una especie de puja interna entre miembros del Ejército, hablaban de un nacionalismo no muy claro. Era gente con una estructura mesiánica”, caracteriza Papaleo quizás sin saber detalles de nombres y cargos, pero con la experiencia vivida en carne propia. Tal es así que un día recibió la visita de Christian Von Wernich, uno de los miembros de la Iglesia que completaban el Grupo La Plata, junto a monseñor Antonio Plaza, que además de liderar la diócesis platense era capellán general de la Policía.

“Su presencia era posterior pero coincidía con las torturas. Y tenía conocimiento de lo declarado en los interrogatorios”, caracterizó Papaleo el *modus operandi* del imputado, al que vio y del que oyó hablar a otras víctimas, como la madre de David Graiver: “no creíamos que trajera afecto o contención; por el contrario, era parte de un todo”.

Cuando la patota aparecía, también lo hacían el sacerdote y el médico. “Era como un cuerpo colegiado de la tortura, cada uno tenía su rol”. El testigo consideró que Von Wernich “no era un interrogador habitual” pero “era parte del operativo, de otra forma, con otro estilo: tenía gran nivel intelectual”. Puntualizó, además, que no tenía restricciones para circular. Uno de los jueces quiso saber si daba órdenes, “si tenía poder de mando”. La respuesta fue: “No daba órdenes. No era necesario”.

A diferencia de lo que narraron otros testigos, a Papaleo no lo sorprendió encontrar un sacerdote en Puesto Vasco. Meses antes, desde que se produjo el golpe y hasta julio de 1976, había estado detenido con otros funcionarios del gobierno depuesto, en el Barco “33 orientales”, donde recibió la visita de monseñor Adolfo Tortolo. Por esa experiencia, si bien no le parecía natural, la cercanía de miembros de la Iglesia con el poder represivo, le resultaba lógica. Tortolo era vicario castrense y había participado del coro de voces eclesiales que promovieron y justificaron el golpe.

Guerra santa

“¿No querrá Cristo que algún día las fuerzas armadas estén más allá de su función? (...) los militares han sido purificados en el Jordán de la sangre para ponerse al frente de todo el país...”. En esos términos habló el vicario general Víctorio Bonamín en una homilía ante el Ejército, el 23 de septiembre de 1975. Faltaban seis meses para el golpe. Una vez consumado, en octubre de 1976, Tortolo dio un discurso en el marco de la “Semana de religión y moral” —donde otorgaron premios a la *virtud militar*— e interpeló a los soldados sobre la existencia de “dos alternativas: ser fieles o traidores a Dios y a la Patria. Los paños tibios o los me-

dios términos no corren en esta hora del mundo”.

“La Iglesia argentina en 1976 era muy conservadora, una docena de obispos tradicionalistas tenían una fuerte presencia, y fueron hegemónicos en la coyuntura más crítica, entre el 73 y el 76”, explica Martín Obregón, autor de *Entre la cruz y la espada*. Para este historiador, Tortolo y Bonamín son los nombres emblemáticos de una “política de disciplinamiento muy fuerte que toma la jerarquía católica”, tras la tensión de los años posteriores al Concilio Vaticano II. “Las figuras del tradicionalismo católico más exacerbado ocupan el centro de la Iglesia nacional. Es el caso de estos dos personajes, representantes de ese catolicismo integral que levantaba por ejemplo ideas de la Guerra Santa, de la lucha contra los enemigos de la patria, etcétera”.

Entrada la dictadura, Tortolo llegó a defender las torturas a partir de argumentos teológicos, en plena asamblea plenaria, según textos publicados por Emilio Mignone y Horacio Verbitsky. Principal enemigo de los sacerdotes tercermundistas, llegó a presidir la Conferencia Episcopal Argentina como respuesta al avance de sectores progresistas al interior de la Iglesia.

Esas figuras no estuvieron solas en el concierto de voces restauradoras. En septiembre de 1976, en Mendoza, monseñor Olimpo Maresma afirmó en un acto religioso: “el enemigo vive en nuestro interior y lo que es más grave, está alojado en el interior de muchos argentinos. Por eso nuestro trabajo debe ser total: debe abarcar el cuerpo y el espíritu (...) estamos en una guerra casi civil que no hemos declarado y que nos han declarado”. Un mes después, Bonamín insistió: “La Providencia puso a disposición del Ejército el deber de gobernar, desde la presidencia hasta la intervención de un sindicato”.

En mayo de 1977 la C.E.A. —que sistemáticamente se negó a recibir a las Madres de Plaza de Mayo— fue visitada por el jefe del Ejército y dos generales responsables de Inteligencia. Al terminar la reunión, monseñor Ildefonso Sanserra, de San Juan, explicó: “nos informaron con amplitud sobre la situación actual del país en el marco de la actividad defensiva y ofensiva contra la guerrilla subversiva (...) al término de la exposición de los generales hubo un intercambio de ideas en un clima verdaderamente cristiano y patriótico”.

En septiembre de 1979, ante la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, monseñor Guillermo Bolatti, de Rosario, consideró que “cada país debe regular los derechos humanos, no deben ser los extranjeros los que nos vengán a indicar lo que tenemos que hacer”. En noviembre de 1982, en pleno ocaso de la dictadura, el Arzobispo de Buenos Aires, Juan Carlos Aramburu, aseguraba en Roma que “en Argentina no hay fosas comunes y a cada cadáver le corresponde un ataúd”.

Son sólo algunas muestras del apoyo expreso que brindó la cúpula de la Iglesia al plan criminal, y que nunca se revisó a fondo, más allá de algunas adecuaciones a los nue-

vos tiempos políticos. Por ejemplo, cuando asumió Raúl Alfonsín, en un documento titulado *Democracia, responsabilidad y esperanza, el episcopado argentino reconoció que pudo no acertar en todo lo que dijo e hizo. Los obispos somos hombres limitados; pero podemos afirmar que siempre procuramos obrar y hablar de acuerdo a los dictados de nuestra conciencia de pastores.*

Incluso en democracia, ciertas expresiones se mantuvieron, aunque pasaron a ser consideradas exabruptos. En Salta, a comienzos de 1984, monseñor Mariano Pérez habló de la necesidad de “erradicar a las Madres de Plaza de Mayo y a los organismos de derechos humanos que pertenecen a una organización internacional, lo mismo hay que terminar con la exhumación de cadáveres N.N. que es una infamia para la sociedad”. Ese mismo año, Von Wernich declaró a *Siete Días*: “que me digan que Camps torturó a un negro que nadie conoce, vaya y pase, pero cómo iba a torturar a Jacobo Timerman...”.

Sentimientos encontrados

Timerman fue una de las primeras personas que Papaleo vio en Puesto Vasco. “Todos estaban mal, pero Timerman estaba peor”, recordó en el juicio. Y si en su caso era sorprendente la relación de editorial *Atlántida* con la tortura, el de Timerman también tenía sorpresas: “venía gente civil de la revista *Cabildo* a interrogarlo... Era un trofeo para ellos, decían *tenemos a este tipo del sionismo* y cuando contestaba algo que no les gustaba, lo golpeaban”.

Así como algunos medios participaban del entramado de poder que sostenía la represión, otros lo padecieron. En ese sentido, el juicio incluyó el caso de Timerman —había apoyado el golpe, pero sus internas lo convirtieron en una víctima paradigmática— y el de Juan Ramón Nazar, director de *La Opinión* de Trenque Lauquen. Además del oficio periodístico, que antes había ejercido como corresponsal de *Clarín*, Nazar era presidente de la Federación Económica de la Provincia de Buenos Aires, que congregaba pequeños y medianos empresarios e integraba la Confederación General Económica liderada por José Ber Gelbard, que fuera ministro de Economía de Perón.

Nazar fue secuestrado en julio de 1977 y llevado a Puesto Vasco, donde compartió cautiverio con varios ex ministros de la gobernación de Calabró. Contra sus expectativas, nunca estuvo a disposición de un juez o bajo la órbita del Poder Ejecutivo. “Estaba a disposición de grupos de personas que actuaban como sicarios, como mercenarios”, relató en el juicio. Durante más de un año en que estuvo privado de su libertad, el propio Nazar sintió que estaba “más cerca de la muerte que de la vida”. En la tortura lo interrogaban acerca de su actividad periodística y le preguntaban qué conocía del Plan Andinia —supuestamente diseñado por el sionismo internacional para apoderarse de la Patagonia— y de un pacto celebrado entre Perón y Gelbard. Por el ori-

gen judío de Gelbard, Nazar relacionó esa pregunta con la anterior. No tenía respuestas para ninguna de las dos. Y las torturas siguieron. Un día, en el umbral de su diminuta celda, apareció la figura de Von Wernich. “Tuve sentimientos encontrados”, relató el ex detenido desaparecido. “La esperanza de que venía alguien desde afuera se contradecía con la situación de un sacerdote en ese lugar”. El cura relató que venía de ejercer el sacerdocio en Noberto de la Riestra y Nazar le preguntó que hacía entonces en esa celda. “Le vine a dar asistencia espiritual...”.

Pronto quedó claro que no era así. El sacerdote no podía ignorar el estado en que se encontraban en Don Bosco. Nazar fue contundente al respecto en el juicio: “No podía desconocer absolutamente nada. Es más, si llegó hasta allí es porque tuvo la autorización del jefe del lugar e ingresó con absoluta tranquilidad, sabiendo los nombres y apellidos de cada uno de los que estábamos allí; no llegó por casualidad”. Por eso la sensación de esperanza pronto “se transformó en duda y en rechazo, no podía concebir que un religioso estuviera en un lugar clandestino”.

Sin embargo, lo de Von Wernich no era un caso aislado. “Forma parte de esa corriente que a mediados de los ‘70 alcanzó el poder dentro de la Iglesia”, insiste Martín Obregón. En ese contexto, otros sacerdotes cumplieron roles similares. En el Pozo de Arana se vio al padre Luis Astolfi, capellán del Regimiento 7. La Escuelita, un centro clandestino de Bahía Blanca, era visitado por el sacerdote Aldo Omar Vara. En el campo de Guerrero vieron al vicario José Miguel Medina, que fue obispo de Jujuy. El de la diócesis de San Miguel, Federico Gogala, visitaba embarazadas que estaban en Campo de Mayo y cuyos hijos fueron apropiados. Quienes estuvieron en Caseros recuerdan a los padres Silva y Alejandro Cacabelos, que ejercían la tortura psicológica igual que Von Wernich. Y las ex presas de Devoto hablan de Hugo Mario Bellavigna, a quien bautizaron “San Fachón”. “Primero soy penitenciario, segundo capellán y tercero sacerdote”, se definía él mismo. Otras denuncias recaen sobre el ex Nuncio Pío Laghi a raíz de su paso por Tucumán. “Es una figura difícil de analizar. Hay gente vinculada a las organizaciones de derechos humanos que plantea que Laghi intentaba moderar la metodología represiva”, advierte Martín Obregón: “Laghi jugaba al tenis con Massera, así que es un poco difícil de sostener ese argumento”.

El propio obispo de La Plata fue visto en centros clandestinos. Su vinculación con los represores —que incluye haber entregado a su propio sobrino— quedó manifiesta una vez más con una anécdota narrada en el juicio por Julio Miralles, quien estuvo a punto de perder su trabajo como abogado de la Dirección General Impositiva, tras un cautiverio que duró cuatro meses. “Hijo, ¿cómo estás?”, le preguntó monseñor Plaza cuando se encontraron. “¿Cómo quiere que esté? Están torturando a mi padre, estoy a cargo de mi familia, al estudio nadie se quiere acercar y voy a perder la única fuente



de dinero, que es mi puesto en la D.G.I., porque no logro justificar mi ausencia del trabajo”. Plaza prometió ayudarlo. Consiguió que se librara un oficio, firmado de puño y letra por Camps, que reconocía su detención.

Muchos otros sacerdotes católicos que no visitaron centros de detención contribuyeron dando sostén anímico o espiritual a los represores. “Hay algún momento en que los que están involucrados en esas actividades dudan si lo que están haciendo está bien o no”, detalla Obregón. *“Hay testimonios de quienes iban a preguntar y los capellanes les decían que hacían lo correcto, lo necesario, que era una lucha en defensa de Dios...”*.

La otra Iglesia

Casos excepcionales eran, en todo caso, los de religiosos que se comprometieron con la defensa de los derechos humanos pese al clima institucional adverso. Los hubo y eso también quedó claro en el reciente debate oral.

“Durante el juicio aprendí mucho de una Iglesia Católica que existió al margen de las cúpulas o el Episcopado... Si

en algo me puedo encontrar reconfortado es de haberlo escuchado a Capitano o a Dri”, valora el fiscal Carlos Dulau Dumm, uno de los representantes del Ministerio Público.

El testimonio de Rubén Capitano resultó uno de los más impactantes del proceso. Como cuestionó uno de los abogados defensores en su alegato, “vino a deponer casi como perito en cuestiones sacerdotales”. En verdad, validó con su condición de religioso algo que sonaba obvio a la mayoría: que la presencia de un cura en un centro clandestino, como parte de la estructura, era una “incoherencia” inexplicable. Capitano recordó e interpretó palabras del Evangelio, que disponen la defensa de la dignidad humana.

Mucho más que un perito, el párroco de la localidad neuquina de Centenario tenía varias cosas para decir, incluso sobre su experiencia personal. Aunque no fueron compañeros, Capitano se cruzó con Von Wernich en el Seminario de La Plata, ciudad de la que se fue cuando ya se desempeñaba como cura, gracias a una oportuna advertencia de Plaza. Estaba señalado por los aparatos de inteligencia, presumiblemente por el trabajo que había realizado en la cárcel

de Olmos antes de ordenarse sacerdote. El compromiso en la denuncia de situaciones inhumanas lo llevó primero a mediar en un motín, por pedido de los presos, y luego a desempeñarse como interventor. Ocupó ese rol durante 40 días de gobierno peronista y denunció irregularidades de la gestión anterior, que implicaban a dos coroneles. Entrado 1976 y advertido del peligro, decidió un exilio interno hacia Neuquén, ya que tenía una amistad con el obispo Jaime de Nevares. Antes de irse, de paso en la Catedral de 9 de Julio, tuvo su último contacto con Von Wernich: “sabía que estabas acá, me lo dijeron en la Regional”, le dijo sonriente el confesor de Camps. “Sentí que era controlado por las fuerzas de la represión. Era como un aviso”.

En una sala colmada, Capitanio esbozó la autocrítica que su institución rehuye: reconoció que la Iglesia fue “escandalosamente cercana a la dictadura, con un grado de complicidad pecaminoso”.

Suele hablarse de la “otra Iglesia”, aunque en rigor la Iglesia es una sola, llena de contradicciones. El sector al que pertenecieron Capitanio y su obispo De Nevares, tuvo una importante cantidad de víctimas, entre asesinados y detenidos políticos. “Indudablemente la Iglesia también tiene su cuota de mártires”, reconoció el párroco en el juicio oral y procuró nombrarlos uno a uno: “Angelelli, los curas palotinos, las religiosas francesas, el obispo Carlos Ponce de León y otros sacerdotes; muchos laicos también... Muchos de nuestros catequistas, a quienes les enseñamos a defender la vida y después cuando la defendieron, los abandonamos. La iglesia es el único caso que conozco de una madre que no buscó a sus hijos”.

Lejano a las tibias posturas de su institución, antes de concluir su testimonio, Capitanio quiso agradecer: “A lo mejor alguno va a pensar que este juicio es un ataque a la Iglesia y yo quiero decir que es un servicio. La verdad y la justicia, que podrá ser una justicia humana, limitada, pero es un servicio a la Iglesia”. Y en su nombre pidió perdón “por no haber sido, todavía, la Iglesia que debimos ser: cerca de los crucificados y no al lado de los crucificadores”. El aplauso fue contundente. A la tarde fue el turno de otro sacerdote, que volvió la mirada sobre la complicidad y el silencio.

El pecado del padre Pedro

El cura Pedro Traveset no estaba entre los testigos previstos. Lo convocaron luego del testimonio de Héctor Rossi, quien aseguró que el párroco de Trenque Lauquen fue una de las personas con las que compartió el dolor por el secuestro y la desaparición de un amigo suyo, Eduardo Lugones. Según el testigo, Traveset le transmitió que estaba muerto: así le había informado Von Wernich.

La citación coincidió en fecha con Capitanio y Dri. La monja Marta Pelloni siguió los testimonios entre el público. Cuando le tocó declarar, Traveset juró decir la verdad y aseguró que no tenía ningún vínculo particular con el acusado. Te-

Suele hablarse de “otra Iglesia”, aunque en rigor la Iglesia es una sola, llena de contradicciones. El sector al que pertenecieron Capitanio y su obispo De Nevares, tuvo una importante cantidad de víctimas, entre asesinados y detenidos políticos.

nía puesto el clergiman. Y empezó a negar.

No se enteró de la existencia de desaparecidos hasta 1992, dijo. Supo que juzgaron a las juntas, pero no por qué. Rossi nunca le contó un hecho así. En dos décadas jamás habló con Von Wernich otra cosa que “cuestiones pastorales”... Ése fue el tenor de su declaración, que llevó a que propusieran un careo para la audiencia siguiente.

Rossi saludó a su viejo confesor con un cariño que pronto se hizo trizas: era evidente su dolor mientras lo escuchaba reiterar la postura que ya había expuesto al Tribunal: “Esto es algo muy serio, muy grave, muy gordo. Me puedo olvidar de una reunión, pero no de esto”, decía, intentando sustentar que nunca supo del desaparecido.

“Me movió mucho, Rossi le pedía por favor que dijera la verdad y él se desentendió”, evalúa el fiscal Dulau Dumm, que terminó solicitando la detención de Traveset: “Sé por un sinnúmero de amigos de la zona donde él desempeña su función, que es un hombre respetado, querido. Pero su comportamiento ante el tribunal fue otra cosa. Cuanto menos fue reticente”. Además, había mentido cuando declaró que su relación con Von Wernich era lejana. Tras múltiples preguntas, Traveset reconoció que lo había visitado durante su cautiverio, tanto el año pasado como en los ‘80, cuando pasó una semana detenido en el subsuelo del Congreso por burlarse de los legisladores.

El Tribunal accedió al pedido y lo puso a disposición del Juez Federal de turno. El sacerdote pasó una noche en la alcaldía y se llevó a Trenque Lauquen una causa abierta.

La interna

Duros y blandos: la magnitud de la represión de Estado que el propio Tribunal calificó como “un genocidio”, hace difícil consentir esas diferencias. No obstante, las pugnas de poder entre los represores existieron y dan contexto a buena parte de los casos de privación de la libertad y tormentos por los que se juzgó al ex confesor de Camps.

El 31 de mayo de 1977 sonó el timbre en la casa de los Miralles. Los visitantes exhibieron credenciales de policías, pero fue la única formalidad: era una *patota* al mando de Beato Cozzani, mano derecha de Etchecolatz. Se llevaron a Julio pero no les interesaba él, sino su progenitor. Por él preguntaban en las sesiones de tortura. “Mi padre había hecho una dura carta a Saint Jean, donde le garantizaba que el ejercicio provincial iba a dar superávit... Saint Jean había dicho que el gobierno peronista era una máquina de delinquir”, relató Julio Miralles en el proceso oral. A su interpretación agregó una referencia a la interna militar que en-



frentaba a los halcones del Grupo La Plata con las *palomas*, lideradas por Videla y Viola.

La investigación sobre Graiver y Timerman, acusados de vinculaciones con Montoneros, fue parte de esa disputa. El accionista y el director de *La Opinión* eran allegados a Viola y Lanusse. El grupo que quería catapultar a Saint Jean a la presidencia presumía que *los blandos* buscaban una variante a la *Uruguaya*, con un presidente civil. Como el supuesto candidato era el gobernador depuesto, Victorio Calabró, pusieron sus esfuerzos en encontrarle una mancha que lo desacreditara. Así, Puesto Vasco y COTI Martínez se utilizaron también para torturar a contratistas de algunas obras de ese gobierno y a antiguos integrantes de su equipo: Juan D'Estéfano, secretario general; Héctor Ballent, jefe de Ceremonial; Alberto Salomón Liberman, ministro de Obras Públicas; Pedro Goin, de Asuntos Agrarios. Ramón Miralles había ocupado la cartera de Economía y por eso lo buscaban.

En una ocasión, los represores dijeron Julio: "Pibe, entendámonos, no quiero que tu padre diga que mató a Gardel, nosotros tenemos que bajarlo a Calabró porque el presidente tiene que ser Saint Jean y nos comprometimos a sacar algo para bajarlo...".

Cuando supieron que el ex ministro de Bidegain y Calabró había estado en Buenos Aires, organizando una partida

hacia Brasil, lo llevaron al propio Julio a "reventar" un monoambiente. Ya no estaba allí, pero quedaban unas gotitas de Lidil, con las que se trataba una alergia. "Viejo drogadicto", comentaron los represores. "Unos alienados totales", pensó Julio y treinta años después volvió a contarlo.

Tras los pasos de Ramón Miralles, la *patota* secuestró al otro hijo y a su nuera, que perdió un embarazo por las condiciones en que estuvo detenida. Todos pasaron por el Comando de Operaciones Tácticas I, el centro clandestino conocido como COT I Martínez, en una selecta zona sobre Avenida del Libertador. Julio Miralles provocó estupor cuando narró la muerte de un chico, de nombre Pedro, en una sesión de tortura supervisada por Bergés, que "tenía la tortura incorporada a su forma de vida" y le daba inyecciones para reanimarlo. "Yo dormía en la sala de guardia y escuché cómo lo torturaban...". A la mañana siguiente, cuando los llevaron a ver a su padre, Julio y su hermano vieron el cuerpo del chico tirado en un colchón. Al tiempo los represores accedieron a liberar prisioneros, reteniendo a uno de los hijos Miralles como "elemento de presión". Julio pidió quedarse él y que su hermano y su cuñada fueran liberados.

Un recuerdo imborrable, que evidencia el descaro del grupo represivo, es el de los asados que se hacían en el centro clandestino de Martínez al recibir, por ejemplo, la visita

de Camps. Cuando el festejo terminaba, solían llevar a los presos algunas sobras. Julio Miralles rememora con dolor esa ocasión, cuando los guardias ordenaron que su padre y otro secuestrado no comieran porque iban a ser interrogados. “Hay dolores grandes en la vida, pero ver torturar a un padre...”, relató el testigo y no pudo contener el llanto.

Él también recibió la visita de Von Wernich, al que asocia

No fue un torturador cualquiera, menos aún para una víctima que lo padeció en todas sus facetas, dentro y fuera de los centros clandestinos, porque Von Wernich descubrió un vínculo familiar para atormentarlo.

directamente con la tortura: en los interrogatorios reaparecían datos mencionados al capellán bajo un supuesto “secreto de confesión”. Cuando el defensor, aludiendo al caso Timerman, preguntó si alguna vez ingresó un rabino al lugar de detención, la respuesta fue: “Jamás. Y un sacerdote en serio, tampoco”

Funciones

A diferencia de juicios anteriores, la defensa ejercida por Juan Martín Cerolini y Marcelo Peña tuvo una característica interesante, que el Tribunal valoró: no se dedicó a negar los secuestros, desapariciones y torturas —muchas de las cuales son *cosa juzgada* en otras causas— sino la responsabilidad de Von Wernich. “Conocemos y repudiamos los actos que fueron materia de condena en el juicio de las juntas militares. No desconocemos la existencia de detenidos desaparecidos, seríamos necios, tontos (...) No desconocemos los homicidios que, en nombre del Estado, sucedieron en esa época nefasta”, afirmó Cerolini al comienzo de su alegato. A partir de allí, sí, consideraron *inconducientes* las acusaciones, afirmando que la presencia del ex capellán derivaba de una tarea pastoral. Además, dijeron que no podía adjudicarse la autoría en torturas a quien aparecía “a posteriori de haberse consumado”.

El Tribunal fue claro al rebatir eso: *la defensa incurre en un error al considerar la tortura en un centro clandestino de detención como un acto único que empieza por ejemplo con la aplicación de corriente eléctrica en los genitales de una víctima y termina cuando lo devuelven al calabozo. El fallo de Rozanski, al que adhieren los demás jueces, sostiene que carece de importancia que Von Wernich llegara después, porque era precisamente ésa la tarea asignada en el grupo que integraba. En efecto, es tan torturador el que enchufa el cable en la pared como el que enciende la radio para que no se escuchen los gritos, el que pasa la picana por los genitales de la víctima, o el que llega después a aconsejarle que hable para no ser torturado nuevamente. Ahora bien, cuando el que llega después a dar esos consejos, es además un sacerdote que se maneja con autoridad ante los car-*

celeros entrando y saliendo a su antojo de las celdas, no es un torturador cualquiera, es uno calificado.

Lazo de familia

No fue un torturador cualquiera, menos aún para una víctima que lo padeció en todas sus facetas, dentro y fuera de los centros clandestinos, porque Von Wernich descubrió un vínculo familiar para atormentarlo.

“Es un operativo de rutina, pero lleve plata para el taxi de vuelta porque no lo vamos a traer”, le dijeron a Luis Velasco cuando se lo llevaron de su casa en el centro platense, hace más de treinta años. Sus captores se presentaron como miembros del Ejército, aunque eran policías bonaerenses. Habían desplegado hombres por toda la cuadra. Velasco viajó en el baúl de un auto y pudo percibir que la caravana represiva paraba en distintos domicilios y levantaba gente.

Al final llegaron a la Brigada de Investigaciones de La Plata, donde lo recibieron con golpes y simulacros de fusilamiento precedidos de la falsa sentencia condenatoria: “qué lastima gastar balas en estos perejiles”. Velasco había abandonado su militancia en el Partido Comunista Revolucionario un año antes. Sobre dirigentes y lugares de ese grupo le preguntaron cuando fue a parar al Pozo de Arana —hoy funciona allí el Regimiento de Infantería 7—, donde lo sometieron a la rutina del lugar, cruentas torturas. “Era como un saco de papas, no podía moverme; respirar me dolía; todo me dolía”, recordó Velasco.

A los dos días regresó a Brigada, el sitio donde vio por primera vez a Von Wernich, quien le ordenó que se quitara la venda de los ojos. “Desde un primer momento dijo que tenía una parroquia en 9 de Julio y hablaba de él”. “¿No tiene miedo de dar tantos datos?”, le preguntaron los prisioneros. “No, hace poco hicimos un operativo contra el E.R.P. y encontramos todos mis movimientos, y no tengo miedo”.

El cura “hablaba de cualquier cosa”, en tono amistoso, hasta que estiró el brazo y le tocó el pecho a Velasco, que guardaba marcas de la tortura con picana. “Te quemaron todos los pelitos”, rió. Luego siguió con otra perorata, hasta que Néstor Bozzi se tiró a sus pies y le agarró la mano: “Padre, no quiero morir”. “Hijo mío, la vida de los hombres la decide Dios y tu colaboración”.

Ricardo San Martín también fue objeto de las preguntas del cura: “¿Y vos cómo te metiste en la joda?”. “A través de un cura que tenía parroquia en General Roca”. “¡Ah!, el cura ése metió un montón de montoneros”.

Al día siguiente hubo un gran traslado de prisioneros y Velasco conoció el Pozo de Banfield. Al cabo de un tiempo lo devolvieron a La Plata, a la comisaría 5^a. “Era una celda grande y de la penumbra salieron tres figuras fantasmagóricas, que eran Héctor Baratti, Eduardo Bonin y Humberto Fraccaroli; habían caído en febrero, y estaban en invierno sin ningún tipo de abrigo”, recordó en el juicio. Allí los detenidos vivían atados y encapuchados, hacinados e infec-



tados de piojos. “Tiraban Gamexane y nos intoxicaban; tiraban baldes de acaroina y dejaban toda la celda mojada; teníamos que secarla con los calzoncillos”. En ese escenario apareció otra vez el sacerdote, que comenzó a darle “datos muy precisos” sobre su familia: “Tranquilo, soy primo de Monona”, le disparó. Monona Von Wernich era la segunda esposa de un tío de Velasco, Jorge Blake. El prisionero preguntó por su madre. El cura le dijo que estaba bien, pero no quiso hablar más y se fue.

La tercera vez que el capellán apareció frente a Velasco fue en la misma comisaría. Ese día llevaba consejos: “Ustedes no tienen que odiar cuando los torturan”. “A ver si usted tiene cinco tipos torturándolo, si no puede sentir odio”, se exasperó Velasco. “Ustedes tienen que pagar por los daños que le han hecho a la patria con muerte, con tortura”.

Héctor Baratti, cuya esposa Elena de la Cuadra también estaba allí y hacía días había dado a luz a la desaparecida Ana Libertad, se sumó a la discusión: “¿Qué culpa tiene mi hija, que acaba de nacer en cautiverio?”. “Los hijos deben pagar por la culpa de sus padres. ¿Qué quieren? ¿Que se los entregue a los abuelos para que críen terroristas como ustedes?”.

Velasco fue liberado treinta y un días después de su secuestro, el 8 de agosto de 1977. Había perdido diez kilos. “Quiero declarar taxativamente que en todo el mes en que estuve detenido jamás el señor Von Wernich pasó ninguna información de mí; jamás le dijo ni a Monona ni a nadie de mi familia que yo estaba vivo”, denunció en la audiencia. Acongojado, recordó especialmente a Baratti, Fracaroli y Bonín, los tres compañeros de celda que nunca aparecieron: “Quiero que el tribunal le pregunte a Von Wernich dónde están. Que diga cuál fue el destino de Ana Libertad Baratti”.

La tortura después de la tortura

Para Velasco, salir del centro de detención, no significó liberarse de su verdugo, aun cuando se alejó de la ciudad arrasada y se instaló en casa de sus tíos, en Carlos Casares. Al poco tiempo debieron operarlo de apendicitis. El torturador con sotana lo visitó cuando estaba convaleciente. “Vení, quiero tomar un café con vos”. Velasco aceptó. “No tienen que preocuparse por los efectos de la tortura, porque no son ustedes cuando los torturan”, comenzó el cura. “Está equivocado. La gente cae mal. La misma gente que en el ‘72 se hacía matar en la parrilla, por ahí ahora canta”, replicó Velasco. “Hay gente que no canta. Vos sos un boludo, te hiciste hacer mierda en la parrilla, y después en tu celda nombrabas gente y por tus conversaciones en la celda cayó gente.” “¡No!” “¡Ah! ¡O sea que no cantaste!”, volvió a sembrar el terror Von Wernich. “Tenía 20 años y no sabía cómo salir de esa conversación. Esperaba la llegada del patrullero que me fuera a buscar otra vez”, contó al tribunal Velasco. Eso no ocurrió. Von Wernich le aclaró: “Te-

La tercera vez que el capellán apareció frente a Velasco fue en la misma comisaría. Ese día llevaba consejos: “Ustedes no tienen que odiar cuando los torturan”. “A ver si usted tiene cinco tipos torturándolo, si no puede sentir odio”, se exasperó Velasco. “Ustedes tienen que pagar por los daños que le han hecho a la patria con muerte, con tortura”.

nés la L de liberado, no vas a tener problemas”.

El sacerdote, que era cuñado del jefe de la Policía Federal, el coronel Manuel Morelli, le dio una tarjeta de una prima que trabajaba con aquel funcionario para que tramitara el pasaporte. Tiempo antes de que dejara el país rumbo a Perú, Von Wernich apareció en la casa de sus tíos y se sentó a cenar con ellos. Pero ese día no se habló nada de la víctima y el victimario. La siguiente vez que lo vio fue en el juicio. Su declaración fue la única por la que Von Wernich mostró interés: concurrió a la sala de audiencias, antes y después de ese testimonio se excusó, amparado en el derecho a no presenciar las diligencias. Tomó nota de sus dichos. Incluso, antes de que Velasco ingresara, pidió la palabra para decir que en la cárcel Etchecolatz le había revelado que el testigo “pertenecía al Batallón 601 y fue pedida su detención por el batallón para meterlo en las comisarías a buscar informes entre personas alojadas. Y gracias a esos informes se produjeron varias detenciones”.

Cuando el tribunal le quiso preguntar por esa versión, el ex capellán no aceptó ser interrogado y volvió a su lugar. Otra vez había tratado de intimidarlo. En plena sala de audiencias, otra vez se había convertido en un torturador.

El Estado y la cruz

No hay excusa que justifique semejante participación criminal. La única actitud ética ante las situaciones de las que participó Von Wernich era la denuncia. Tenía *las mismas obligaciones que cualquier ciudadano, respetando absolutamente el secreto de confesión sacramental*, según Miguel Hesayne, el miembro de la Iglesia católica de mayor jerarquía entre quienes declararon en el juicio. Lo hizo por escrito. Breve, en una sola carilla, contestó las preguntas que le formuló la querrela conformada por la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos La Plata y la Central de Trabajadores Argentinos. La otra querrela, *Justicia YA!*, desistió de su testimonio por la actitud apática ante el juicio —que el religioso hizo pública— y al quedar reducida la posibilidad a una comunicación por escrito, que por otra parte llegó a pocos días de que el tribunal diera su veredicto.

Hesayne gozó de esa opción gracias al artículo 250 del Código Procesal Penal, que exime de la obligación de comparecer a las autoridades nacionales y provinciales, a legisladores y miembros del Poder Judicial, y también a diplomáticos, oficiales de las fuerzas armadas —desde grados equivalentes al de coronel—, rectores de universida-



des nacionales y altos dignatarios de la Iglesia.

Apenas una pauta de las limitaciones que existen en la construcción de una Justicia laica. Más significativa aún era la imponente cruz que presidía la sala de audiencias, que Von Wernich utilizó como disparador de sus palabras finales, y frente a la cual declararon también ateos, protestantes y judíos, incluso víctimas cuyos testimonios dieron cuenta del antisemitismo que habían padecido.

“Uno de los lugares donde más enraizada está la concepción del modo de ser occidental y cristiano, es el Poder Judicial”, afirma Godoy y nombra también otro obstáculo para la laicidad del Estado: “las capellanías siguen siendo instituciones vigentes... Evidentemente, ahora deben servir para justificar los 5000 casos de gatillo fácil, porque nadie entró en crisis moral con eso”.

Si el exabrupto de Antonio Baseotto —el obispo castrense que sugirió que el ministro de Salud debía ser arrojado al mar por sus opiniones sobre el aborto— había abierto la polémica, tras el juicio a Von Wernich las capellanías policiales y militares quedaron en la picota. “Es un anacronismo que no tiene que ver con la realidad actual”, dice el juez Lorenzo y las demás voces coinciden, incluso las religiosas. *¿En dónde se fundamenta que un pastor a la vez será subsecretario de Estado de la Nación con su remuneración estatal correspondiente?*, escribió Rubén Capitanio para la revista *Nueva Tierra* mientras se desarrollaba el juicio. El sacerdote insiste en que, de ser necesaria una asistencia específica, debiera haber un *Equipo Religioso Ecuménico de las*

Fuerzas Armadas, integrado por todos los credos con los mismos derechos y obligaciones, en lugar de capellanías católicas. Así sucede en Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos, incluso en países con fuerte presencia católica como Francia o Brasil. No obstante, Capitanio refuta su necesidad y lo hace con ironía: *¿Por qué no se arman obispados gremiales, para los distintos gremios con capellanes en cada especialidad?... El razonamiento de un Obispo militar no resiste la menor argumentación.*

Ante el tribunal, el teólogo Rubén Dri mencionó un documento elaborado por el general Viola en 1977, que definía a la Iglesia como una fuerza amiga. También reseñó un documento secreto de 1979, en que el general Nicolaidis establecía que *los capellanes son los que tienen que colaborar con el Proceso y detectar las infiltraciones dentro de la Iglesia y tener en cuenta también los colegios religiosos.*

En los fundamentos de la condena, los jueces aseguran que *la combinación de la imagen física de un sacerdote sin uniforme policial pero con los atributos religiosos —sotana o clergiman y cruz—, en un ámbito como el de los centros clandestinos, es irremplazable. El efecto de esa presencia —no casual— ante quienes acababan de ser torturados, y que surge de los relatos oídos en el juicio, nunca podía haber sido logrado por un policía disfrazado de cura. Tenía que ser un sacerdote...*

El trabajo de religiosos codo a codo con los hombres de armas viene de larga data. “Siempre existieron capellanes militares, incluso desde el siglo XIX en Argentina”, cuen-



Durante el juicio oral quedó claro el antisemitismo de muchos de los represores que revisaban en los distintos centros de detención. Héctor Ballent contó que a Jabobo Timerman “le pusieron en el ano un hierro, con un hilo que conducía la corriente eléctrica; la condición de judío tuvo que ver con la tortura o su intensidad. Había una acentuada animadversión hacia su condición de judío y por eso la tortura era más cruel”. En cambio, el joven Rubén Fernando Schell fue elogiado por los represores del Pozo de Quilmes a raíz de una cruz esvástica que se había tatuado “a los doce años y por tarado”, según dijo en el juicio. “Pero escuchame, flaco, vos con esa pinta tenés que ser un S.S. ¿Qué haces entre esta manga de negros? A éste me le dan bien de comer”, dijo un represor, a quien identificó como Suárez Mason. *Todos estos relatos, unidos a los de las terribles torturas que sufrieron todas las víctimas que declararon en el juicio, si bien no pueden sorprender debido al contexto en que se desarrolló el plan criminal que integró Von Wernich, agregan un componente racista que corresponde dejar sentado, indicaron los jueces, que dedicaron un apartado de la sentencia al antisemitismo.*

ta Obregón. “Por ejemplo tuvieron una participación importante en la expedición de Roca hacia el Sur. Jugaron el mismo papel”. Antes, también los conquistadores españoles que arrasaron con los pueblos originarios habían tenido quien los bendijera. Constituido el Estado nacional, las leyes de 1905 que estructuraron las actuales fuerzas armadas contemplaron a los capellanes como personal de la institución. En 1957, el dictador Pedro Aramburu dio un paso más: firmó un acuerdo con el Vaticano *Sobre jurisdicción castrense y asistencia religiosa a las fuerzas armadas*, a través del cual *se constituye en Argentina un Obispado Castrense para atender el cuidado espiritual de los Militares de Tierra, Mar y Aire*. Se lo equiparó a una Diócesis, y los capellanes a párrocos. Con el tiempo, la estructura se complejizó. Frente a las tres capellanías que integraban el vicariato en su primera década, hoy hay cinco: la Gendarmería Nacional y la Prefectura Naval tienen sus propios servicios espirituales. Además, a nivel provincial están las policiales —función que detentaban Plaza y Von Wernich—, sobre las que el abogado de la C.T.A. Marcelo Ponce Núñez explica que “no hay acuerdo escrito con el Vaticano”. Se originan en decretos del Poder Ejecutivo bonaerense. “Sería facilísimo volverlos atrás, el día que el gobierno quiera, sin necesidad de pedirle conformidad a nadie. Hay que ver cuándo quiere. Hasta ahora no quiere” Eliminar las militares, en cambio, involucraría gestiones de la Cancillería por ese tratado que dispone su existencia. Pero también es factible suprimirlas, no hay que modificar la Constitución, basta con romper ese tratado.

La justicia, única protección

Otro asunto incómodo que desde el Estado no se saldó en forma definitiva es la protección de testigos, una demanda patente desde el 18 de septiembre de 2006: *Con la desaparición de Jorge Julio López, se desmoronaron todas las garantías que nuestro sistema legal brinda en la letra, pero que en la práctica dista mucho de concretarse*, reconoce el propio tribunal en su sentencia.

Godoy considera que las previsiones hechas desde instancias gubernamentales parten “de un error fundamental, o un facilismo, que es pensar que López desapareció porque era testigo. Todos sabemos que la simbología excede eso: López no desaparece para que nadie declare, sino para que los juicios se terminen. El mensaje es para todos los actores, que exceden largamente a los testigos”. La abogada de *Justicia YA!* señala un efecto paradójico: “frente a eso, quienes antes no querían declarar, por agotamiento, ahora sienten un deber...”.

Varios planes de protección de testigos, más o menos improvisados, estuvieron disponibles en el proceso a Von Wernich. Por un lado hubo una contención psicológica en los momentos previos a la declaración, que abarcó a casi todos y no recibió objeciones. Por el otro, el cuidado de la segu-

ridad sigue en el ojo de la tormenta. Una de las previsiones básicas, no consideradas, es que los testigos no deban volver a contar sus tormentos una y otra vez. “Uno aspira a que esto termine. A que se juzgue a los culpables y cada uno responda con su responsabilidad. Y poder seguir la vida”, dijo la víctima que más obsesionó al imputado, Luis Velasco. Venía de Madrid exclusivamente a prestar declaración y estaba bajo custodia. Ya lo había hecho varias veces, desde la CONADEP hasta los juicios de España: “Para el testimoniantes es muy difícil. Cada vez se recuerda, se revive el horror, se recuerda a los compañeros...”.

En total, los testigos cuya seguridad fue protegida por agencias del Estado se cuentan con los dedos de una mano. “Nadie lo pide porque cualquier tipo de planteo de ese tipo es irreal, en tanto los juicios continúan y la condición de testigo no tiene principio y fin”, considera Godoy: “Acá estás hablando de gente que tiene que dar testimonio con su vida y con su cuerpo de acá hasta que... hasta que se mueran. Pasa esto: el caso de Nilda Eloy, que lleva un año y meses con custodia. ¿Cuándo termina eso? En realidad termina cuando la sensación de impunidad se acaba”. Con la condena de Christian Von Wernich se dio un paso grande, entre muchos que faltan.

El genocidio en cuestión

Se entiende por genocidio cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal: a) matanza de miembros del grupo; b) lesión grave a la integridad física o mental de los miembros del grupo; c) sometimiento intencional del grupo a condiciones de existencia que hayan de acarrear su destrucción física, total o parcial; d) medidas destinadas a impedir los nacimientos en el seno del grupo; e) traslado por fuerza de niños del grupo a otro grupo. Tal es la definición del artículo 2 de la Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio, ratificada por la Argentina en 1956.

El Tribunal Oral Federal 1 de La Plata volvió a usar la fórmula en el marco del genocidio que tuvo lugar en la República Argentina entre los años 1976 y 1983. Ya había fallado en igual sentido en el proceso a Etchecolatz (2006). Esta vez, la sentencia retomó aquella argumentación y la enriqueció con los aportes de dos recientes trabajos, *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*, del sociólogo Daniel Feierstein, y *Genocidio en la Argentina*, de la abogada Mirta Mántaras.

Es decir, el Tribunal no contempló en la sentencia el delito de genocidio, pero sí indicó que los crímenes de la dictadura constituyeron un genocidio. Aunque la querrela unificada *Justicia Ya!* solicitó que se condenara por ese delito de carácter internacional, el impedimento para llegar a una sanción así es sustancial: el genocidio no está tipificado en el Código Penal de la Nación, y si bien lo fue en la ley

que ratifica la competencia de la Corte Penal Internacional, su aplicación no puede ser retroactiva.

Godoy ejemplifica las expectativas de *Justicia Ya!* en este juicio con una anécdota que reconoce el antecedente en Etchecolatz: “Una compañera decía: *ya tenemos el marco del genocidio. Ahora queremos la fotito adentro*”.

Los jueces optaron por no avanzar más de lo que lo habían hecho en 2006. “Algunos abogados querellantes confunden su militancia política con la labor de abogado de la querrela. Ellos saben bien que la tipicidad penal no cabe en la materia respecto al genocidio. No está el tipo penal y entonces nosotros no podemos condenar por un tipo penal que no existe en el código. No queríamos correr ningún riesgo de que después Casación o quien fuera nos revocara la sentencia”, señala el juez Norberto Lorenzo.

En el mismo punto coincide el fiscal Félix Crous, para quien “lo de genocidio no tiene consistencia técnica”. Este último también desestima la indicación del *marco del genocidio*: “Que me digan que los delitos de derecho interno por los cuales fue condenado Von Wernich encuadran además en el tipo general, legal, de la Convención, puede ser y es opinable. La afirmación de si esto se dio o no se dio en el marco de un genocidio es una afirmación contextual sobre la que la fiscalía no hace eje”.

La fundamentación del genocidio en el caso de la dictadura que asoló a la Argentina apunta a establecer la identidad del *grupo nacional* que se intentó destruir. En el caso Etchecolatz, las víctimas de la causa tenían algún grado de vinculación con la militancia política en organizaciones que, con sus diferencias, coincidían en la oposición al régimen. Pero en la causa Von Wernich se asistió a un *policlasismo* inusual: empresarios, militantes de la derecha y la izquierda peronista, periodistas que elogiaron el golpe de Estado, amas de casa sin ninguna militancia conocida y hombres cuyo único interés era levantar quiniela clandestina. “El chiste que hacíamos era dónde encontrábamos el grupo nacional para invocar genocidio”, reconoce Godoy.

Los jueces encontraron la respuesta a este problema en el trabajo de Mántaras, quien sostiene que *en la Argentina se operó la destrucción de un grupo nacional que no era preexistente sino que lo fueron conformando los genocidas a medida que aparecían individuos que manifestaban su oposición al plan económico implementado. El grupo nacional se iba integrando con trabajadores, estudiantes, políticos, adolescentes, niños, empleados, amas de casa, periodistas y todo aquel que por cualquier circunstancia los genocidas consideraran sospechoso de entorpecer la realización de sus fines.*

También adoptaron el concepto de genocidio *reorganizador* de Feierstein, caracterizado como *un modelo de destrucción y refundación de las relaciones sociales, que constituyó –indica el autor– una novedad en relación tanto con otras dictaduras militares como con procesos genocidas previos.*

La condena a la catolización y militarización del Estado

Por Fortunato Mallimaci

La condena del sacerdote católico Christian Von Wernich consolida la democracia y la lucha contra la impunidad. Sea cual fuere el poder personal o institucional en juego, la justicia argentina mostró que puede producir más y mejor verdad.

Por primera vez era llevado a juicio oral en Argentina un sacerdote perteneciente a la Iglesia católica como responsable del terrorismo de estado. Conocíamos juicios y castigos a miembros de las FF.AA., pero si la dictadura de 1976 había sido cívico —militar, era necesario avanzar y condenar a todos aquellos que fueron responsables.

Cuando decimos cívico- militares queremos afirmar que el poder militar fue capaz de dominar y disciplinar en el largo plazo porque contó con apoyos, legitimidades y complicidades de otros grupos sociales: empresariales, religiosos, financieros, intelectuales, sindicales, periodísticos, deportivos, etcétera. Nos debemos aún hoy una lectura crítica de todos esos apoyos que hicieron posible que se *naturalizara* la militarización de nuestra sociedad —con democracias autoritarias y proscriptivas o directamente con generales en el poder— creando consensos y coerciones.

Esa militarización fue acompañada también en el largo plazo por la catolización del estado y la sociedad civil. Hubo múltiples afinidades electivas entre las FF.AA. y la Iglesia Católica. Si bien no son lo mismo, compartieron propuestas, proyectos y se supusieron símbolos de la nacionalidad. Se tomó también como *natural* que la identidad nacional se asociara a la identidad católica, que la Patria y la Nación *amenazada* debía consagrarse a Jesús o a María para así ser *salvada de la subversión* y que la cultura católica antiliberal y anticomunista fuera sinónimo de justicia social y argentinidad. Poco a poco obispos, sacerdotes, religiosos y cristianos notables participaron en primera fila en desfiles, tedeums y como parte central, activa y fundamental de las *fuerzas vivas* a lo largo y a lo ancho de la república. Se fue construyendo la Argentina Católica desde arriba y desde abajo, tanto desde sectores dominantes como populares y desde los partidos políticos como desde el sistema educativo: sea la Nación Católica desde el Estado y la sociedad política, sea la Patria Católica desde la sociedad, sea la religiosidad católica desde lo popular fueron, unos y otros, jalones de ese imaginario social católico.

Los capellanes militares formaron parte privilegiada de este proceso. Vivieron la militarización y catolización no como dos esferas que pueden llegar a tener conflictos y dife-

rencias, sino como un mismo proceso identitario. No fueron los únicos actores religiosos que lo hicieron, pero sí los más visibles. Evangelizar a los centuriones significaba hacer lo mismo que los centuriones y además brindarles la ayuda espiritual para que no hubiera remordimientos de conciencia. Destruir, aniquilar y matar al subversivo apátrida era la misión que Dios les encomendaba a estos virtuosos de uniforme. Como en las épocas de las cruzadas, no sólo el morir por Dios llevaba al Cielo sino también el matar por Dios sería premiado en el juicio final.

Los capellanes en una institución jerarquizada como la Iglesia Católica respondían a su autoridad que era el vicario castrense —luego obispo— o al obispo del lugar donde realizaban sus actividades político —militares y religiosas. Como se probó a lo largo del juicio oral —se pueden ver las actas— varios obispos y superiores de órdenes religiosas como otros sacerdotes conocían con lujo de detalles las acciones que llevaba adelante el reo von Wernich. No estamos frente a un caso aislado sino frente a una política eclesial.

Cuando el Tribunal Oral en lo Criminal Federal 1 de La Plata dictó el veredicto, dio por probado aquello de lo que muchos dudaban y que otros creían que nunca iba a suceder. Probó que *el imputado tuvo una conspicua intervención en el denominado circuito Camps de centros clandestinos de detención, torturas y eliminación de personas desplegado desde las estructuras estatales durante la época de la dictadura militar. Además señaló: gran parte de los centros clandestinos que funcionaron en esta región, así como los grupos de tareas de distinta integración, dedicados al secuestro, tortura y ejecución de personas, dependían de la jefatura de la Policía de la Provincia de Buenos Aires —institución en la que prestaba servicios el procesado en autos— y que esta última se enmarcaba en la denominada Área Operacional 113, a cargo de autoridades militares.*

Hace más de un mes que conocemos la condena y la Iglesia católica aún no ha sancionado al reo. La diferencia con otros casos es notable. Cuando son sacerdotes que luchan junto a los pobres, denuncian a los poderes que oprimen y reclaman mayores derechos para discriminados y estigmatizados —los casos de Boff, Gutierrez, Sobrino y Tello son ejemplos— esa misma institución rápidamente los sanciona, los hace callar o los expulsa de sus filas. ¿Doble discurso y doble moral?

El reo von Wernich, antes de finalizar el juicio, pidió la palabra e insistió que su tarea había sido la de confesar, la de brindar paz y trato a los detenidos... Hay que ser hipócrita para mencionar la palabra paz cuando la Policía Bonaerense, de la cual era su principal asesor, colaborador y legitimador, fue responsable —durante la dictadura— de miles de detenidos-desaparecidos, torturados, asesinados, encarcelados...

Von Wernich es un confesor que no confiesa, que enmudece cuando debe decir dónde están los restos de los detenidos-desaparecidos que pasaron por las cárceles de la provincia; dónde están los cuerpos de las madres asesinadas luego de dar nacimiento a sus bebés; dónde están los bebés nacidos en cautiverio; quiénes fueron los cómplices empresariales y religiosos que armaron los planes de exterminio, colaboraron en torturar y asesinar...

A través del condenado Von Wernich, la Iglesia Católica, como lo viene haciendo desde 1976, vuelve a callar, a no hablar, a no decir lo que sabe, a seguir apostando al vínculo entre militarización y catolización, entre Patria y Nación católica, a preferir pactos corporativos sobre la búsqueda del reconocimiento de la verdad para la construcción de memorias que emancipen, liberen y construyan justicia.

Voluntad política, voluntad jurídica y sectores que se movilizan están permitiendo más verdad y más justicia. ¿Habrà algún día voluntad religiosa para dejar atrás impunidades y recrear memorias que abran nuevas utopías liberadoras?

Fortunato Mallimaci, miembro de la Comisión Provincial por la Memoria, es sociólogo y ha sido decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

“Los procesos genocidas son siempre políticos”.

Entrevista Juan Bautista Duizeide

La aparición de su libro *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina, de modo casi simultáneo con la condena contra Christian Von Wernich por crímenes cometidos en el marco de un genocidio, permite replantear toda una serie de preguntas referidas a nuestra historia reciente y a nuestra actualidad.*

La palabra genocidio, que cierta pretendida ortodoxia jurídica o académica manejó durante mucho tiempo con pinzas, pronto circuló entre la militancia argentina de derechos humanos; antes de finalizada la dictadura, ya se había instalado. Esto contribuyó a que la discusión pareciera anclarse en un contrapunto entre estudiosos y activistas, entre rigor y deseo, entre la política entendida como arte de lo posible y la utopía.

Los fundamentos de las sentencias contra Miguel Etchecolatz y Christian Von Wernich, reinstalaron el concepto con la fuerza de verdad de lo jurídico. Sin embargo, lejos de las luces mediáticas, todo un campo de estudios específicos —relacionado con un campo anterior, establecido a nivel internacional— venía desarrollándose en nuestro país.

Uno de sus máximos referentes, Daniel Feierstein —profesor titular de la cátedra Análisis de las Prácticas Sociales Genocidas en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires—, fue profusamente citado en los fundamentos de la condena al ex-jefe de investigaciones de la Policía de la provincia de Buenos Aires *por crímenes cometidos en el marco de un genocidio*.

En un artículo publicado en el número 18 de *Puentes*, Feierstein se preguntaba: *¿Se puede encuadrar como genocidio el proceso de aniquilamiento desarrollado entre 1974 y 1983 en Argentina? La respuesta a esa pregunta ha transitado por lo general alrededor de la posible utilización de tal encuadre en los procesos penales. Valerse de ese concepto permitiría que los juicios a los perpetradores pudieran avanzar por sobre la imprescriptibilidad, el derecho de soberanía ante las solicitudes de extradición, o para fundamentar la invalidez de indultos y amnistías.*

Dado que cualquiera de estos objetivos jurídicos puede obtenerse (los hechos de los últimos meses lo demuestran) con decisión política y conceptos mucho más abarcativos como los de violaciones a los derechos humanos o crímenes de lesa humanidad, la discusión sobre el genocidio tendió a



ser relegada o banalizada, impidiendo apropiarse de las profundas consecuencias teórico-políticas que tiene comprender o no al exterminio desarrollado en nuestro país como un genocidio, más allá de que muchas organizaciones de derechos humanos utilicen el concepto y gran parte de los historiadores o científicos sociales argentinos se nieguen a hacerlo.

Aunque previamente había publicado *Seis estudios sobre genocidio. Análisis de relaciones sociales: otredad, exclusión, exterminio* (EUDEBA, Buenos Aires, 2000) y había hecho la compilación de artículos del volumen colectivo *Genocidio. La administración de la muerte en la modernidad* (EDUNTREF, Buenos Aires, 2005), el que más ahonda en las preguntas del artículo citado es su libro más reciente: *El genocidio como práctica social* (Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007). Desde el subtítulo *—Entre el nazismo y la experiencia argentina—* muestra cuál es su operatoria: articular dos genocidios, con sus diferentes modalidades, objetivos y momentos, y ver qué consecuencias trae ese *decir juntos*, cuáles son las continuidades y rupturas entre uno y otro proceso, qué nueva definición de genocidio puede proponerse, qué nuevas tipologías y periodizaciones. El libro, que se atreve a la herejía y a riesgos que suelen considerarse privilegios de la ficción, no sólo resulta fundamental para comprender nuestra historia reciente, sino también nuestro presente, en el que la desconfianza hacia el otro, la ausencia de solidaridad en las relaciones sociales, y el escepticismo ante posturas críticas, pueden considerarse consecuencias

del momento de *realización simbólica* del genocidio.

—¿Cuál es el estado del campo de estudios acerca de los genocidios, sobre todo en Argentina y en Latinoamérica? ¿Qué circulación tienen los materiales que se producen desde esta parte del mundo?

—Antes de constituirse un campo específico de estudios, surgieron en los años '60 y '70 estudios sobre la experiencia genocida del nazismo, Aún no se daba la posibilidad de articularlos con otros procesos. Se trataba de un campo más acotado y fundamentalmente orientado a los trabajos históricos. Hacia los años '80 y '90 es puesto en jaque el paradigma de la unicidad del nazismo. Entonces, muchos trabajos de los años '70 que, por intentar abordajes comparativos habían sido vistos como *heréticos*, comenzaron a tener otras posibilidades de circulación, otros tipos de lectura. Así, se fueron abriendo centros de estudios del genocidio en distintas universidades, y en el año 1994, como un punto de llegada de todo esto, se constituye la Asociación Internacional de Estudios sobre Genocidio, uno de cuyos elementos centrales es separarse de los investigadores que postulaban la incomparabilidad del nazismo y plantear un campo de trabajos comparativos, conducidos por las investigaciones sobre la experiencia armenia. Hay muchos investigadores armenios en los orígenes de esta organización internacional. En otros casos, la comparación se da con experiencias vin-

culadas al colonialismo y con otros procesos represivos.

Con respecto a lo nacional y a lo regional, lamentablemente no ha habido una circulación, una posibilidad de apropiación de estas discusiones. En América Latina se tendió a ver estos procesos más inmersos en un análisis de los procesos dictatoriales que atravesaron toda América Latina y muy focalizados en la cuestión descriptiva acerca de las violaciones de derechos humanos cometidas. Es decir, un abordaje muy empírico: cantidad de muertos, tipos de victimización a la que se sometió la población, etc. O insertos en lo que podríamos llamar una teoría de la guerra. Sobre todo en aquellos casos de América Central, donde el proceso genocida se articula efectivamente con guerras civiles. El tono general de estos análisis tuvo que ver con la posibilidad de articularlos con la noción de guerra, y no con la posibilidad de pensar desde el campo académico las continuidades con otros fenómenos genocidas. Lo sorprendente es que, pese a que esta articulación no se dio en el ámbito académico hasta los últimos 4 ó 5 años, sí ocurrió en cambio en el movimiento popular. Ya una de las primeras consignas del movimiento de derechos humanos fue: “como a los nazis les va pasar, a donde vayan los iremos a buscar”. No había trabajos comparativos que plantearan la posibilidad de pensar la experiencia argentina con respecto a otros procesos genocidas y al proceso paradigmático que es el nazismo, pero ya desde los primeros ‘80, ya desde los últimos años de la dictadura, una de las consignas era ésta y había una muy fuerte identificación y difusión de este tipo de consignas. Incluso apareció un libro clásico, un libro de militancia, que fue el de Alipio Paoletti, titulado precisamente *Como los Nazis, como en Vietnam*. El libro no analiza en su contenido —como promete en su título— ni la situación del nazismo, ni la situación de Vietnam, ni su relación con lo sucedido en Argentina. Pero en su título había una percepción de que esto era así. Hubo inmediatamente después, desde el ámbito universitario algunas percepciones de este tipo. A mí, más allá de nuestras disidencias teóricas, me gusta citar a alguien que fue para mí una maestra: Inés Izaguirre. Siempre refirió a estos hechos con el concepto de genocidio, más allá de que no hubiera una posibilidad de desarrollar este concepto a través de la articulación con el campo de estudio sobre genocidio que ya existía en esos años en Europa, los EE.UU e Israel. Creo que en ese sentido, éste es un momento interesante. La discusión acerca del posible encuadre de lo que sucedió, no sólo se da en Argentina, sino que el último encuentro de la Asociación Internacional de Estudios Sobre el Genocidio tuvo por primera vez una mesa sobre América Latina.

-¿Esto cuándo sucedió?

-En julio de 2007. Y esto comienza a interpelar, por primera vez, fundamentalmente a los investigadores de EE.UU., donde creo que no es casual que, en el desarrollo del campo de estudios sobre genocidio, la única región que no tuvo profusión de trabajos ha sido América Latina. Me

parece que esto se vincula al modo en que la academia norteamericana puede visibilizar el rol del propio gobierno estadounidense en los procesos genocidas en América Latina, que fue muy distinto al rol que ese mismo gobierno pudo haber jugado en otras localizaciones como África o el Sudeste Asiático. Hay una sumatoria de elementos en la situación actual que la hacen muy interesante. Se puede pensar en la posibilidad de un intercambio mutuo muy enriquecedor: ser capaz de pensar las experiencias latinoamericanas con las herramientas construidas en el campo de estudios sobre genocidio, y poner en cuestión esas herramientas a través de las propias experiencias latinoamericanas.

-¿Cómo viene trabajando el equipo que integrás?

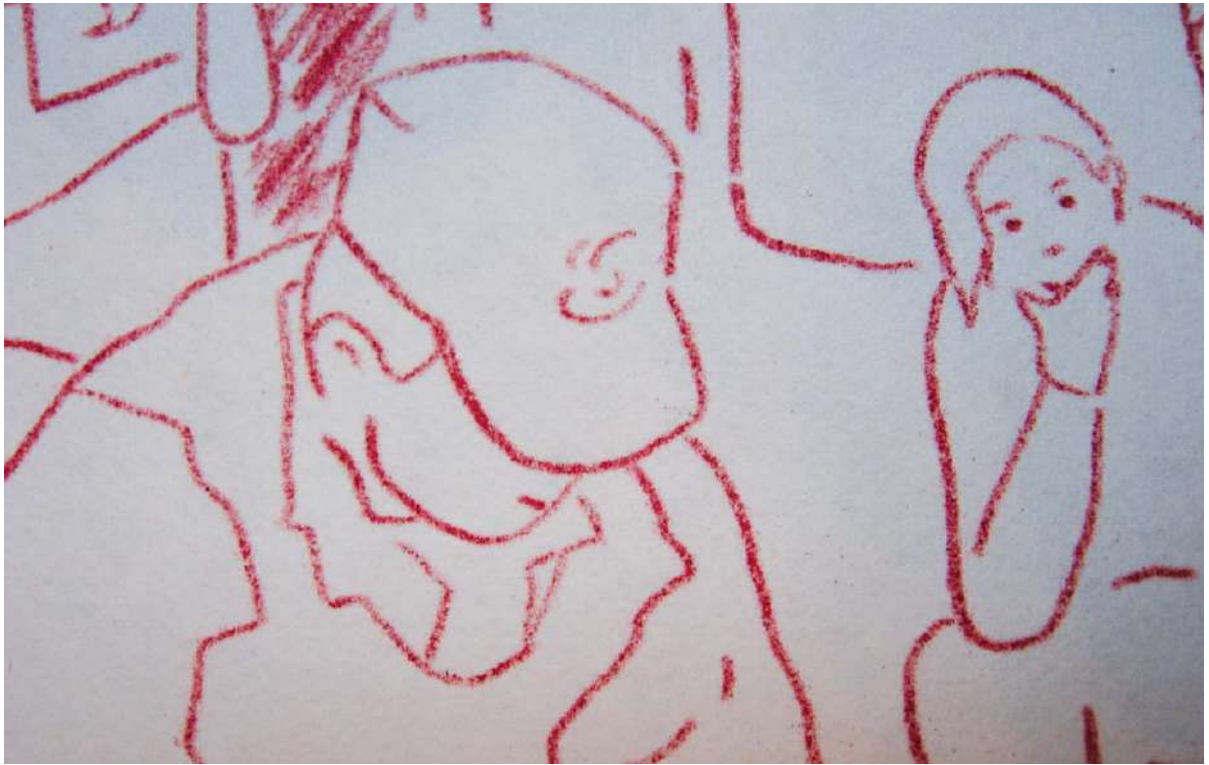
-El trabajo como equipo comienza fundamentalmente con Guillermo Levy. Luego se conformó un equipo mucho más amplio. Hoy tiene 25 miembros en distintas universidades. Esto comienza en el año 1989, con la necesidad de dar algunas respuestas a las producciones hegemónicas respecto al nazismo, producciones que no nos convencían. Tuvimos entonces que hacer todo un descubrimiento, relacionarnos con un campo de estudios que no sólo no existía en Argentina, sino que ni siquiera existía en español. Todo ese proceso fue riquísimo, porque fuimos descubriendo un mundo de análisis que nos daba herramientas interesantísimas para abordar desde otro lugar lo ocurrido en América Latina y en Argentina. Pero por otro lado, lo ocurrido aquí y en la región, nos permitía aportar una mirada muy crítica, muy cuestionadora, pero muy enriquecedora, del modo en que en estos años, desde 1989 hasta hoy, se pensaron los estudios sobre genocidio. Lo que nos permitió eso, es la mirada desde lo que Eugenio Zaffaroni llama *el margen latinoamericano*. La mirada desde este margen quizás nos dificulte ver algunas cosas, pero nos permite ver mucho mejor algunas aristas.

-¿Gente de que disciplinas trabaja en tu equipo?

-Básicamente del marco amplio de las ciencias sociales: sociólogos, abogados, cientistas políticos, filósofos, psicólogos. Hemos tenido también la participación de gente de antropología.

-Hablando acerca de El genocidio como práctica social, escuché comentarios que decían algo así como “estoy de acuerdo políticamente, pero no académicamente”. Lo cual sentí como una escisión extrema, entre dos campos que si bien generan tensiones entre sí, no creo que pueda pensárselos como absolutamente divergentes. Y se me ocurrió si no se podrían pensar los planteos de ese tipo como uno de los efectos de la realización simbólica del genocidio: que lo académico no pueda articularse con lo político y con lo jurídico.

-No sé si por ahí no sería un poco forzado plantear que es una consecuencia del genocidio, sí creo que es un problema fuerte, histórico diría, del campo de la ciencia, y en



particular del campo de la ciencia social, creer que puede abstraerse de los efectos políticos que produce. Creo que cualquier desarrollo científico, cualquier intento de conocer, produce efectos políticos. Uno puede hacerse consciente o no de estos efectos. Creo que sí resulta llamativa esta idea de plantear que uno podría coincidir políticamente pero no académicamente... El objetivo de nuestras investigaciones es permitir justamente una articulación entre estos niveles, y mis libros en ningún momento abandonan el objetivo académico: mi último libro discute exhaustivamente con todas las corrientes académicas justamente para plantear que esta definición se sostiene en los dos planos, y que no es ingenuo sostenerla. No nos desentendemos de los efectos políticos que produce, sino que nos hacemos cargo de los efectos políticos que produce y sería interesante que cada intelectual intentara hacerse cargo de los efectos políticos que produce su construcción de conocimiento.

La resistencia a encuadrar lo sucedido en Argentina como genocidio no se dio desde un principio. Actualmente, se trata de resistencias sobre todo desde el mundo académico y jurídico. Y más que resistencia al uso del concepto de genocidio, lo que hubo desde un principio fue ignorancia sobre el concepto de genocidio, y sobre todo hubo una falta de visión de que esto podía ser un campo de estudio. Así, en el momento en que se abrieron nuestra cátedra y nuestros espacios de investigación, se los vio más como ámbitos extracurriculares, y como una actividad de derechos humanos, que como un campo de estudios académico. En muchas impug-

naciones iniciales de los años '80 —que no es ya la situación actual—, se ignoraba la existencia de todo un campo de estudios que ya había recorrido un camino, y se planteaban cosas como “lo que ocurrió en Argentina no es genocidio por que la Convención sobre Genocidio no incluye a los grupos políticos”... Ahí se articulan distintos niveles de ignorancia: de las condiciones políticas de producción de esa Convención, de la relación de fuerzas entre países al momento de sanción de dicha Convención, y una ignorancia profunda en cuanto a la existencia de un campo de estudios que discute todo esto hace más de veinte años. Ignorancia, también, respecto a que la Convención no es avalada por ningún ámbito académico serio en cuanto al modo de su construcción, incluso desde el propio campo académico del derecho.

-En el libro se historiza esa definición. Desde su redacción previa, a lo que se pudo aprobar... ¿No podría decirse que las discusiones actuales en el campo del derecho son para volver a esa primera redacción, que no era restrictiva y no violaba el principio de igualdad ante la ley?

-Claro, pero aun quienes sostienen que los aniquilamientos con contenidos políticos no son un genocidio, que los hay, no remiten su argumentación a la Convención. Ellos mismos reconocen que el artículo 2 de la Convención es insostenible desde la filosofía del derecho. Hay una dualidad sorprendente en quienes afirman que encuadrar lo sucedido en Argentina como genocidio sería una mirada *política* y no académica. Pero además, muchas veces quienes

sostienen eso no tienen el conocimiento académico elemental para comenzar a dar la discusión. Desconocen que esto ha tenido un recorrido académico específico, con toda una serie de líneas de autores y de perspectivas.

-Anteriormente, mencionabas la posibilidad de que los estudios desde este margen latinoamericano permitan la doble novedad de usar esas herramientas para nuestra realidad y a su vez reformularlas y criticarlas e incidir en ese campo. ¿Qué posibilidades de incidencia en el campo de estudios sobre genocidios le ves a las condenas por crímenes cometidos en el marco de un genocidio a Etchecolatz y Von Wernich?

-La gran interpelación en este tema, y en muchos otros, a nuestra universidad, es qué capacidad tiene de incidir en estos procesos. Porque si uno mira la historia jurídica de los procesos por genocidio, siempre ha estado articulada con la producción académica. El fallo del tribunal de los Balcanes y el fallo del tribunal de Ruanda, así como los distintos informes a Naciones Unidas de los relatores de Naciones Unidas sobre la propia Convención, siempre estuvieron basados en producción académica. La capacidad de llegar a esos fallos tuvo que ver con la capacidad de análisis de los trabajos de historiadores, sociólogos, psicólogos, antropólogos y filósofos sobre lo ocurrido y poder plasmarlo en el derecho. En ese sentido, creo que con el caso Etchecolatz Argentina ha dado un paso enorme, porque es una de los únicos casos —más allá de la discusión sobre el tema de la aniquilación de grupos políticos—, en que un tribunal nacional condena a un ciudadano propio por el delito de genocidio. Hay apenas dos antecedentes: uno en Etiopía, el otro con los grupos indígenas de Brasil. En todos los otros casos en los que hubo una condena por genocidio: la condena la impuso un tribunal internacional, o un tribunal constituido por jueces de los países ocupantes, nunca un tribunal del propio Estado al que se juzgaba. Es inédito a nivel internacional en el sentido de que casi nunca un Estado reconoció que existiera un genocidio en su territorio. El impacto que ha tenido a nivel de la comunidad académica y jurídica internacional ha sido enorme, tanto a favor como en contra, pero permite un enriquecimiento mutuo, al generar que los trabajos académicos que plantean problemáticas en cuanto a filosofía del derecho de la propia Convención, puedan utilizar este fallo en sus planteos. Incluso el fallo otorga herramientas para seguir pensando el sentido estratégico de los hechos ocurridos en la Argentina. Lo académico y lo jurídico son dos ámbitos que tienen que estar conectados, porque lo han estado históricamente, y nuestro trabajo tiende a posibilitar esa conexión.

-En el libro te referís a la claridad de los perpetradores, sobre todo cuando plantean “esto fue un proceso de reorganización nacional”. ¿Por qué, entonces, mantener el uso de la expresión dictadura militar? Por un lado, nuestra sociedad es lo suficientemente compleja como para plantearnos que quizás nunca hubo una dictadura militar al modo de las dictadu-

ras centroamericanas. Pero además el Proceso fue una dictadura cualitativamente distinta: no por el grado de violencia y de autoritarismo o por el número de víctimas, sino por tratarse de lo que el libro tipifica como un genocidio reorganizador. Asimismo, hay otras terminologías relacionadas, que tienden a oscurecer la visión de ese fenómeno. Por ejemplo, centro clandestino de detención. ¿Por qué no hablar directamente de campos de concentración? Uno escucha las declaraciones de Von Wernich y él dice “yo estaba en Puesto Vasco y esto no era clandestino, tenía un escudo, tenía una bandera...”. Lo cual es absoluta e incómodamente cierto.

-Coincido en ambos casos, pero uno es más complejo que el otro. Me parece que en el caso de *dictadura* y *Proceso de Reorganización Nacional*, creo que efectivamente fue una dictadura militar, con lo cual no sería un término incorrecto. Pero sí es fundamental diferenciarla de todas las otras dictaduras militares, porque fue mucho más que una dictadura. Plantear la idea del Proceso de Reorganización Nacional también involucra al conjunto de sus actores. En la mayoría de los golpes militares previos, pese al involucramiento de los sectores civiles, el actor militar era el actor central: se interrumpía un proceso y se lo restituía luego, poniendo cierto orden, más allá de que quizás el golpe de 1966 tiene características diferentes. Sin embargo, el Proceso de Reorganización Nacional implica hechos cualitativamente distintos, se propone justamente un proceso de otro tipo, donde el actor militar es sólo uno de los que participan en el diseño de esa *reorganización*, que se propone transformar la sociedad entera a través del terror. En el caso argentino hubo en eso una claridad de los perpetradores que no necesariamente está planteada en todos los procesos genocidas, hay procesos en los cuales los perpetradores van aprendiendo durante su propia operatoria. Una de las características más sorprendentes del caso argentino es el nivel de acumulación de saberes previos para perpetrar el genocidio, el nivel de preparación y de intencionalidad en el tipo de objetivos que buscaban. Y en alguna medida el nivel de efectividad en el logro de esos objetivos, más allá de que también es sorprendente el nivel de resistencia. Con respecto al segundo tema, creo que el dispositivo básico de los genocidios reorganizadores es el campo de concentración entendido de modo preciso. No todos los campos que existieron en el nazismo fueron de concentración, el nazismo tuvo también campos de trabajo y de exterminio. En la Argentina no existió ninguno de esos dos campos: no hubo una mecánica sistemática de producción de muerte en masa, como en el caso de los campos de exterminio, no hubo dispositivos encargados únicamente de eso, y tampoco hubo una mecánica de explotación del trabajo, pero sí hubo campos de concentración. Como los hubo en gran parte de las experiencias genocidas del siglo XX, en todas aquellas que han sido *reorganizadoras*. Y creo que “campo de concentración” es la mejor figura para referir a este dispositivo, porque hay muchas analogías entre el funcionamiento de los campos de concentración en la Argentina y en

otras experiencias históricas. El concepto de centros clandestinos de detención tiene este problema complejo, ante el cual es difícil adoptar una postura tajante: qué tan *clandestino* era. El concepto de campo de concentración clarifica, porque no ingresa en la discusión sobre su oficialidad o clandestinidad, sino que plantea justamente que es ámbito de concentración, de reunión de detenidos -así lo llamaban los propios militares- y de operatoria del terror con respecto a la población que circulaba por esos lugares. Pero sobre todo el objetivo del dispositivo campo de concentración es la difusión del terror con respecto a la población que no circula por esos ámbitos, una dimensión que ha sido muy descuidada en los análisis del proceso de genocidio: qué efectos dejó el terror de los campos de concentración en el conjunto de la población que no circuló por ellos pero de alguna manera -más o menos completa- sabía de su existencia.

-Me parece que otro gran tema para discutir es el de la periodización. En el libro se plantea que un genocidio reorganizador no concluye con la matanza ni se inicia con ésta, hay un proceso de construcción previa -esa construcción de saberes que hubo en la Argentina- y una realización simbólica. Sin embargo, en el libro también se plantea el Operativo Independencia como inicio del genocidio en Argentina. Justo el único caso en el que, hubiera o no una guerra, sí existía una fuerza insurgente armada que después de una operación se escondía pero sin tener que disolverse, y si bien de manera muy precaria y limitada en espacio y tiempo, hubo un cierto dominio territorial. ¿Por qué entonces no elegir como inicio Ezeiza o el bombardeo de 1955 en la Plaza de Mayo?

-No recuerdo haber planteado que se inicia en el Operativo Independencia...

-Lo señalás como un acierto de Luis Alberto Romero en los dos capítulos que dedica al tema en Breve historia contemporánea de la Argentina'

-La periodización empieza con la construcción de una otredad negativa, que es el primer momento de un genocidio. Igual habría una discusión histórica al respecto, pero creo que esto empieza en los prolegómenos del golpe de 1955, y se va articulando cada vez con más fuerza y con mayor claridad a lo largo de las décadas del '50 y el '60. Y creo que esto coincide con la creación de ámbitos de inteligencia especiales.

-La D.I.P.B.A. -si bien con otro nombre- fue fundada en 1956.

-Exacto, y me parece que no es casual la articulación de una política de inteligencia destinada a seleccionar a quienes van a ser las víctimas de este proceso. Si tengo que fechar la periodización -que siempre es muy difícil, ya que los períodos son conceptuales y no fechables-, diría en los alrededores de esos años, incluso antes del golpe del '55. La cuestión del Operativo Independencia y su vinculación

o no con un proceso de guerra es otra discusión, lo que yo sí creo es que fue un laboratorio de las prácticas a implementar después. Y en ese laboratorio lo menos importante -dicho por su primer jefe, el coronel Acdel Vilas-, era la lucha militar con la guerrilla. En algún pasaje de sus memorias dice que era un problema menor, que con dos batallones lo resolvía, que el conjunto de tropas que se manda a Tucumán es para transformar la sociedad tucumana, y que la herramienta central del combate es el lugar de reunión de detenidos, es decir, el campo de concentración. Y Tucumán, particularmente el sur de Tucumán, y la ciudad de San Miguel de Tucumán, estuvo totalmente atravesada, cuadrículada con toda una estructura concentracionaria. En este caso, lo concentracionario atravesó al conjunto de la población, incluso como víctimas directas, y sus efectos se están investigando y se siguen sufriendo aún hoy. Me parece que en ese sentido es que quizás pudo haberse entendido esta idea de fechar en el Operativo Independencia el inicio concreto de las actividades de aniquilamiento, de la fase de exterminio, no de la periodización dentro de ese proceso genocida. Y me parece que priorizar la visión de una guerra con una compañía de monte que jamás estuvo en condiciones de desafiar el monopolio a las fuerzas armadas o al régimen, es confundir cuál fue el eje, explicitado por sus propios perpetradores, algo llevado adelante bajo un gobierno democrático, pero como laboratorio y antecedente de lo que después se aplicaría al conjunto del territorio.

-Una vez conocido el fallo contra Etchecolatz, en una entrevista aparecida en Puentes, Leopoldo Schiffrin -integrante de la Cámara Federal de Apelaciones, y miembro de la Comisión por la Memoria-, afirmó: "Si la cultura no elabora toda esta inmensa crisis queda ahí siempre dando vueltas". ¿Llama la atención que precisamente un hombre del derecho sostenga que el fallo -aun con toda su importancia- no sirve de nada si la sociedad no lo asimila a partir de su cultura. ¿Cómo se da, para vos, ese proceso de asimilación social?

-Yo coincidí totalmente con la afirmación de Schiffrin. Me parece que con estos juicios nuevamente uno puede ver la portada de los diarios con el fallo a Von Wernich, con estos juicios hay una oportunidad de que la sociedad discuta una cantidad de cuestiones que permite discutir el concepto de genocidio. Esto es lo más interesante del concepto y del fallo, de nosotros depende el aprovechamiento de esta oportunidad. Creo que el modo en que el genocidio afectó las vidas de cada uno de nosotros, y no sólo de las víctimas directas y sus familiares, es algo que en gran parte estuvo obturado por la mirada en término de delitos individuales de violación a los derechos humanos o de teoría de los dos demonios. Hay una discusión a la que habilitan el fallo Etchecolatz y el fallo Von Wernich: la posibilidad de plantear la existencia de un genocidio en Argentina. Lo cual no garantiza nada, pero es sí una oportunidad de apertura de discusión. Hay una infinidad de

Discusión

Un mecanismo expositivo a lo largo de buena parte de *El genocidio como práctica social* es ir dando cuenta de conceptos, definiciones, bibliografías y autores para tomar algunos elementos, rebatir otros, plantearse nuevas preguntas y responder con definiciones propias. Ese mecanismo, hace que el texto se peleee con varias definiciones del nazismo, con el paradigma de la *uniqueness* y la consideración del holocausto como algo que escapa a la razón, que no puede ni contarse ni explicarse, con el nunca más como concepto que no sólo intenta obturar el terrorismo de Estado sino también la rebeldía y los proyectos emancipadores, con la división entre víctimas *buenas* y víctimas *malas* de acuerdo con su militancia. El libro es aún demasiado reciente como para que se hayan dado las discusiones que merece. Pero, como sostiene Feierstein, “lo discutido desde antes del libro es en qué medida un aniquilamiento cuyo contenido es claramente político puede ser calificado como genocidio. La discusión de fondo más filosófica es si podemos hacer una analogía entre aniquilamientos constituidos con una base fundamentalmente racista versus una base fundamentalmente política. Creo que en este sentido los últimos trabajos sobre dos casos de genocidio -los Balcanes y Ruanda- que aparecen como fundamentalmente racistas, son muy interesantes para aportar a esta discusión. No los pude incluir en el libro por ser posteriores. Pero por ejemplo el trabajo de Gabriel Peries sobre Ruanda deja en claro gran parte de la construcción política de ese genocidio. Si bien no es lo mismo la operatoria que utiliza el racismo frente a una que no la utiliza, yo diría que mi cuestionamiento quiere ser aun más radical que la inclusión del caso argentino dentro del concepto de genocidio, sino plantear que en verdad el conjunto de, más allá de que utilicen la herramienta racista o no. Efectivamente en la utilización de la herramienta racista hay una diferencia a señalar, pero los modos de utilización son muy variados, no implican un blanco o negro, hay como gradaciones en esa utilización. Quizás el caso argentino es el grado mínimo de utilización, es difícil encontrar otro genocidio que sea tan claramente político, donde el racismo haya tenido un lugar tan marginal. Así y todo, me parece que es fácil encontrar el sentido político de los genocidios que utilizaron la herramienta racista.

actores que tendrán un rol central en intentar que esta discusión pueda avanzar. Pero me parece un punto de partida central, porque no es lo mismo que ese reconocimiento de la existencia de un genocidio la lleve a cabo un periodista o un académico que un juez. En ese sentido, la función del derecho ha sido muy consciente. Los jueces que han llevado adelante este fallo lo han planteado explícitamente: se trata de la función del derecho como discurso de verdad en nuestras sociedades. El derecho es un modo de sancionar un discurso, y si es tan importante esa obligación como la obligación de establecer una pena, que la justicia nos esté diciendo en *Argentina hubo un genocidio* es una excelente oportunidad para pensar qué implica eso como sociedad.

Creo que un avance enorme ha sido comenzar a fisurar la teoría de los dos demonios, que fue tremendamente efectiva. Yo la llamo una teoría sedante, porque exculpa con mucha facilidad a todos los que vivieron esa experiencia, y entonces obtura, clausura la pregunta *¿qué hizo cada de uno de nosotros en ese momento?* Fisurar ese marco hegemónico es central para que los efectos del genocidio puedan ser elaborados, trabajados como sociedad. Creo que el trauma colectivo que implica el aniquilamiento de una fracción de nuestra sociedad, sólo puede ser saldado a través de la reflexión sobre las consecuencias que ese trauma ha dejado en cada uno de nosotros. La teoría de los dos demonios impedía esa discusión, y estos fallos, junto con las preguntas de una nueva generación —es muy fuerte la irrupción de H.I.J.O.S., hace ya más de diez años—, abren la posibilidad de pensar y de trabajar sobre esto.

¿Tan fisurada está en nuestra sociedad la teoría de los dos demonios?

—Creo que el campo académico no es el que más ha avanzado en ese sentido y quizás la teoría de los dos demonios se encuentra más fisurada en el tejido social, más allá de que enormes sectores aun la sostienen. El campo académico ha producido con cierta homogeneidad sobre el tema. A mí lo que me sorprende no es que haya trabajos contrarios a lo que postulamos —sería una discusión enriquecedora—, sino que haya muy pocos trabajos, tan pocos trabajos que se propongan analizar las consecuencias del proceso genocida en nuestro país. Aun cuando propongan otras interpretaciones, ha habido muchos trabajos periodísticos, mucha más reflexión de la sociedad civil de la que ha existido en el ámbito académico. Más allá de lo meramente descriptivo, es decir cuántos fueron efectivamente los desaparecidos, o qué tipos de violaciones a los derechos humanos se produjeron. Incluso creo que se ha avanzado más en algunas obras literarias, teatrales, poéticas o plásticas que en el propio campo académico. Es de esperar que las nuevas generaciones comiencen a producir esta interrogación. De hecho creo que se está produciendo, quizás no tiene todavía la posibilidad de acceder masivamente a difundir su producción en publicaciones, pero sí uno nota en los últimos años una presencia len-

ta pero creciente de trabajos de investigación de esta problemática en distintas áreas del conocimiento en las reuniones regionales o nacionales de sociólogos, antropólogos, filósofos. En esos nuevos trabajos que van apareciendo, no observo una hegemonía de la teoría de los dos demonios.

-Citabas a Inés Izaguirre y la mencionás también en el libro. Discutís por un lado las visiones democratistas y por otro lado a aquellos que ven lo que sucedió en Argentina como algún tipo de guerra civil, en una secuencia que sería guerra-derrota-genocidio. Izaguirre plantea en La política de la memoria y la memoria de la política en Argentina que la guerra siempre termina en genocidio³. ¿Es necesario saber si hubo o no guerra en Argentina para definir si hubo o no genocidio? En tu libro se pasa revista a una serie de posturas y se las critica, pero no parece haber una definición.

-En el libro hay algo que marcás bien, que tiene que ver con el estado de las opiniones e investigaciones, hay todo un capítulo que analiza las distintas visiones sobre la guerra y no termino de plantear una posición propia, creo que es una discusión compleja y no es una discusión que determine a la otra: si hubo o no genocidio. Para mí está muy claro que sí hubo un genocidio en la Argentina. La otra discusión sería si previamente hubo una guerra. Tiendo a plantear que en el caso argentino, a diferencia de las experiencias de América central, lo que existió no llegó a configurar una guerra civil. Por eso, quien más me convence de todos esos autores revisados es Carlos Flaskamp, un ex miembro de las organizaciones armadas de izquierda que plantea que el hecho de que subjetivamente ambos actores pensaran que había una guerra no necesariamente implica que esa guerra existiera. Y da tres ele-

mentos que deben cumplirse para la existencia de una guerra —control territorial por parte de ambos bandos, ejércitos regulares con población dedicada a las tareas militares con exclusividad y alineamiento en uno u otro bando de todo el arco social— y afirma que ninguno de los tres estuvo presente en Argentina. Creo que es una discusión muy compleja, muy importante y muy necesaria pero que debe separarse de la discusión sobre si existió o no un genocidio. Para contestar si hubo o no guerra, hay argumentaciones atendibles de distintos autores. Me parece que tanto la mirada de Juan Carlos Marín⁴ como la de Izaguirre, de la guerra como *acumulación primitiva del genocidio*, es una mirada interesante para pensar en determinados procesos históricos, como el de El Salvador o el de Guatemala, pero me resulta más compleja su aplicación al caso argentino. Creo que implica forzar un poco la situación en la que se encontraban las organizaciones armadas de izquierda. Aunque en mi libro no hay una profunda convicción en definir si hubo o no guerra, creo que es una discusión necesaria y que otros podrán seguir dando.

¹ *El genocidio como práctica social*, página 295; (Romero) También señala con acierto que el genocidio se inicia con el Operativo Independencia en Tucumán -y no con el golpe de Estado-...

² *Puentes 18*, entrevista de Ana Cacopardo.

³ *A mi entender la palabra guerra implica siempre masacre y genocidio...*, Inés Izaguirre en *La política de la memoria y la memoria de la política en Argentina*, La Rosa Blindada, Buenos Aires 1996.

⁴ Juan Carlos Marín es el autor de *Los hechos armados. Un ejercicio posible*, escrito en el exilio a partir de recortes de diarios que daban cuenta de episodios de violencia política. La primera edición en Buenos Aires es de CICSO, 1984.

Los perros ladran



Las ilustraciones que acompañan esta nota, forman parte de la muestra *Los perros ladran*, integrada por fotografías, dibujos y video de Darío Ares, inaugurada en el Museo de Arte y Memoria el 30 de diciembre de 2007. Darío Ares estudia la carrera de realizador audiovisual en la Escuela Provincial de Cine y Televisión de Santa Fe y coordina talleres particulares de video para niños y adolescentes. En el transcurso del año 2001 se abocó a la realización de *Tresspass*, una interferencia visual y virtual sobre diferentes espacios urbanos, una interrogación a la publicidad al ponerla en diálogo con producciones del campo artístico. De 2002 es *Aguaquemada*, una instalación audiovisual en una ciudad fantasma (ex salitrera, ex campo de concentración) de Chacabuco, en el desierto de Atacama (Chile). *Aguaquemada* constituyó en la interferencia de ese amplio espacio a través de imágenes auditivas (los sonidos del mar, la selva y la lluvia fueron llevados hasta el desierto para que establecieran un contrapunto sensible sobre ese paisaje). A finales de 2006 presentó en el Museo de la Memoria de Rosario su instalación Pregúntale al polvo en una muestra colectiva dedicada a pensar la violencia en el espacio urbano. En diciembre del mismo año, en el Salón Anual del Museo Castagnino de Rosario, presentó su primera serie de dibujos, con eje en el tema de la violencia urbana. En la actualidad trabaja en la elaboración de reportajes fotográficos y video-gráficos de carácter experimental dedicados a reflejar diferentes situaciones de la escena urbana contemporánea.



Jornadas

Hacia una Pedagogía de la Memoria

Se realizaron los días 6 y 7 de noviembre en la Comisión por la Memoria, con la presencia de especialistas de todo el país así como de diversos países latinoamericanos. A continuación, la ponencia de apertura y artículos de Nancy Nicholls (Chile), Martín Legarralde (Argentina) y Claudia Girón Ortíz (Colombia).



Márgenes y confines. Mariano Sapia. La isla de los cirujas, óleo (2006-2007) / Una noche en el piquete, óleo (2001-2007) / Una tarde en el Parque Chacabuco, óleo / Un planteo botellero, óleo (2007)

CUANDO EL presente EVOCA EL pasado

Por Sandra Raggio

Como forma de introducción quisiera contarles por qué una de las coordinadoras de los talleres previstos para estas Jornadas de Pedagogía de la memoria, no va a venir. Cuando leí su mail, pidiéndonos disculpas, tuve la sensación de que los motivos de su ausencia debían ser parte de este encuentro, y le pedí permiso para contarles. Voy al grano, no viene porque estaba profundamente conmovida, dolida y hasta paralizada por su viaje al Impenetrable chaqueño.

Allí vió lo que ni siquiera cuenta y yo apenas me atrevo a imaginar. Reproduzco algunas de sus imágenes: *tuve la sensación de haber estado en un campo de concentración (abierto, claro) pero dónde la gente se muere (en todos los sentidos) sin que a nadie le importe. Y el morir no es sólo de hambre, sino sobre todo de indiferencia, de que la mayoría de los "criollos" decididamente los consideran animales.* Al momento de escribir, ella aún no se repenía de esta experiencia, no pudo aún procesarlo, dice. Yo encuentro otra palabra tal vez más cercana al sentido que ella quiso darle y que usamos con frecuencia al hablar de los pasados que no pasan: elaborarlo.

Antes de avanzar con las ideas, y lograr que ustedes entiendan qué estoy intentando decir, voy a contarles otra pequeña historia. Esta vez era un compañero del área, Diego, quien nos contaba su visita a una villa miseria de la ciudad de Buenos Aires: Villa Cildañez. Allí, un grupo de adolescentes está reconstruyendo la historia de la resistencia del barrio a las topadoras del intendente de la dictadura, el brigadier Cacciatore. El sábado fueron a hacer unas entrevistas. A la tarde, el barrio estaba a pleno, la gente brotaba por los rincones. La bienvenida se la dieron los chicos que jugaban al fútbol en la canchita. Con sus armas en la mano saludaban a conocidos, sus amigos del barrio

y miembros del equipo de investigación de la escuela, y también a extraños (Diego, camarógrafos, docentes). La broma era apuntar a la "profe" y preguntar sin disimulo si "ésta había sido la que le había puesto el uno", "así la bajamos de un cañazo". Reían. Cuando llegaron a la cita en la casa de una vecina de la asociación vecinal, a los minutos cayeron los entrevistados, dos hombres, de no más de cuarenta años, totalmente borrachos. No sin cierta violencia preguntaron qué querían saber, para qué estaban ahí, etc. Con soltura, una de las chicas del proyecto, también del barrio, les contó que estaban investigando lo que ahí había pasado en tiempos de la dictadura. Uno de ellos dudó -sus gestos denotaban una búsqueda en la memoria-, hasta que por fin dijo: "era la época en que yo no tomaba". Y empezó a contar... Contó del barrio, de las topadoras y de Malvinas, donde fue a combatir. Y finalmente dijo lo que nadie esperaba o quería oír: que él no quería recordar, que era mejor olvidar, que para qué servía la historia. Las entrevistas terminaron, los hombres se fueron y la charla siguió en la casa. Los chicos decían indignados "que estos dos tienen que ir a la cárcel, que no sirven para nada, que ...". Esa cantinela conocida, pero dicha por los pibes de la villa. Al salir, volvieron a encontrarlos, sentados en un basural, bebiendo, tal vez volviendo a olvidar.

Cada día nuestros compañeros del Comité contra la Tortura visitan las cárceles de la provincia, y sin dudas las sensaciones que se llevan de allí son similares a las de la coordinadora del taller hoy ausente o a las de Diego. Es un momento donde lo que consideramos *normal* se paraliza, dejamos por un rato de entender qué estamos percibiendo claramente, de comprender lo que se despliega a nuestra vista o lo que están queriendo decir esas palabras que nos



dicen. Lo humano, o lo que entendíamos por lo humano, se opaca. Aparece un indicio, como un pequeño resplandor que nos señala una experiencia de vida que nos pone fuera de nosotros mismos. Ésta sería la experiencia extrema, límite, la que no podemos imaginar hasta que nos sucede o hasta que logramos imaginarnos ser el Otro, tomar su lugar, albergarlo dentro nuestro.

Los incapaces de la empatía se tranquilizan con las taxonomías, entonces despliegan sus listas de clasificaciones: los del Impenetrable son indios, los de la villa son pobres, los de la cárcel son *delincuentes*. Cada uno de sus padeceres está inscripto en este nomenclador que señala a los *Otros*, los que no se parecen a *Nosotros*. Su experiencia parece tan alejada de la nuestra que podemos vivir sin percibirlos más que como una amenaza o un peligro o un problema, en el mejor de los casos.

Esto me hace acordar a la dictadura. Entonces me pregunto: ¿cómo es posible pensar en políticas de la memoria en este presente? ¿Por qué hacemos memoriales para dejar registro de la experiencia pasada si las imágenes que produce el presente pueden remitir tanto a ella? ¿O no es el presente el que evoca el pasado? ¿O acaso la memoria no es su actualización, su puesta en sentido en cada presente? Entonces, si está en el presente, ¿para qué necesitamos memoriales?

Porque yo no encuentro esta presencia clara en los trabajos de la memoria -como le gusta decir a Ricoeur en vez del deber de memoria-, esta referencia, esta cita al presente. Voy a tratar de hacerme entender: si debo recurrir al pasado para evocar el horror, la re-presentación de la experiencia extrema pasada, para asomarme a ver el dolor de los demás, ¿no es una forma de invisibilizar el presente? Pues si es en el pasado donde se aloja el horror, su reminiscencia tendría el sentido de señalar la distancia del hoy con el ayer, sería más historia que memoria, más conservación que resignificación.

Dicho de otra forma: ¿Por qué necesitamos re-presentar el pasado a partir de sus propias imágenes? ¿No hay imágenes que se producen en el presente que lo están re-presentando?

No estoy diciendo que el presente es idéntico al pasado, que nada cambió, que todo es lo mismo, me estoy refiriendo al carácter ejemplar que puede adquirir la memoria de determinados eventos, en los términos que lo plantea Tzvetan Todorov, quien insiste en que la buena memoria es aquella que se transforma en *exemplum* y está abierta a la comparación y la analogía.

Si no fuera así, si el Impenetrable no tuviera nada que ver con estas jornadas, si lo que pasa en Villa Cildañez tampoco, y estas cárceles no evocaran otros mundos concentracionarios, ¿de qué memoria estaríamos hablando? ¿De la memoria de quiénes? ¿Dónde están los que quieren

olvidar porque ellos mismos son los olvidados? ¿No habrá una memoria de *Nosotros* y otra de los *Otros*, que ni siquiera sabemos que existe?

¿En una sociedad fragmentada, segmentada, no estaremos reproduciendo en las políticas de la memoria la misma exclusión que se expresa socialmente?

Estoy queriendo decir que las políticas de la memoria pueden tener más de un sentido, y que esos sentidos están en relación con el proyecto histórico que tenemos como sociedad, con ese horizonte de expectativas del que habla Kosseleck.

Deberíamos poder pensar lo extremo de una experiencia en relación con lo que aviene normal, con aquello que nos es tan cotidiano al punto que ni siquiera lo percibimos como para intentar detenerlo. Pues ni siquiera la experiencia extrema se desliga de lo cotidiano, aunque nos cueste pensarlo así.

Las políticas de la memoria, son políticas. Y en ellas se dirimen también disputas en torno a qué sociedad queremos, no en torno a qué sociedad queríamos (verbo conjugado en pretérito)

Las políticas de la memoria siempre están al riesgo de transformarse en un intento de clausura, de sutura de la herida, aún con su ánimo de justicia y de reparación. Lo son en la medida que rompen su lazo con el futuro, del que sólo esperan el reconocimiento de su singularidad como acontecimiento histórico. Su eco sonará como promesa retórica que señala, tranquilizando nuestras conciencias, que aquello que pasó no ha vuelto a repetirse, una especie de monumento al horror donde exorcizar los demonios y evitar su retorno.

Deberíamos poder pensar lo extremo de una experiencia en relación con lo que aviene normal, con aquello que nos es tan cotidiano al punto que ni siquiera lo percibimos como para intentar detenerlo.

Pues ni siquiera la experiencia extrema se desliga de lo cotidiano, aunque nos cueste pensarlo así.

Voy a permitirme una extensa cita de un fragmento de Homo sacer III, de Giorgio Agamben: *Levi refiere que un testigo, uno de los poquísimos sobrevivientes de la última Escuadra especial de Auschwitz contó que había asistido, durante una pausa del "trabajo", a un partido de fútbol entre las S.S. y representantes del Sonderkommando.*

Al encuentro asisten otros soldados de las S.S. y el resto de la escuadra, muestran sus preferencias, apuestan, aplauden, animan a los jugadores, como si, en lugar de a las puertas del infierno, el partido se estuviera celebrando en el campo de un pueblo.

A algunos este partido les podrá parecer quizás una breve pausa de humanidad en medio del horror infinito. Pe-

ro para mí, como para los testigos, este partido, este momento de normalidad, es el verdadero horror del campo. Podemos pensar, tal vez, que las matanzas masivas han terminado, aunque se repitan aquí y allá, no demasiado lejos de nosotros. Pero ese partido no ha acabado nunca. Representa la cifra perfecta y eterna de la “zona gris”, que no entiende de tiempo y está en todas partes. De allí proceden la angustia y la vergüenza de los supervivientes (...) Mas es también nuestra vergüenza, la de quienes no hemos conocido campos y que, sin embargo, asistimos, no se sabe cómo, a aquel partido, que se repite en cada uno de los partidos de nuestros estadios, en cada transmisión televisiva, en todas las formas de normalidad cotidiana. Si no llegamos a comprender ese partido, si no logramos que termine, no habrá nunca esperanza.

Thanassekos va en un mismo sentido cuando dice: *la dificultad fundamental en el enseñar Auschwitz no residiría ni en su singularidad asumida como radical, ni en su carácter definido de irreducible al análisis racional Tampoco en el horror o en la violencia absoluta que nos son expuestos —una tesis que olvida cuánto estamos cotidianamente inmersos hoy por imágenes similares—, y tampoco en el irrumpir de una emoción intensa que puede paralizar la comprensión como también favorecerla pero sí residiría en la dificultad de pensar Auschwitz por nosotros mismos en su trágica ambivalencia: como realización desenfrenada, desencadenada, exacerbada, realización extrema, más allá de cualquier límite —y justamente por esto excepcional, éticamente no integrable y cognoscitivamente aporética—, de ciertos elementos que por otra parte están insertos en las formas y en los contenidos de los vínculos sociales que regulan el normal funcionamiento de nuestras sociedades.*

Todorov, en su libro *Frente al límite*, en el que analiza el mundo concentracionario, fundamenta su trabajo poniendo luz sobre esta relación entre la vida en los campos y la vida común. Lo que él sostiene es que en la situación límite todo se pone en evidencia (...) *La vida en los campos proyecta en grande y hace elocuente eso que, en el runrún cotidiano, puede fácilmente escapar a la percepción.*

Pero volvamos a los pliegues de lo que hoy nos convoca, que es pensar la escuela, nuestra práctica como docentes. Preguntémosnos cuánto nos hemos acostumbrado a la violencia cotidiana de unos contra otros, al darwinismo social, a las clasificaciones que intentan explicar el mundo hostil del que nos queremos salvar y no entendemos. ¿Cuánta humanidad hemos perdido en ese intento de salvarnos? Pensemos en qué se ha transformado la escuela pública, cómo se ha segmentado y cómo opera segmentando.

Estamos aquí intentando pensar qué hacer. Y sobre todo qué hacer en nuestra labor como docentes. La pedagogía de la memoria emerge como un espacio de construcción donde volver a pensar el proyecto histórico. Para tal

Pensar una pedagogía de la memoria implica también revisar nuestras prácticas, autoreflexionar en torno a sus supuestos explícitos y ocultos y desde allí transformarlas. Construir una pedagogía de la memoria no sólo involucra definir contenidos sino sobre todo las formas en que esos contenidos se transfieren. Refiere a la relación entre docentes y alumnos, pone atención al cotidiano escolar, vincula la transmisión del conocimiento con la producción de ese conocimiento.

fin debe ser una pedagogía crítica, que vuelve sobre los fundamentos de la educación y sus fines, que reconoce la situación de ausencia de justicia de las sociedades de hoy, sus conflictos y contradicciones, y desde aquí recupera la utopía emancipatoria y el proyecto histórico. Restituye la visibilidad al sujeto del acto educativo y sus posibilidades de autonomía y capacidad crítica del mundo.

Pensar una pedagogía de la memoria implica también revisar nuestras prácticas, autoreflexionar en torno a sus supuestos explícitos y ocultos y desde allí transformarlas. Construir una pedagogía de la memoria no sólo involucra definir contenidos sino sobre todo las formas en que esos contenidos se transfieren. Refiere a la relación entre docentes y alumnos, pone atención al cotidiano escolar, vincula la transmisión del conocimiento con la producción de ese conocimiento.

Y aquí lo último, esta transmisión no implica sólo dar a conocer los hechos de la historia, sino trabajar para una apropiación significativa de este pasado por parte de las nuevas generaciones en pos del desarrollo de una mirada crítica del presente y de la construcción de nuevos horizontes de expectativas sobre la base del *Nunca Más* y la plena vigencia de los derechos humanos.

Pero sería sólo retórica sin su conexión con la experiencia, pues surge de ella, se define a través de ella, reconociendo los obstáculos, límites, controversias y conflictos en que se desarrolla.

La memoria debe irrumpir en este sueño de un presente que tiende a perpetuarse aniquilando el futuro. No debe consentirlo, los ausentes son evocados en su reclamo de justicia, y precisamente es su ausencia la que señala los posibles futuros hoy ausentes, a los que hoy padecen la reiteración de la barbarie. López sigue desaparecido y el partido continúa como si nada hubiera pasado.

Digamos con Agamben que es necesario que el partido termine de una vez para que vuelva la esperanza.

Sandra Raggio es responsable del área de Investigación y Enseñanza de la Comisión Provincial por la Memoria.

En busca de la identidad perdida

Por Nancy Nicholls

A primera vista pareciera que en Chile la recuperación y transmisión de la memoria ha sido un ejercicio de reciente data, que ha cobrado visibilidad en los últimos años coincidiendo con la explosión del fenómeno en el resto del mundo. Sin embargo, un examen más acucioso permite identificar diversas iniciativas que desde principios del siglo XX utilizaron la memoria con fines de investigación o simplemente como expresión de realidades concretas pertenecientes al ámbito urbano local.¹ Puede citarse por ejemplo, la *Monografía de una familia obrera en Santiago*, publicada en 1903; un estudio basado en entrevistas y una suerte de *observación participante* de sectores populares del Santiago de inicios del siglo.² La *Monografía...* fue el resultado de un trabajo realizado por dos jóvenes alumnos de un curso de Economía Política dictado en la Universidad Católica de Chile —Jorge Errázuriz Tagle y Guillermo Eyzaguirre Rouse— quienes motivados por profundizar en materias sociales visitaron por tres meses a un artesano, su mujer y sus hijos en su vivienda y en su taller, entrevistándolos y registrando todo lo que veían.³

Bajo la Unidad Popular (1970-1973), la utilización del testimonio en publicaciones autobiográficas, historias de vida o narraciones que daban cuenta de experiencias y personajes excluidos hasta ese momento de la historia oficial, constituyó un hito en las prácticas de recuperación de la memoria en Chile. La *Colección Nosotros los Chilenos*, difundida por la editorial estatal Quimantú, se propuso —y lo consiguió exitosamente— difundir la cultura y las tradiciones populares a través de relatos de vida y entrevistas a los personajes populares de nuestro país. No obstante lo anterior, fue durante la dictadura militar (1973-1990), que la recuperación y transmisión de la memoria comenzó a ser una práctica constante en el tiempo y fructífera en iniciativas, dando lugar a reflexiones con claros contenidos socio-políticos.

La memoria popular bajo dictadura

Puede parecer paradójico que bajo una dictadura militar

que impuso férreas restricciones al libre pensamiento y al desarrollo de instancias culturales contrarias a los valores e ideas-fuerza por ella propagados, surgieran con determinación experiencias de recopilación de memorias populares al calor de los talleres de educación popular y otras organizaciones de base en las poblaciones marginales. Sin embargo, el fenómeno se explica por la confluencia de dos factores. Por un lado, la dictadura con su sistemática política de persecución y exterminio de la disidencia, no pudo —habría sido imposible hacerlo— controlar los innumerables focos de resistencia cultural y luego política, que a partir de fines de los '70 comenzaron a surgir en el subterráneo y germinal tejido social opositor. Por otro lado, porque la imposición de un modelo cultural, así como de unos valores claramente asociados a los ideales militares, produjo una reacción diametralmente opuesta en uno de los sectores más afectados por la represión: los barrios marginales urbanos. Éstos que además sufrieron en los '80 los efectos de una aguda crisis económica, experimentando un proceso de pauperización, no tenían nada que perder, pero mucho que ganar, indagando tanto en sus historias personales como colectivas a través de la memoria.

En efecto, la memoria se levantó como una herramienta a través de la cual sectores del mundo popular buscaron rearticular su identidad, amenazada y castigada desde el poder militar, que desde los primeros días después del golpe los había considerado como potenciales enemigos de la patria por su militancia de izquierda o por el simple apoyo otorgado al gobierno de la Unidad Popular. A través de los procesos de recuperación de memorias locales, los pobladores no sólo se apropiaban de su pasado colectivo, sino también adquirían importantes elementos para reformular su identidad. Gran parte de las iniciativas de recuperación de memoria local estuvieron centradas en aquellos años en los orígenes de las poblaciones marginales; era en esos momentos que los pobladores se reconocían con capacidades de auto-organización, de desarrollo comunitario, de solidaridad y espíritu colectivo. Era

hasta tal punto relevante el significado atribuido al *momento fundacional* que se llegó a hablar de un verdadero *mito fundacional*. La expresión de una pobladora participante de la toma que dio origen a la población Herminda de la Victoria en el año 1967 —“vimos nacer una población de mil almas en quince minutos”—⁴ da cuenta de ese mito en torno al origen, en este caso, transportándonos a una narrativa propia del realismo mágico. La subjetividad sin embargo es inherente a la memoria, y de esta manera todas las significaciones atribuidas a las experiencias positivas asociadas al espacio barrial, jugaron un rol fundamental en el fortalecimiento de diversas comunidades populares urbanas bajo el período dictatorial. La recuperación de las memorias locales, permitía a los habitantes de los barrios marginales reconocerse como sujetos con historia, pero más importante aún, como sujetos con agencia histórica, es decir con capacidad de intervenir en la historia, y contribuir de ese modo a fijar sus contornos. Múltiples colectividades barriales que surgieron de las organizaciones que lentamente iban tomando vida en la clandestinidad -ollas comunes, comunidades cristianas de base, comités de cesantes y muchas otras- echaron a andar procesos de reconstrucción de historia local.

Memorias organizadas

La recuperación de memoria local en los ámbitos populares no fue sin embargo un proceso espontáneo y autónomo. Fueron diversas ONG's tales como ECO, CIDE, JUNDEP y SUR, las que recogiendo eso sí inquietudes e interrogantes de los sectores populares estimularon ejercicios de recuperación de memoria popular. En algunos casos, se indagó en el pasado reciente —en la historia del movimiento obrero en particular—, en palabras de Mario Garcés, como si éste fuese un campo de reservas ético-políticas.⁵ A través del conocimiento de las luchas reivindicativas de los sectores obreros en el siglo XX se buscaba recuperar la capacidad de lucha y sobre todo se buscaba comprender la derrota sufrida con el golpe militar. Pero, en la mayoría de los casos, las ONG's se volcaron a las demandas por conocer la historia local de las comunidades barriales en la periferia urbana.

Basándose en los presupuestos teóricos de la educación popular, se inició entonces un proceso activo de recuperación de memoria local popular hacia fines de los '70 y sobre todo en los '80, que buscaba crear un nuevo conocimiento, no transmitir uno ya formulado. La clásica relación maestro-alumno dejó paso a diversos formatos con los que normalmente trabaja la educación popular, permitiendo de este modo una democratización en la elaboración del conocimiento. Los talleres grupales fueron los dispositivos más recurrentes en la recuperación de la memoria local, en los que participaban todos aquellos que al interior de las comunidades estuviesen interesados en el proceso de indagar en la historia local. A partir de los talleres surgieron las charlas, las cartillas ilustradas que entregaban elementos metodológicos básicos para em-

prender la tarea, los diaporamas, las representaciones teatrales y las exposiciones fotográficas, por nombrar algunos de los mecanismos más relevantes en el proceso de recuperación y posterior transmisión de la memoria local.

Huecos

La memoria local, además de las significaciones que tuvo para los habitantes de las poblaciones, dejó al descubierto los vacíos de la propia historiografía nacional, que centrada en el estudio de las elites, de los procesos políticos y económicos de larga duración, había dejado de lado a los vastos sectores populares, sólo abordándolos en tanto alusión al folklore o a raíz de las irrupciones que de tanto en tanto, los grupos con mayor conciencia política o las masas más radicalizadas realizaban en el escenario nacional. Ni siquiera la historiografía de izquierda había abordado la heterogeneidad que suponía indagar en los sectores populares, demasiado interesada como estaba en el movimiento obrero, en el sindicalismo y en la formación de la conciencia de clase. Las historias locales dejaban al descubierto a los sujetos olvidados por la historiografía: las mujeres pobladoras, los niños, los jóvenes de esquina, los sumidos en la drogadicción, los cesantes, las minorías étnicas y tanto otros. De este modo, desde un campo ajeno a la academia, se levantaba un desafío a la historiografía producida en Chile.

Pero la indagación en la memoria popular supuso además recurrir a la metodología de la historia oral, sobre la cual existía un largo y nutrido recorrido tanto en EE.UU. como en Europa y América Latina. Sin embargo, era muy poco lo que en Chile se conocía sobre la producción de historia oral en países como Inglaterra, España, México, Brasil y Argentina. Sin contacto con los amplios desarrollos teóricos y metodológicos en el campo de la memoria y la historia oral, la experiencia chilena recurrió a los presupuestos contenidos en la educación popular, haciendo confluir los intereses de historiadores en su mayoría de izquierda y de los propios pobladores cuyas historias buscaban articularse en una narración. Ilustrativo en este sentido fue el hecho de que los integrantes del Taller Nueva Historia -formado hacia fines de los '70 para apoyar las experiencias de elaboración de memoria popular- sólo tomaran conciencia de que lo que hacían correspondía a lo que en la academia se conceptualizaba como *historia oral* después de que Rosario Stabili, la investigadora italiana de visita en Chile a principios de los '80, así se los hiciera ver.⁶

La experiencia de recuperación de memoria en el contexto de dictadura en Chile, se sitúa en la línea de lo que Philippe Joutard ha denominado *la segunda forma de historia oral* que tuvo sus orígenes hacia fines de la década del '60, y que buscó dar la palabra a los pueblos sin voz, a los sectores no hegemónicos de la sociedad, a los vencidos en palabras de Nuto Revelli, uno de los precursores de la historia oral en Italia. Para Joutard, esta corriente no trataba a la fuente oral como un documento más que podía utilizarse

junto a la documentación escrita, sino que le otorgaba el status de otra historia, acercándose con ello a la antropología, y ciertamente alejándose de los círculos más académicos que la observaban con sospecha. Practicada por profesionales, sindicalistas, feministas, sus objetivos eran la reconstitución de la cultura popular a menudo transformándose en una historia militante.⁷ Las similitudes son evidentes; la historia local en Chile se levantó como una forma de resistencia a la dictadura, como una afirmación de la cultura popular y como un reconocimiento del status historiográfico de los pobladores, aquellos sujetos marginales de la sociedad dictatorial. A los pobladores, la recuperación de sus historias locales, les otorgaba una posibilidad insospechada hasta ese momento, la de descubrirse como actores del escenario histórico. De ser sujetos pasivos, reprimidos y marginales pasaban a ser protagonistas de procesos históricos significativos de la segunda mitad del siglo XX, pasaban a ser *constructores de ciudad* como se titulaba un libro sobre historias locales publicado por SUR en 1987. Señalan Mario Garcés y Pedro Milos al respecto: *El reconocimiento de la propia memoria como un conocimiento válido para reconstruir la historia popular, hace que los actores cambien su concepción de la historia y su papel en ella. "Es la primera vez que siento que mi vida, que yo, forma parte de la historia" señaló en una oportunidad una pobladora tras un ejercicio de recreación de la historia de su población a partir de la historia de las familias que la conformaban.*⁸

Testimonios como el de esa pobladora, fueron muy comunes en los talleres de recuperación de memoria local. Ello explica que en esta relación entre historia y memoria, el énfasis de las experiencias de construcción de historias locales se haya puesto en la memoria y no la historia. La importancia del proceso en el contexto de dictadura que se vivía radicaba justamente en sacar a la luz las historias no contadas, en devolver autoestima a los pobladores, generar nuevos elementos que permitieran rearticular identidades tanto individuales como colectivas, todo ello con un objetivo implícito, hacer frente a la dictadura.⁹ La memoria no sufría un proceso de interpretación importante, no se transformaba la materia prima constituida por el testimonio en análisis crítico, tampoco se lo problematizaba; no era ésa la finalidad de los talleres de historia local. Es por ello, que gran parte de las historias constituyeron crónicas o relatos donde la construcción fáctica tuvo un lugar de privilegio y la subjetividad asociada a las experiencias también ocupó un espacio relevante. Sirva el siguiente párrafo —extraído de la *Historia de Herminda de la Victoria* escrita por uno de sus pobladores— como ejemplo: *Una fría madrugada en la comuna de Barrancas, bajo una densa niebla que señalaba el comienzo del otoño y entre las sombras que proyectaba los montículos de la tierra árida, comenzó primero como un susurro que -a medida que pasaban los minutos- crecía como un murmullo, esa masa incontenible de pobladores que lle-*

*gaba de todas partes, en sigilosas hileras, con carretones o carretas (...) Caminaban en silencio algunos, otros se comunicaban por señas, mirando a su alrededor con inquietud, como presintiendo que el mal acechaba entre las sombras.*¹⁰

La memoria en el nuevo siglo: ¿podremos vivir con el disenso?

La memoria en los albores del siglo XXI ya no es sólo un fenómeno circunscrito a las poblaciones y a los educadores populares que desde diversas ONG's apoyaron y estimularon la elaboración de historia local en Chile. En los últimos años ha marcado su presencia indiscutida en el espacio público de las sociedades occidentales, lo que ha llevado a Enzo Traverso —citando a Charles Maier y a Régine Robin— a hablar de una memoria *sobreabundante y saturada*, en tanto que para la historiadora Gabriela Aguila ya es un lugar común referirse al *boom* o la explosión de la memoria.¹¹ Chile no es ajeno a esa explosión. Diversas iniciativas han comenzado a gestarse, desde el ámbito público y privado, relacionadas con la memoria de nuestro pasado reciente. Tal vez, la más significativa, por su relevancia política y por sus consecuencias a nivel socio-cultural, sea la planteada por la presidenta de Chile, de abrir para el 2009 un Museo de la Memoria dependiente del Instituto de Derechos Humanos, organismo cuya creación se discute en el Congreso.

La memoria ya no es terreno exclusivo de la historia; se ha abierto como un abanico, explorada desde diversos ejes metodológicos, prácticas profesionales y sensibilidades artísticas. La literatura, el periodismo, el cine, el documental y la fotografía han contribuido enormemente a hacer de la memoria una temática de interés público, visibilizando episodios de la historia que aún producen conflicto y que muchos prefieren esquivar. La literatura, por ejemplo, ha sido fructífera para abordar la historia política reciente de la izquierda desde nuevas miradas —que incorporan plenamente la subjetividad— a través de la autobiografía, la biografía novelada, la novela y valga la redundancia, la memoria. Se puede citar por ejemplo *Guerrilla en Neltume. Una historia de lucha y resistencia en el sur chileno*¹² que relata el retorno clandestino de un grupo de miristas¹³ hacia fines de la década del '70 y su intento por establecer un foco guerrillero en un sector cordillero del sur de Chile. El relato, escrito por sus protagonistas, se lee como un diario de ruta, con la particularidad de no ceñirse al dato frío y a la mera descripción, por el contrario penetra en los intersticios de las vivencias personales de los guerrilleros, sus idearios y las contradictorias emociones provocadas por la acción guerrillera.

El video y el cine han aportado a la indagación desde diversos ángulos. La lista es larga, pero me parece oportuno destacar dentro del primer género *La Batalla de Chile*, aquella magistral obra en tres volúmenes sobre la Unidad Popular del director Patricio Guzmán. La obra, filmada contemporáneamente a los sucesos, se estrenó en Europa en 1974; no

obstante el tiempo transcurrido, no pierde su actualidad, y continúa siendo en los inicios del nuevo siglo materia de análisis y debate. Más allá de que sin lugar a dudas el documental recoge el periodo desde la visión de un hombre profundamente comprometido con el proyecto de la Unidad Popular, otorgándole a la obra —como lo ha hecho ver Carlos Pérez Villalobos— un carácter épico, cercano a la epopeya y con marcados componentes dramáticos,¹⁵ el sesgo —propio de cualquier obra artística— no destruye la fuerza con que el documental logra compenetrar al espectador en el clima de época, en el imaginario tanto de derechas como de izquierdas y en el discurso presente en cada uno de sus protagonistas. Y como no nombrar *Machuca* del realizador Andrés Wood, dentro del género cinematográfico, al que se le puede criticar haber caído en estereotipos, cubriendo de esteticismo realidades mucho más opacas y descarnadas. No obstante, al penetrar en la subjetividad envuelta en esa vorágine de acontecimientos que fue la Unidad Popular, el film devuelve a unos la posibilidad de recordar desde la sensibilidad un Chile profundamente dividido, en tanto le otorga a otros —las generaciones más jóvenes— una ventana desde la cual aproximarse a un pasado muchas veces desconocido.

Memoria, Estado, política

Si dejamos de lado las iniciativas particulares y los ámbitos de la producción artística, y nos asomamos a lo que ocurre cuando la relación entre memoria¹⁶ y pasado involucra al estado, y por ende compromete el plano de la política, entonces las tensiones y conflictos rápidamente emergen, recordándonos que en Chile la lucha por la memoria está aún por vivir muchos capítulos. El proyecto de creación del Museo de la Memoria es una muestra fehaciente de lo expuesto; en el mes de mayo de este año, el diario *El Mercurio* publicaba *las voces discordantes* de varios historiadores que se manifestaban en contra de la creación del museo, argumentando —entre otros puntos— que éste entregaría una visión sesgada de la historia, que la memoria es en sí colectiva y por lo tanto no puede reducirse a un plano único, y que en definitiva sería una exhibición de venganza y de odio.¹⁷

Por otro lado, el historiador Sergio Villalobos, premio nacional de Historia 1992, señalaba en el mes de octubre de 2007, a propósito de la propuesta de ajuste curricular que está preparando el Ministerio de Educación para los textos escolares de Ciencias Sociales, lo siguiente: *El final del párrafo* (valoración de la lucha por la defensa de los Derechos Humanos y la recuperación de la democracia, identificando actores relevantes) *tiende a perpetuar las odiosidades políticas y a realzar el papel de las agrupaciones y personajes partidarios. Parece propaganda.* Agrega el historiador que la temática de la recuperación de la democracia debiera eliminarse del currículo, ya que corresponde a la historia reciente y se *carece, en consecuencia, de la perspectiva objetiva del tiempo.*¹⁸

En el ámbito escolar, como se puede deducir de la crítica

del historiador Sergio Villalobos, la memoria sobre el pasado reciente también acarrea conflictos. Estos deben contextualizarse en el marco de las significativas reformas que se introdujeron en el currículo escolar a partir de principios de la década del '90, reformas que implicaron una reformulación tanto de los contenidos como de las estructuras anteriores. Uno de los propósitos del nuevo currículo fue que los alumnos entendieran la historia como un campo activo en que fuera posible el planteamiento de preguntas y la elaboración de respuestas, vinculando además la disciplina a las inquietudes y problemáticas del tiempo presente. Con ello se esperaba abandonar las viejas prácticas centradas en la memorización, el enciclopedismo y la acumulación de conocimiento.¹⁹

Si se observa el Programa de Estudios de Segundo Año Medio que aborda la historia nacional del siglo XX, pueden descubrirse innovadores intentos por estimular entre los alumnos y alumnas los procesos de reconstrucción y transmisión de memoria. Por ejemplo, se insta a los estudiantes a analizar las condiciones históricas que condujeron al golpe militar de 1973, contrastando diversas visiones historiográficas. Se sugiere además que recopilen información no sólo en libros sino también casetes, videos o películas sobre el golpe, los meses que lo antecedieron y los que lo sucedieron, preguntando a sus familiares sobre la forma en que recibieron las primeras informaciones sobre dicho acontecimiento así como sus reacciones iniciales.²⁰

No obstante, como lo ha señalado Luis Osandón, en el Programa se producen vacíos o selecciones de tópicos y perspectivas que dejan fuera aquellos puntos más sensibles, discutidos y tensionantes sobre los cuales no hay consenso. La Unidad Popular, sólo aparece tratada dentro de las actividades sugeridas al docente —y por lo tanto éste puede decidir si la incorpora o no— pero no se la aborda directamente. A juicio de Osandón, si bien es un logro considerable que la historia reciente sea analizada en el currículo escolar, no debe desconocerse que se juega con una constante neutralización de la *explosividad* de ciertos contenidos.²¹

El desafío que se le plantea a la educación en el plano de la transmisión de la memoria del pasado reciente, tiene que ver sin dudas con un ejercicio de renovación de la enseñanza de la historia en el ámbito escolar, pero también se entronca con los desafíos más generales que como sociedad enfrentamos los chilenos en la actualidad. Entre ellos, la necesidad de experimentar una mayor aceptación de la diversidad de memorias, aquellas memorias emblemáticas sobre el golpe y la dictadura, parafraseando a Steve Stern,²² que aún generan profundas divisiones reactualizándose para las fechas simbólicas o ante sucesos específicos que remueven el pasado aparentemente quieto; sirva como ejemplos nombrar el 11 de septiembre o la detención de Pinochet en Londres en 1998.

La memoria de nuestro pasado reciente es una temática que reviste gran importancia, en razón de que lejos de haber alcanzado consenso respecto de periodos cruciales

como la Unidad Popular o la dictadura militar, la sociedad actual, cargada de memorias propias y transmitidas, muestra serios conflictos para convivir con el disenso y más aún para siquiera nombrar, sacar a la luz, debatir y reflexionar en torno a ese pasado, muchas veces molesto. Pareciera que una parte de nuestra sociedad está empeñada en borrar toda huella de ese pasado, creyendo que de ese modo se contribuye a erigir una sociedad sin conflictos.

Frente a ello, cabe argumentar que la memoria de los hechos traumáticos no puede acallarse. Las propias experiencias traumáticas que afectan a los pueblos nos señalan que es imposible silenciar la memoria que sobre ellas pervive en protagonistas, testigos o familiares que han heredado la memoria transmitida. Gabriela Aguila nos recuerda cómo la memoria traumática en los pueblos que han vivido genocidios no puede enmudecerse, a pesar de los mecanismos de represión y olvido a los que constantemente aquélla se ve enfrentada. Muy por el contrario, la memoria traumática, reemerge, se reactualiza y resignifica, a través de verdaderos *ciclos de memoria*.²³ De tal modo que es muy posible afirmar que todos los intentos por imponer un consenso donde en realidad hay disenso, reconciliación donde en realidad hay un intento por borrar el pasado conflictivo y traumático, terminarán inevitablemente en el fracaso.

Subjetividad y memoria: El rol de los historiadores

No cabe duda que la Unidad Popular, el golpe de estado del 73 y la dictadura militar, son objeto de interpretaciones diversas, cargadas aún de pasiones y perspectivas ideologizadas, que son a su vez reflejo de la multiplicidad y heterogeneidad de las memorias sobre el período. La diversidad de memorias sobre nuestro pasado reciente es un hecho innegable que los historiadores deberíamos tomar en cuenta a la hora de interpretar ese pasado; nos da luces para comprender la complejidad y profundidad de las transformaciones experimentadas por nuestro país durante la segunda mitad del siglo XX.

La pregunta que los historiadores tendríamos que hacernos respecto del pasado reciente es precisamente cómo integramos en un análisis interpretativo la heterogeneidad de las memorias muchas veces antagónicas. Sin desconocer ciertos hechos innegables como la violación sistemática de los derechos humanos por parte del Estado bajo la dictadura militar -una suerte de núcleo fáctico que no puede someterse a relativizaciones- debiéramos reconocer la multiplicidad de significados que los procesos históricos de los últimos cuarenta años han tenido para la sociedad. Para quien desde su latifundio vio expropiada sus tierras con el proceso de Reforma Agraria profundizado bajo el gobierno de Allende, la Unidad Popular tiene significados muy precisos: fue el gobierno que atentó contra la propiedad privada, diezmó sus riquezas y contribuyó a la destrucción de la relación simbólica ancestral de la elite rural con la tierra. Para el poblador, sin embargo, que bajo el mismo periodo histórico vio

que la posibilidad de una sociedad más justa e igualitaria se hacía posible y que puso toda su voluntad y capacidad en el logro de este objetivo, la memoria de la Unidad Popular también tiene significados muy precisos: un gobierno para el pueblo que por única vez en la historia de Chile otorgó protagonismo a los sectores populares.

Alessandro Portelli a través de sus investigaciones en historia oral nos abre nuevas perspectivas para comprender la importancia de integrar al análisis histórico la multiplicidad de memorias que sobre un acontecimiento histórico se genera en el tiempo. Junto a ello, nos introduce de lleno en el vasto campo de la subjetividad al interesarse no en la veracidad de los testimonios de sus entrevistados, sino paradójicamente en lo que aquéllos tienen de falso, de erróneo, de mítico, incluso de ucrónico.

Veamos cómo opera Portelli. En su famoso libro *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas, la Memoria*²⁴, el autor se concentra en la transmisión de un suceso histórico específico -la matanza de 335 hombres perpetrada por los nazis en el año 1944 en Roma, en represalia por un atentado partisano a una columna de la policía alemana, donde resultaron 32 hombres muertos-, suceso que permanece vivo en la memoria actual de los romanos. Y para ello, entrevista a un número significativo de personajes involucrados de una u otra manera con el acontecimiento estudiado, pero lo notable, y éste es el punto que quiero recalcar, lo hace buscando integrar esa diversidad de memorias que inevitablemente se elaboran, decantan y transmiten frente a cualquier suceso de significación colectiva. Entrevista entonces a los familiares de las víctimas de las Fosas Ardeatinas, a los partisanos que actuaron en el atentado contra la columna nazi, a habitantes de la ciudad de Roma que no tuvieron relación directa con el acontecimiento pero que le permitieron entender el impacto de aquel más allá del círculo de los afectados, a las generaciones jóvenes para descubrir cómo ha sido transmitida la memoria, y finalmente a portadores de la memoria de derecha, *no sólo por un pluralismo abstracto, sino porque son fuentes de conocimiento y de experiencias a las que no podemos recurrir de otro modo, y porque una batalla por la memoria no se hace fingiendo que la otra parte no existe*.²⁵

Y al abordar la multiplicidad de memorias, Portelli descubre que muchas de éstas se van tejiendo en torno a mitos, deformaciones, tergiversaciones, e incluso traslaciones de los hechos en el tiempo, llegando a constituir en algunos casos verdaderas fantasías. Y es en ésta dimensión de la memoria donde radica la riqueza de la investigación: ¿por qué una memoria -individual e incluso colectiva- es capaz de modificar un hecho hasta tal punto de transformar su naturaleza?; ¿cuáles son los significados que se esconden detrás de tales modificaciones indiferentes frente a la evidencia de la *veracidad* factual? De modo que si para muchos historiadores la memoria como fuente para la historiografía es intrínsecamente poco fiable²⁶, en tanto está sujeta a olvido y dis-

torsión, para otros —dentro de los cuales Portelli me parece un ejemplo a destacar— es precisamente esta condición la que la convierte en un vasto campo de exploración.

La memoria es eminentemente subjetiva, ha señalado Enzo Traverso, no respeta cronologías y opera selectivamente sin someterse a normas racionales. La memoria, además, se reconstruye permanentemente, otorgando significado a los hechos desde el presente desde el cual actúa. Señala Traverso: *El historiador puede descifrar, analizar y explicar las fotos conservadas de Auschwitz. Sabe que son judíos los que descienden del tren, sabe que el S.S. que los observa participará en una selección y que la gran mayoría de las figuras de esa foto no tienen ante sí más que algunas horas de vida. A un testigo, esa foto le dirá mucho más; le recordará sensaciones, emociones, ruidos, voces, olores, el miedo y el desconcierto del recién llegado al campo, la fatiga de un largo viaje efectuado en condiciones horribles, quizás la visión de la chimenea de los crematorios. En otros términos, un conjunto de imágenes y recuerdos absolutamente singulares y completamente inaccesibles al historiador si no es a partir de un relato a posteriori, fuente de una empatía incomparable con la que pudo haber revivido el testigo.*²⁷

La relación entre historia y memoria sobre el pasado reciente en Chile pasa, a mi juicio, por la aceptación de tres desafíos: perder el miedo a inspeccionar en el entramado de memorias hegemónicas y marginales que se desprenden de la historia de los últimos cuarenta años; trabajar con los imaginarios, los sueños, los simbolismos y los significados contenidos en la memoria, desafiando los rigores de una historia positivista que aún ejerce su influencia en ciertos medios académicos; y finalmente dar el paso desde la memoria hacia la historia, a través de un ejercicio intelectual que permita enriquecer la comprensión del pasado a partir de las interrogantes y problemáticas del tiempo presente.

1. *Historias locales y democratización local. Ponencias, debate y sistematización del Seminario sobre Historias Locales organizado por ECO*, por Ana María Farías, Mario Garcés y Nancy Nicholls ECO, Educación y Comunicaciones, Santiago de Chile, abril 1993, página 1.
2. *La Historia oral en Chile*, por Leopoldo Benavides. Material de discusión, Programa FLACSO, Santiago, Chile, n.º 107, diciembre 1987, página 4.
3. *Intelectuales liberales relevantes frente a la cuestión social en Chile (1890-1920): Una minoría a favor del cambio*, por Nancy Nicholls, en: *Historia*, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, vol. 29, 1995-1996, página 310.
4. *Herminda de la Victoria: Aspectos históricos*, por Luis Moulian y Lydia de Wolf en: Ana María Farías et. al., *Historias...* op. cit., página 37.
5. Entrevista a Mario Garcés, Santiago de Chile, 30 de Agosto del 2007.
6. *Ibidem*.
7. Philippe Joutard, La historia oral: Balance de un cuarto de siglo de reflexión metodológica y de trabajos, en: *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 1, 15, 1996, página 157.

8. *Aspectos educativos y políticos en la recuperación de la memoria popular*, por Mario Garcés y Pedro Milos en: Jorge Andrés Bravo (ed.), *Memoria Histórica y Sujeto popular*, n.º 16, ECO, Santiago de Chile, Servicio de Documentación, Educación y Solidaridad, 1987, páginas 20-21.
9. Hacer frente a la dictadura incluía una amplia gama de posibilidades en el ámbito local: el fortalecimiento de organizaciones, el estímulo a la participación en una población, el apoyo o incentivo a procesos de democratización local, etc. Véase: Ana María Farías et. al., *Historias...* op. cit., páginas 62-66.
10. *El Sueño conquistado. Población Herminda de la Victoria*, por Gustavo Paredes en: *Constructores de ciudad. Nueve historias del primer concurso Historia de las poblaciones*, Sur, Santiago de Chile, 1989, página 85.
11. *Historia y Memoria. Notas sobre un debate*, por Enzo Traverso en: Marina Franco y Florencia Levín (comp.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Bs. As., 2007, página 67.
12. *Intersecciones entre historia y memoria, entre Europa y América Latina*, por Gabriela Aguila, en: *Historia, memoria y pasado reciente*. Anuario n.º 20, Escuela de Historia, UNR, 2003/2004, Homo Sapiens Ediciones, Argentina, 2005, página 69.
13. Comité Memoria Neltume, *Guerrilla en Neltume. Una historia de lucha y resistencia en el sur chileno*, LOM, Santiago de Chile, 2003.
14. Pertenecientes al Movimiento de Izquierda Revolucionario (M.I.R.) creado en el año 1965.
15. Véase Carlos Pérez Villalobos, *La edición de la memoria; La batalla de Chile, La memoria obstinada y El caso Pinochet*, en: Nelly Richard y Alberto Moreiras (eds.), *Pensar en la postdictadura*, Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2001.
16. Véase: Elizabeth Jelin, Exclusión, memorias y luchas políticas, www.globocult.org.ve/pub/Antologia/parte%20III/Jelin.rtf, página consultada el 5 de noviembre del 2007, también: Elizabeth Jelin, La conflictiva y nunca acabada mirada sobre el pasado, en: Marina Franco y Florencia Levin, *Historia...* op.cit.
17. 'En 2009, Chile tendría un Museo de la Memoria en el sector Matucana', *El Mercurio*, jueves 24 de Mayo 2007.
18. Descarnado análisis del ajuste de textos escolares de Ciencias Sociales, *El Mercurio*, domingo 21 de Octubre 2007.
19. Véase: *La enseñanza de la historia en la sociedad del conocimiento. Nuevas relaciones entre currículo e historiografía*, por Luis Osandón Millavil, en *Enseñanza de la historia y memoria colectiva*, por Mario Carretero, Alberto Rosa y María Fernanda González (comp.) de Paidós, Argentina, 2006.
20. Programa de Estudio, Segundo Año Medio, Ministerio de Educación de Chile, www.mineduc.cl, página consultada el 5 de noviembre del 2007.
21. *La enseñanza de la historia...* por Luis Osandón Millavil, op.cit., páginas 336-340.
22. Véase: *De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998)*, por Steve Stern, en: *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Mario Garcés et. al. (comp.), Santiago de Chile, LOM, 2000.
23. *Intersecciones...* por Gabriela Aguila, op. cit., página 73.
24. *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas, la Memoria*, por Alessandro Portelli FCE, Argentina, 2003.
25. *Ibidem.*, página 28.
26. *Sobre la historia desde abajo*, por Eric Hobsbawm, en: *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 2004, página 210.
27. *Historia...* por Enzo Traverso, op. cit., página 75.

Un desafío MÚLTIPLE

A partir de un episodio ocurrido durante el desarrollo del programa Jóvenes y Memoria, se puede reflexionar acerca de la forma en que es puesta en crisis la institución educativa ante prácticas que se resisten a integrarse a sus modos de obrar y los ponen en cuestión.

Por Martín Legarralde

En el año 2004 —en el marco del programa de Jóvenes y Memoria—, alumnos de un secundario del conurbano descubrieron que una placa, en el frente del colegio, homenajeaba a un ex-director cómplice del terrorismo de estado. El grupo de chicos decide que hay que remover la placa. No hay mucho debate sobre esto entre ellos. La cuestión que se plantean es cómo hacerlo. Una de las primeras inclinaciones del grupo es acercarse de noche a la escuela y quitar la placa a escondidas. Se imaginan como escena triunfal la exhibición de la placa removida el 16 de septiembre. Lo piensan como un acto de reparación simbólica.

Pero se dan cuenta de que lo mejor es ensayar otra alternativa en la que se busque el consenso de la comunidad educativa de la escuela. Impulsan una votación, con el apoyo de la dirección de la escuela, para decidir qué hacer con la placa. Esa votación no sólo involucra a los alumnos, sino a toda la comunidad: padres, directivos, docentes y alumnos. Como resultado de esa votación, se acuerda remover la placa.

En el relato de los chicos que participaron de esta iniciativa, y también en el de la directora de la escuela, aparecen otros datos significativos. En el cuerpo de profesores no hubo un acuerdo unánime sobre la decisión. Más de un tercio de los docentes estaban en contra de que la placa fuera quitada.

Uno de los chicos opina sobre las sensaciones con respecto a los profesores que habían votado en contra de quitar la placa: “Hubo momentos en que los odiamos, la verdad es que

los odiamos porque pensamos *no puede ser que este tipo de gente nos eduque... No son para la educación que queremos hoy...* Nosotros estamos planteando siempre que la educación sea más abierta, que haya ida y vuelta, que haya una relación más fluida, más interesante, y para mí ese tipo de gente es gente necia, que no quiere escuchar. En todo el año no nos dejaron siquiera que le entreguemos una documentación para que ellos sepan.... Porque tampoco la idea era ir y llenar cabezas y decir *acá los chicos tienen la razón...* Nosotros creíamos necesario que todos tuvieran la información. Porque hay muchos profesores nuevos que no saben quién era Maniglia...”.

No sabemos si en todas las escuelas los alumnos, profesores y directores reaccionarían de la misma manera. Ahora bien, independientemente de que consideremos esta historia como una excepción o como una muestra de situaciones que se repiten en las escuelas del país, este relato nos permite formular una serie de interrogantes y problemas sobre la relación entre memoria y escuela.

El lugar de la memoria en la escuela

La escuela es el dispositivo más importante que las sociedades modernas establecieron para la reproducción de la cultura. La educación —en sentido amplio— se realiza (se hace real) en un espacio específico en que se ponen en contacto las viejas y las nuevas generaciones de una sociedad para efectuar una transmisión intencional de ciertos elementos de la cultura.

Dice Emile Durkheim, en una definición clásica y muchas

veces discutida: *La educación es la acción ejercida por las generaciones adultas sobre aquéllas que no han alcanzado todavía el grado de madurez necesario para la vida social. Tiene por objeto el suscitar y desarrollar en el niño un cierto número de estados físicos, intelectuales y morales que exigen de él tanto la sociedad política en su conjunto como el medio ambiente específico al que está especialmente destinado (Educación y sociología).*

Está claro que esta definición de Durkheim del hecho educativo no nos sirve, o al menos parece incompatible con lo relatado por los chicos del caso presentado al comienzo. Pero traigo esa definición porque pone en el centro una idea que me gustaría poder discutir: la idea de *transmisión*. Un término que ha estado en el centro de la producción de la pedagogía durante mucho tiempo, hasta que se convirtió en un concepto fuertemente anatematizado y cobró centralidad la noción de aprendizaje, al señalar que la idea de transmisión tendría una esencia autoritaria, porque implica una imposición de saberes, de conocimientos, de elementos de la cultura de los maestros sobre los alumnos.

Sin embargo, en años recientes, en relación con distintos temas (entre ellos, las dificultades que enfrenta la autoridad docente, el empobrecimiento de los contenidos educativos, la crisis de sentido de la escuela, etc.) se ha revalorizado la noción de transmisión. Efectivamente, el hecho educativo implica prestar atención a la voluntad de quien aprende, pero involucra también la voluntad de quien enseña. En este cruce, conflicto o convergencia de voluntades, se produce un acto de transmisión. Esta transmisión no es entendida por estas nuevas reflexiones como la pura imposición de contenidos, saberes o elementos de la cultura que los adultos consideran valiosos. Por el contrario, es asumida como un proceso mucho más complejo.

Hay un relato de Eduardo Galeano sobre el aprendizaje de alfarero que es quizás, una de las imágenes más claras sobre la complejidad de la transmisión: *A orillas de otro mar, otro alfarero se retira en sus años tardíos. Se le nublan los ojos, las manos le tiemblan, ha llegado la hora del adiós. Entonces ocurre la ceremonia de la iniciación: el alfarero viejo ofrece al alfarero joven su pieza mejor. Así manda la tradición, entre los indios del noroeste de América: el artista que se va entrega su obra maestra al artista que se inicia. Y el alfarero joven no guarda esa vasija perfecta para contemplarla y admirarla, sino que la estrella contra el suelo, la rompe en mil pedacitos, recoge los pedacitos y los incorpora a su arcilla.*

Este romántico planteo sobre la relación entre las generaciones entraña mucho de conflicto, que compromete la subjetividad del joven y del viejo alfarero. Nada garantiza que la nueva vasija responda al modo, a los cánones, a los valores que animaron la fabricación de la vieja.

En *La metafísica de la juventud*, Walter Benjamin decía: *La escuela es la institución encargada de conservar para la*

humanidad el patrimonio de lo logrado por ella ofreciéndolo continuamente a las nuevas generaciones. No sólo eso: también lo que hace la escuela representa un mérito y un rendimiento que se ha de almacenar desde el pasado, aun el más reciente. De cara al futuro, ella no puede ofrecer más que una estricta atención y un profundo respeto. Ahora bien, la juventud, a cuyo servicio se entrega la escuela, le ofrece el futuro.

Benjamin recuerda aquí algo de la formulación durkheimiana sobre la escuela, pero agrega un elemento importante: la temporalidad como organizador del acto de transmisión. La porción de la cultura que la escuela pone a disposición de las nuevas generaciones corresponde al pasado, el *patrimonio de lo logrado*, mientras que frente al futuro, la escuela solo puede guardar *un profundo respeto*. Son los jóvenes quienes portan el futuro.

En esa tensión introducida en una institución típicamente moderna, conformada sobre una hipótesis de cierta estabilidad de la cultura, encontramos un nudo particular de esta cultura: la memoria. En el planteo de Benjamin, el lugar de los jóvenes en la reproducción de la cultura no es el de un mero receptor, sino el de un portador de lo nuevo, como una función necesaria para que permanezca viva. Y en la medida en que la memoria (aun la memoria de acontecimientos traumáticos) es un elemento de la cultura, se encuentra atravesada por esta tensión: es parte del patrimonio de la cultura, de la experiencia histórica de una sociedad, pero para que permanezca viva debe ser sometida a su renovación en la experiencia de los jóvenes.

La naturaleza particular de este elemento nos permite poner a prueba el dispositivo escolar. ¿Está preparada la escuela para ejercer algo más que una mera reproducción del patrimonio cultural? De una parte, el contenido de la memoria, sobre todo cuando nos referimos a la memoria de hechos traumáticos, nos exige no sólo la transmisión de un contenido referido al discurso histórico, sino también una posición ética.

Aquí, las reflexiones de Marco Fossati resultan particularmente significativas, cuando exige revisar si el tema de la Shoá puede / debe ser un contenido de enseñanza de la historia o debe ser *algo más* dentro de la escuela.

Si la Shoá es solo un tema del programa de historia del último año, entonces se tratará solamente de encontrarle un espacio, inevitablemente restringido, en la densa cadena de eventos que atraviesan el 1900.

Pero si a la pregunta sobre el por qué debemos enseñar la Shoá respondemos que su conocimiento, y así pues, su enseñanza, son sobre todo deberes éticos y civiles, que la persecución y el intento de aniquilación de los hebreos de Europa por parte del nazismo alemán y de sus aliados son eventos de valor particular, dotados de un significado emblemático que no puede ser ignorado y su aprehensión debe formar parte de la formación de un ciudadano, entonces nuestra atención se corre de los problemas de completitud de las informacio-

nes históricas que estamos en grado de proveer a nuestros alumnos (y por consiguiente, por el valor informativo de la enseñanza de la historia) a la individualización de un tema que, junto a otros, puede ocupar un rol particular en su camino formativo (*Enseñar las historias extremas, en Pensare e insegnare Auschwitz. Memorie storie apprendimenti*, de Gadi Luzzatto Voghera y Ernesto Perillo, compilador).

La memoria, y en particular la memoria de acontecimientos traumáticos, reclama un lugar diferente del espacio curricular destinado a la enseñanza de la historia. O bien, supone pensar la enseñanza de la historia desde la perspectiva de la formación de los sujetos políticos. Aquí se pone en juego una operación típicamente escolar que es la curricularización de lo que sucede (o debe suceder) en la escuela. En la medida en que existe una sanción social (sea o no producto de un consenso plenamente logrado) acerca de que un determinado contenido de la cultura debe ser transmitido, o una determinada práctica cultural debe ser ejercida en la escuela, el formato que la escuela dispone es su curricularización. En cierto sentido, además, esta curricularización parece reducir el carácter conflictivo de aquello de lo que se trata, como si ese conflicto debiera ser resuelto fuera de la escuela, antes de que el contenido sea tratado dentro.

Ahora bien, el caso que relatábamos al comienzo nos advierte acerca de los límites del dispositivo escolar para el tratamiento de la memoria. ¿Es menos escuela, es una escuela diferente, disfuncional, aquella del relato del comienzo? ¿Pudo ser, o podría ser ahora, atrapado por la trama curricular el tratamiento de la memoria en esa escuela? Difícilmente podría reducirse la memoria al lugar de un tema de la asignatura historia en la medida en que la institución sea habitada y sostenida por los mismos actores que en el presente. Esto no sólo se debe a su carácter conflictivo. Efectivamente, la escuela tiene poca tolerancia al conflicto, funciona sobre el supuesto de lo que allí sucede participa de un consenso social sino pleno, al menos lo suficientemente extendido como para evitar cualquier cuestionamiento. Esto se observa cuando algún tema de conflicto excede los marcos escolares y entonces la escuela se ve paralizada, atravesada, incómoda.

Sin embargo, en este caso, la incomodidad del dispositivo escolar para el tratamiento de la memoria de acontecimientos traumáticos no deviene sólo de su carácter conflictivo. Deriva de que no es posible para la escuela reducir ese conflicto a dos posiciones que fuera de la sociedad dirimirían sus diferencias en la esfera de lo político, o midiendo su capacidad de presión frente a las instituciones del estado, etc. Aquí lo que está en juego es dar el combate a las condiciones subjetivas que hicieron posible el terrorismo de estado, y por lo tanto el dispositivo escolar no puede presentarse como neutral frente al conflicto manifiesto en la sociedad.

La memoria se resiste a este trámite. Su componente ético es irreductible a cualquier esfuerzo mitigador. Si llevamos este argumento al extremo podríamos decir que el ejer-

cicio pleno de la memoria tensiona la escuela como institución, la lleva a sus límites. En las condiciones actuales, el ejercicio de la memoria sería posible sólo en los bordes de la escuela.

Me atrevería a decir que uno de los factores de éxito del programa Jóvenes y Memoria reside en que no se haya convertido en un contenido curricular, en una de las prácticas rituales de la escuela. Su carácter voluntario, su desvinculación de la estructura de incentivos de la evaluación, el hecho de que no se busque un premio, una recompensa, sino el mero ejercicio creativo y creador, la exploración y la construcción de sentido, lo tornan en algo que el dispositivo escolar difícilmente pueda procesar en sus formatos típicos.

En este punto, me interesa abordar otro interrogante que hemos rondado en las apreciaciones sobre el dispositivo escolar: ¿Cuál es el rol de los profesores y los directores de las escuelas en la transmisión de la memoria? Y en el fondo, ¿cuál es el lugar de los adultos en la transmisión de la memoria?

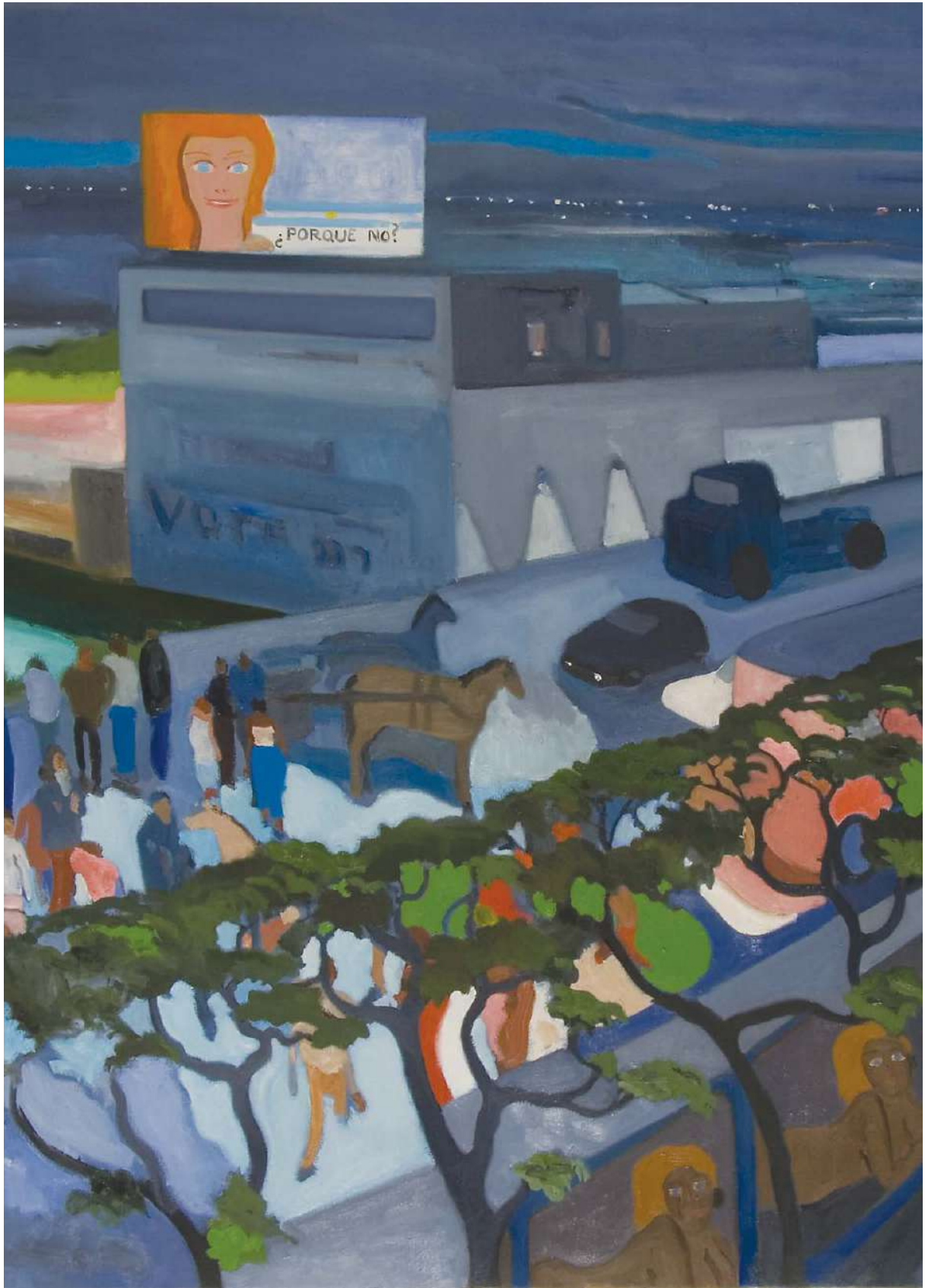
Analizando la escuela francesa, característica de los siglos XIX y XX, Dubet y Martuccelli señalan que una de sus condiciones como institución reside en que se diferencia de la sociedad. Hay un corte entre el mundo escolar y el mundo social. Podríamos agregar que la escuela se constituye sobre la hipótesis de una sociedad sin conflicto, una idealización de la reproducción de un segmento de la cultura ordenado escolarmente, apoyado en el acuerdo de la sociedad sobre su valor y sentido.

Si la escuela se constituye sobre una idealización de la sociedad y de la cultura, el lugar de los profesores y directores responde a una suerte de idealización del lugar de los adultos en esa sociedad y esa cultura. Son los profesores los portadores de ese patrimonio cultural del que hablaba Benjamin, son ellos los representantes de las generaciones adultas de que hablaba Durkheim.

Al interior de la escuela, profesores y directores expresan y escenifican, de modo intencional, el lugar de los adultos. Sin embargo, en los hechos, la escuela no es una reproducción en pequeño de las relaciones sociales, como quisieron ver algunos esquemas clásicos de la sociología de la educación. Al contrario, una de las especificidades del dispositivo escolar es su *diferenciación* del mundo, de la sociedad y aun de la dinámica de la cultura. Un imperativo de la escuela es la de constituir un *mundo ordenado*, con jerarquías estables, con una selección de la cultura que sólo deje entrar los aspectos *valiosos*.

Entonces, si bien el lugar de profesores y directores dentro de las escuelas es el de los adultos, no coincide vis a vis con lo que constituye el lugar de los adultos fuera de la escuela, sino que se espera que represente el *deber ser* de la relación generacional dentro de la escuela.

En esta concepción, no hay lugar para que los adultos porten el conflicto social o lo introduzcan en la escuela. Si ese conflicto llega, es un efecto no deseado, una disfunción



del dispositivo escolar. La memoria desafía esta idea también. Porque exige que los actores se comprometan con la misión de combatir la reproducción de las condiciones subjetivas que hicieron posible el terrorismo de estado.

Por ello, también, debemos preguntarnos hasta qué punto puede la escuela asumir como una de sus funciones principales, como uno de sus sentidos más importantes, enfrentar estas condiciones subjetivas. Está en la naturaleza de la escuela como dispositivo reducir, mitigar, desactivar el componente conflictivo de los elementos de la cultura que explícitamente pone en juego en la transmisión. Sin embargo, el conflicto entra, porque la memoria de acontecimientos traumáticos obliga a tomar posición con relación a estos acontecimientos. Dice una de las docentes de la escuela: “Les comentaba que la sala de profesores del Dorrego se ha tornado un lugar de conflicto. Una divisoria de aguas... inclusive hay una mesa que es un símbolo, a la izquierda algunos profesores y a la derecha otros profesores, enfrentados. Con versiones, inclusive, poco sustentadas, con discursos que son reproducidos -porque hablamos de profesores muy jóvenes también- que defienden la piedra de Maniglia”.

Nuevamente, más allá de la particularidad que revista esta situación, lo cierto es que la memoria de la dictadura y del terrorismo de estado no deja lugar a la neutralidad.

Este caso, además, nos permite indicar que las propias instituciones, entre ellas la escuela, son territorio de lucha. No podemos suponer que la escuela asumirá naturalmente la función de combatir las condiciones subjetivas de la dictadura. No es la escuela un dispositivo emancipatorio que podría asumir el rol de sanear a una sociedad enferma y ajena. En cambio, la propia escuela es una parte regular y regulada de la sociedad, más allá de sus pretensiones de diferenciación, y por lo tanto también dentro de la escuela (y quizás particularmente allí) es necesario actuar sobre las condiciones que habilitan al autoritarismo.

La escuela pensada sobre una transmisión unidireccional daba por sentada la autoridad de los adultos. El valor de aquello que se transmitía era indiscutible y no había lugar para preguntar por el sentido de la transmisión o la utilidad y valor de los saberes transmitidos. Hoy la situación es bien diferente, y como todos sabemos, excede el tema de la memoria y atraviesa la totalidad de la experiencia escolar (y me atrevería a decir que la totalidad de la relación entre las generaciones más allá de la escuela).

¿En qué podríamos basar los adultos de hoy la valoración positiva de aquello que transmitimos? ¿Cuál sería la fuente de autoridad para la transmisión? Evidentemente, con el mundo y la experiencia histórica que los adultos representamos difícilmente podemos esperar que los jóvenes no des-trocen inmediatamente la vasija.

Aquí encontramos una tensión o contradicción que es importante analizar. Si por una parte, la memoria de acontecimientos traumáticos exige un posicionamiento ético que

no da lugar a concesiones (su repetición debe ser rechazada, y no hay lugar para una explicación que se deslice hacia una justificación, ni para cualquier tipo de relativismo, así como no debe haber lugar para que cualquier lectura sobre las características de las personas y los grupos que fueron víctimas del terrorismo de estado pueda justificar ese terrorismo), por la otra, la eficacia en la transmisión de la memoria depende de que los jóvenes puedan ejercerla, no sólo recibirla, sino ser activos exploradores, constructores de sentido sobre el pasado.

En esto, aun cuando los adultos de una escuela se comprometiesen en su totalidad con la transmisión de la memoria, estarían también confrontados con sus límites. ¿Cuánta reelaboración del pasado tolera esta sociedad? ¿Cuán lejos podemos tolerar los adultos que vayan los jóvenes en juicios sobre nuestras experiencias vitales?

Recordemos el relato de Galeano. Romper la vasija no es una exigencia que el viejo alfarero imponga al aprendiz. Es una necesidad para el nacimiento de lo nuevo. La vasija debe ser rota. En este sentido podríamos decir: para que la memoria siga viva debe ser ejercida, y para ello, debe enfrentarse a sus límites.

Quisiera sobre esto proponer una hipótesis, una idea para la discusión: si asumimos que la memoria para permanecer viva, debe ser ejercida, eso puede significar también que una condición de la memoria sea que los jóvenes nos digan *yo no estoy de acuerdo con vos, yo creo que te equivocaste, yo no haría lo mismo*. La cuestión sería poder comprender que eso no es incompatible con un duro juicio acerca de la necesidad de que nunca más volvamos a vivir el terrorismo de estado, y más aún, quizás, esa sea una condición necesaria para que nunca más volvamos a vivir el terrorismo de estado.

El lugar de lo nuevo en la escuela

La memoria de los acontecimientos traumáticos no se presta del mismo modo que otros discursos a convertirse en un contenido curricular, sin esterilizar en algún sentido el potencial de la memoria para evitar la repetición de aquellos acontecimientos.

En tal sentido, la memoria es a la vez un contenido y una práctica social. En tanto que contenido, reclama un valor ético en la escuela como reclama un valor jurídico en los tribunales. Y en ese sentido no admite relativismos. Si su trámite fuera el de la historia escolar, si la memoria fuese *absorbida* por la historia como área curricular, posiblemente su tratamiento sería diferente, y sería difícil sostener el peso que su dimensión ética reclama. La construcción de cadenas causales, de explicaciones que reducen lo excepcional a lo regular, lo vuelven asimilable, y lo convierten en un tema más, dentro de los que procesa cotidianamente la escuela.

En tanto que práctica social, por otra parte, la memoria reclama ser ejercitada, tal como lo señalábamos hace un momento. Ahora bien, ¿cómo pueden quienes no han vivido

la dictadura, ejercitar la memoria? Nuevamente creo que el programa de Jóvenes y Memoria ofrece una pista interesante al respecto. Una de las características del programa es que los proyectos se apoyen en investigaciones realizadas por los alumnos de las escuelas. Estas investigaciones pueden recurrir a un conjunto amplio de metodologías, y no se trata necesariamente de producciones que deban ceñirse a las reglas de la investigación histórica (aunque pueden hacerlo). En ese sentido, más allá de sus productos, que ameritan una consideración particular, el trabajo de estos proyectos constituye un legítimo ejercicio de la memoria, fundado en la pregunta. Lo que los alumnos movilizan no es la producción de una investigación histórica, de acuerdo con los cánones de los historiadores, sino la indagación de los jóvenes en su condición de ciudadanos, de sujetos políticos, sobre acontecimientos traumáticos, sobre el pasado reciente de la sociedad de la que forman parte.

En ese sentido, los jóvenes que no vivieron la dictadura, pueden participar de y ejercer la memoria como práctica social de indagación sobre el pasado reciente. Por otra parte, esta práctica social no sólo está dirigida a la indagación y la producción de discursos y sentidos sobre ese pasado, sino que también acarrea consecuencias sobre el presente que deben ser atendidas e integradas a dichas prácticas. Una que hemos mencionado ya, y que Adorno reclama como uno de los imperativos de la educación, es desactivar los factores subjetivos que hicieron posible ese pasado traumático y que aún están vivos en la sociedad. Otra es la intervención y la producción simbólica de recuerdo y de justicia. En muchos casos, los jóvenes del proyecto viven su trabajo como la producción no sólo de información, de un discurso y un sentido sobre el pasado, sino como un acto de justicia. En particular, el caso que relatábamos al comienzo, se presenta con ese sentido. La indagación sobre el pasado derivó en que los alumnos buscaran producir un acto de justicia, y fue lo que ejecutaron como resultado de su proyecto: no es justo que la placa de un colaborador de la represión permanezca colocada en ninguna escuela.

Hanna Arendt nos ofrece una idea que resulta clave para pensar lo que la escuela puede y debe habilitar: *La educación es el punto en el que decidimos si amamos al mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y así salvarlo de la ruina que, de no ser por la renovación, de no ser por la llegada de los nuevos y los jóvenes sería inevitable: También mediante la educación decidimos si amamos a nuestros hijos lo bastante como para no arrojarlos de nuestro mundo y libramos a sus propios recursos ni quitarles de las manos la oportunidad de emprender algo nuevo, algo que nosotros no imaginamos, lo bastante como para prepararlos para renovar un mundo en común. (Entre pasado y futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política)*

Aquí, Arendt nos señala el imperativo de la educación

como apertura a lo nuevo, en un sentido extremo: *algo que nosotros no imaginamos*. Recuerdo aquí otro relato, de una profesora que coordinaba un grupo de alumnos de una escuela, en el programa de Jóvenes y Memoria. Ella contaba que en un momento del trabajo que los chicos estaban realizando, sintió que ella podría no estar de acuerdo con lo que los alumnos iban a decir sobre la investigación. En ese momento, decidió acompañar el trabajo sin ver ni controlar el producto que los chicos estaban elaborando hasta su presentación. Lo que esta profesora marcaba era su sensación de vértigo, de temor frente a lo que iba a conocer como el producto final del trabajo (si mal no recuerdo era un video sobre memorias locales de la dictadura). ¿Por qué había decidido esta profesora no controlar el trabajo de los chicos? Porque sintió (su relato, según recuerdo, daba cuenta de una decisión intuitiva al respecto) que debía dejar nacer lo nuevo, debía dar lugar a lo que los jóvenes quisieran producir. El trabajo de reflexión que ella había promovido estaba hecho desde el momento en que los chicos habían elegido participar del programa, habían decidido elegir un tema sobre el cual hacer una investigación, y la estaban llevando a cabo. El trabajo por venir era participar de la renovación de un mundo en común con los jóvenes.

Un pasado presente

Theodor Adorno creía que una de las evidencias más terribles de que los factores que hicieron posible Auschwitz todavía estaban vivos en la sociedad, era que aún resultara necesario justificar la necesidad de que la educación se ocupara de que Auschwitz no se repita. *La exigencia de que Auschwitz no se repita es la primera de todas las que hay que plantear a la educación. Precede tan absolutamente a cualquier otra que no creo deber ni tener que fundamentarla. No puedo comprender por qué se le ha dedicado tan poca atención hasta el momento. Ante la monstruosidad de lo ocurrido, fundamentarla tendría algo de monstruoso. Que se haya tomado tan escasa consciencia de esta exigencia, y de los interrogantes y cuestiones que van con ella de la mano, muestra, no obstante, que lo monstruoso no ha calado lo bastante en las personas. Lo que no deja de ser un síntoma de la pervivencia de la posibilidad de repetición de lo ocurrido si depende del estado de consciencia y de inconsciencia de las personas (Educación para la emancipación).*

Terriblemente, tal como lo cuenta el relato del comienzo, todavía hay que justificar ante algunos profesores por qué quitar la placa que recuerda a un colaborador de la dictadura, y esto revela que no sólo en la sociedad, sino en las escuelas, aún están vivas las condiciones subjetivas que hicieron posible a la dictadura, a los colaboradores, al miedo. Pero también, por fortuna, existen adultos y jóvenes dispuestos a confrontar con quienes se niegan a la memoria.

La pedagogía social de la memoria histórica

Múltiples hechos de violencia han atentado contra la vida y la dignidad de miles de colombianos, afectando a la sociedad en su conjunto. Por eso la memoria histórica juega un papel fundamental en el proceso de democratización.

Por Claudia Girón Ortíz

En contextos de violencia sociopolítica y conflicto armado, la memoria colectiva se sitúa en un campo conflictual en el que las diferentes memorias, ancladas en experiencias subjetivas de los diferentes sectores de víctimas, compiten entre sí. Dicho campo está atravesado por relaciones de poder que determinan qué y cómo se recuerda, y cuáles son los lugares, los sujetos y los objetos de la memoria que merecen ser rescatados del olvido como patrimonio para las generaciones presentes y futuras.

En Colombia, la conflictividad de las memorias se evidencia en la ausencia de un debate nacional sobre la dimensión colectiva del daño causado por la violencia. Actualmente, a pesar de los esfuerzos de diversos sectores sociales por visibilizar sus memorias, no existen las condiciones ni la voluntad política por parte del Estado para construir una memoria histórica que sea producto de una pluralidad de voces en el espacio público acerca de los hechos violentos que han afectado al país desde hace más de cuarenta años.

Guerra de memorias

Es frecuente observar que a través de los medios masivos de comunicación se promueve el consenso social exclusivamente en torno a la condena de los actos atroces cuando los victimarios pertenecen al sector de los enemigos del Estado; consenso del que se desprende el reconocimiento y la identificación empática con las víctimas del secuestro y otros crímenes perpetrados por los grupos insurgentes. Dicho consenso se expresa en acciones públicas de carácter simbólico y político, legitimadas por el Estado y las instituciones para visibilizar el repudio a los victimarios y el apoyo a las víctimas, mientras que, paralelamente, se intenta ocultar, minimizar o justificar los actos violentos cometidos por agentes

estatales o paramilitares contra personas o grupos estigmatizados por razones sociales, económicas o políticas¹. Así se normalizan las prácticas de limpieza social, validándose su intencionalidad de mantener la seguridad y el orden, a partir del posicionamiento público de la idea de que *hay víctimas más culpables que otras*. Se construye la fragmentación social en torno a las nociones de justicia e injusticia, promoviendo la ideologización de la verdad histórica.

En el escenario del conflicto colombiano las versiones de las víctimas de la violencia sociopolítica acerca de los acontecimientos históricos que produjeron dicha afectación, generalmente son negadas o silenciadas por la fuerza, y en el mejor de los casos, son descontextualizadas y desplazadas al ámbito de la intimidad, como si se tratase de historias relacionadas exclusivamente con experiencias privadas. De acuerdo con *Las consecuencias de las Violaciones de los Derechos Humanos en el Proceso de Democratización: La Memoria Social y la Tarea de Reparación* (1990), de Lira, Becker y Calderón, consideramos que en aras de la democratización de la sociedad estas versiones marginadas deben emerger en el espacio público con una doble intencionalidad: dar a conocer otras dimensiones de la verdad histórica de la violencia a partir de un relato plural que dé cuenta de la complejidad de las causas y costos del conflicto, y legitimar el derecho de todas las víctimas a reclamar verdad, justicia y reparación integral.

Memorias y políticas públicas

En contextos atravesados por el conflicto armado, la puesta en escena de las distintas versiones y relatos de la historia, es un quehacer social que implica un trabajo transformador de rememoración, que incorpore las experiencias particulares y las diferentes interpretaciones de los hechos vio-

lentos, a la memoria colectiva. Sin embargo, más allá de la reconstrucción testimonial de acontecimientos históricos relacionados con experiencias traumáticas, la puesta en escena de la memoria debe ampliar su campo de acción, articulándose con propuestas políticas, jurídicas, y simbólicas que desemboquen en políticas públicas encaminadas a la consolidación de una ética ciudadana. Desde esta perspectiva, entendemos el trabajo de memoria como mecanismo ético-político para restituir el sentido de dignidad, contribuyendo a la elaboración colectiva del duelo por los crímenes de lesa humanidad y las violaciones a los Derechos Humanos.

Las preguntas por la violencia

Para las víctimas pertenecientes a sectores excluidos, la referencia a un pasado común permite construir sentimientos de autovaloración y mayor confianza en sí mismas, rescatando el sentido del pasado desde el presente y con proyección al futuro. Por esta razón, y con el ánimo de reconstruir colectivamente el relato nacional de la violencia de una manera reflexiva, que permita devolver a las voces silenciadas su sentido histórico, muchas organizaciones de la sociedad civil y movimientos sociales hemos decidido aunar esfuerzos para elaborar una propuesta de pedagogía social de la memoria histórica.² El objetivo de esta propuesta es formular abordajes para posicionar el testimonio de las víctimas de la violencia estatal en el espacio público, con el fin de difundir las versiones no oficiales de los acontecimientos enmarcados en el conflicto sociopolítico, para que los colombianos dispongan de los elementos necesarios para entender, valorar, y sobre todo, actualizar críticamente el pasado histórico a la luz del presente, entendiendo cuáles son las causas y efectos estructurales de la violencia en el país.

Los desafíos que se presentan en el actual contexto nos han llevado a formular una serie de interrogantes:

-¿Cómo establecer la conexión entre la memoria histórica y la memoria de las víctimas para visibilizar la dimensión colectiva del daño en la sociedad colombiana?

-¿Qué tipo de estructuras han sido dañadas a nivel individual y colectivo para hacer posibles los altos índices de olvido histórico e impunidad?

-¿Cómo promover que la memoria cumpla un papel preventivo y ejemplificante en medio del conflicto armado y la polarización política?

-¿Cómo extraer de la conflictividad que encierra la memoria dolorosa de la violencia insumos para construir la paz y la democracia?

-¿Cómo recuperar la memoria histórica y su potencial emancipatorio para hacer del pasado y la historia fuentes de la imaginación política?

-¿Cuáles son los factores de mediación política y cultural que podrían contribuir a que la recuperación histórica del pasado generara cambios significativos en la reconfiguración de las relaciones sociales en nuestro país?

-¿Cuál es el sustrato histórico-cultural más visible de la memoria compartida alrededor de los acontecimientos marcados por la violencia sociopolítica?

-¿Qué es lo que más se recuerda en el seno de la sociedad colombiana y por qué?

-¿Cómo y en qué se expresa el control del uso del espacio público y del patrimonio simbólico?

-¿Cuáles son las estrategias de imposición de la memoria oficial?

-¿Qué mecanismos pueden desplegarse por parte de la sociedad civil para vencer la impunidad y el olvido en el terreno de lo simbólico?

Fragmentación, estigmatización y miedo

Nuestra experiencia de trabajo nos ha mostrado que las mayores dificultades para construir la memoria histórica en medio de la guerra están relacionadas con la fragmentación social y la estigmatización de diversos sectores, y con el miedo generalizado frente al castigo o la represión, interiorizado en el inconsciente colectivo de los colombianos generación tras generación. Estos factores, a la vez que promueven la polarización política, obstaculizan la movilización social frente a la violencia e impiden que se produzca una respuesta masiva ante las arbitrariedades cometidas por todos los actores armados, legales e ilegales, involucrados en el conflicto. Otros aspectos problemáticos que deben ser considerados en nuestro contexto, son los siguientes:

Los efectos sociales de la exclusión, la destrucción y el saqueo del patrimonio cultural de las comunidades indígenas y afrodescendientes en América Latina, y sus repercusiones en la identidad individual y colectiva de los colombianos: el racismo, el clasismo, el regionalismo.³

La criminalización de la protesta social y los señalamientos públicos por parte de las autoridades gubernamentales a las organizaciones defensoras de los Derechos Humanos y a las víctimas de la violencia estatal: la marginalidad y la situación de riesgo originada por la estigmatización, las amenazas, las detenciones arbitrarias, etc.

La alienación social como consecuencia de una imposición de la iconografía oficial en torno a la ritualización de la violencia y la idealización de las identidades guerreras: la militarización de la sociedad, el heroísmo y el martirio de la guerra promovidos como ideales y valores.

La legitimación de una cultura de la impunidad, producto del vacío ético-normativo e institucional, la debilidad del sentido histórico nacional y la anomia que caracterizan a la sociedad colombiana.

El peso de los imaginarios religiosos que se refleja en la elaboración de proyectos de consenso social centrados en la fórmula del perdón y olvido, la reconciliación y la paz, sin pasar por procesos de esclarecimiento histórico, justicia y reparación integral.⁴

La tendencia a descontextualizar la problemática de las

víctimas de la violencia sociopolítica a través de un abordaje humanitario centrado en la dimensión emocional y subjetiva, sin asumir la trayectoria histórica de la victimización y la dimensión psicosocial del miedo generalizado. El tratamiento de las víctimas como población-objeto de estudio y no como sujetos históricos y sujetos de derecho.⁵

La confusión entre la subjetividad y la objetividad de la experiencia vivida de victimización: la sospecha ante el testimonio por parte de los expertos (historiadores, psicólogos, *victimólogos*, etc.) y su utilización del testimonio como insumo para elaborar el *conocimiento objetivo*.

La incidencia de los medios de comunicación y las Instituciones educativas en la construcción de la historia oficial y la masificación de la lógica de los victimarios a través de los dispositivos culturales y mediáticos que legitiman o justifican la violencia sociopolítica.⁶

Usos y abusos de la memoria

Uno de los mayores retos de los defensores de derechos humanos en Colombia, es partir de un abordaje crítico del trabajo de memoria como estrategia de lucha contra la impunidad y el olvido, enmarcada en la búsqueda de la verdad, la justicia y la reparación integral de los daños ocasionados por la violencia sociopolítica. Dicho abordaje implica no incurrir en una idealización de la memoria de las víctimas ni en una defensa a ultranza de la versión histórica que ellas encarnan. Ello conlleva una consideración ética de los usos de la memoria que niega los actos de barbarie que pueden haberse cometido en nombre de sus reivindicaciones sociales y políticas. Tal consideración es especialmente necesaria en medio del conflicto armado, cuando la lucha política se transforma en confrontación violenta, y cuando en dicho conflicto, los fines son subordinados a los medios. Desde esta perspectiva, la idealización de la memoria de las víctimas puede con-

ducir a formas de manipulación de la historia, similares a la versión oficial de la misma. Este tipo de usos generan, en palabras de Tzvetan Todorov⁷, una serie de abusos de la memoria, que la vacían de su contenido ético.

Verdad con justicia

Las conquistas en el terreno de la memoria histórica no pueden excluir ni suplantar a la justicia. Una política de memoria en el caso colombiano debe incidir sobre los mecanismos e instancias más significativos de la transmisión cultural, y particularmente de aquellos que conciernen a la elaboración del pasado. En el proceso de incidencia sobre estos mecanismos e instancias es donde podemos entrelazar la memoria de las víctimas con la memoria histórica, y es en el plano ético donde se puede concatenar esta memoria con nuestras propuestas sobre verdad, justicia y reparación.

Claudia Girón Ortiz es psicóloga, egresada de la Universidad de Los Andes (Bogotá), especialista en Derecho Internacional de los Derechos Humanos en la Universidad Católica de Lyon (Francia) y coordinadora de proyectos de la Fundación Manuel Cepeda Vargas, organización de DD.HH., cuyo eje central es el trabajo de construcción de redes en el tema de la memoria histórica.

Los márgenes y confines de Eduardo Sapia

Las imágenes que acompañan esta sección son del artista plástico argentino Mariano Sapia, nacido en Buenos Aires en 1964, y forman parte de la muestra *Márgenes y confines*, inaugurada en el Museo de Arte y Memoria el 30 de noviembre de 2007.

Mariano Sapia estudió dibujo y grabado con Ernesto Pesce y pintura con Carlos Gorriarena. Ha realizado exposiciones individuales en Buenos Aires, Paraná, Key Biscayne y Nueva York. Obras suyas se encuentran en las colecciones del Metropolitan Museum of Art (Nueva York), el Museo Eduardo Sívori (Buenos Aires) y la Casa de las Américas (La Habana).

1. La movilización masiva promovida a principios de julio del 2007 por el gobierno de Álvaro Uribe a través de los medios masivos de comunicación para repudiar el asesinato de 11 diputados secuestrados por la guerrilla de las F.A.R.C., contrasta, por ejemplo, con el silencio cómplice frente a los asesinatos cometidos por los paramilitares contra 17 de las víctimas que están acudiendo a las Audiencias Públicas de confesión de delitos, auspiciadas por el Estado en el marco de la Ley de Justicia y Paz, 975/05.
2. Promovida por las redes interinstitucionales que conforman el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado, el Proyecto Colombia Nunca Más y el Grupo Pro-Reparación.
3. *Cinco Siglos de la Prohibición del Arco Iris en el Cielo Americano*, por Eduardo Galeano, en *Ser como ellos y otros artículos*. Editorial Hermes, Quito, Ecuador, 1992.
4. *Verdad, Justicia y Reparación: Desafíos para la Democracia y la Convivencia Social*. Instituto Interamericano de Derechos Humanos IIDH- Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral IDEA. Ediciones Sanabria S.A., San José, 2005.
5. *El impacto de la guerra y la atrocidad en las poblaciones civiles: principios básicos para intervenciones de ONG y una crítica de los proyectos de trauma psicosocial*, por Derek Summerfield, en *Violencia Política y Trauma Psicosocial: Aportes al debate*. Prisma LTDA. Bogotá 1998.
5. *La Segregación de las Víctimas de la Violencia Política*, por Iván Cepeda y Claudia Girón, en *Entre el Perdón y el Paredón: Preguntas y Dilemas de la Justicia Transicional*, Angélica Rettberg. Universidad de Los Andes-Facultad de Ciencias sociales-Departamento de Ciencia Política- Programa de Investigación sobre Construcción de Paz- Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales CESO. Ediciones Uniandes, Bogotá, 2006.
6. *Mémoire du mal, tentation du bien*. Éditions Robert Laffont, S.A, Paris, 2000.

La Galería de la Memoria

La Galería de la Memoria es una herramienta para la participación política que surgió con el objetivo de propiciar el debate nacional y dignificar la memoria de las víctimas en el espacio público, considerando sus testimonios y relatos como fuentes de conocimiento y legado histórico de la sociedad.

Se trata de una instalación pública e itinerante de objetos del recuerdo, en cuya elaboración participan personas que han sobrevivido a la violencia sociopolítica o son familiares y amigos de personas que han sido asesinadas o desaparecidas, dedicada a reconstruir la memoria de los crímenes contra la humanidad y los procesos de resistencia que han ocurrido en Colombia. En su marco se produce un encuentro entre estas personas y los ciudadanos del común. En ella se humanizan las cifras y datos estadísticos de la violencia y se actualiza la historia en torno a los crímenes que permanecen en la impunidad. A partir de los testimonios de las víctimas, elaborados desde la intencionalidad de inscribir la memoria de cada caso particular en el contexto general de la violencia, se reviven los hechos que dan cuenta del contexto, del camino recorrido por las familias de los afectados para obtener la verdad, la justicia y la reparación, o de las condiciones en las que se ha configurado la impunidad. Los objetos conmemorativos pretenden mostrar al público presente quiénes eran las víctimas y cuáles eran sus proyectos de vida.

A través de ella es posible recuperar la historia de las víctimas: quiénes eran, dónde y cómo vivían, qué pensaban, cómo estaban organizadas, cuáles eran sus ideales, en qué consistieron sus procesos de formación cultural. En la riqueza de las biografías recuperadas para la historia, es posible reconocer el legado vital de las víctimas y los elevados costos que tiene para el conjunto de la sociedad el daño ocasionado por las violaciones a los DD.HH y las infracciones contra el Derecho Internacional Humanitario.

Se constituye en un mecanismo que facilita la democratización del espacio público y los procesos organizativos en torno al trabajo de reconstrucción de la memoria histórica. El resultado de dichos procesos es el intercambio de saberes, la documentación de casos, la retroalimentación de

información contextualizada y la afirmación de las víctimas como sujetos históricos y de derecho. Una transformación del dolor en acciones políticas y jurídicas que se articulan con acciones simbólicas que buscan contribuir a mediano y largo plazo al fortalecimiento de la sociedad civil en la lucha contra el olvido y la impunidad.

En la medida en que propician el encuentro entre los colombianos, las Galerías de la Memoria se transforman en instrumentos activos para restablecer los lazos sociales que se han roto en el seno del desconocimiento de una parte invisibilizada de la historia nacional: la realidad de las víctimas estigmatizadas que el poder ha querido mantener en la sombra.

A través de la socialización de los testimonios de las víctimas también es posible dar a conocer la historia de los victimarios y el sentido de las acciones de victimización. A partir de los documentos y relatos presentados es posible sacar a la luz pública quiénes fueron los promotores, patrocinadores, encubridores de los crímenes de lesa humanidad; cuáles fueron las razones políticas, económicas y sociales para cometerlos, y a través de qué mecanismos legales e ilegales de operación y encubrimiento funcionó el dispositivo criminal que produjo la impunidad.

A través de esta experiencia comprendimos que las víctimas, en tanto que sujetos históricos y sujetos de derecho, deben transformar la dinámica de ser representadas por otros en el espacio público. Es necesario rebasar los esquemas que contribuyen a perpetuar la dependencia y la impotencia, asignando a las víctimas la condición de población objeto al interior de proyectos o lugares institucionalizados que las clasifican como sujetos traumatizados, enfermos o vengativos, a quienes hay que tratar a fin de apaciguar su ira y su dolor. Llegamos entonces a la conclusión de que un trabajo serio de reconstrucción de la memoria histórica debe estar articulado a la búsqueda de la verdad, la justicia y la reparación. Este trabajo de memoria como herramienta para luchar contra el olvido y la impunidad presupone, en primer lugar, una ruptura con la lógica del terror que asume la omnipotencia de los victimarios, reduciendo las posibilidades de las víctimas para incidir sobre la sociedad en su conjunto.

Todos los encuentros en uno

Entre el 5 y el 16 de noviembre se realizó el VI encuentro Recordamos para el Futuro. El evento, que convoca a jóvenes y docentes de la provincia de Buenos Aires que cada año participan del programa Jóvenes y Memoria, tuvo este año dos particularidades: la incorporación de casi 40 instituciones educativas y organizaciones sociales de la ciudad de Buenos Aires, y la participación de alumnos del C.E.P.E.M. 69 de Neuquén, escuela donde enseñó Carlos Fuentealba, asesinado durante un episodio de represión contra docentes.

Por Diego Díaz

“¿Una imagen que defina Chapadmalal?
El Hotel 5, con la bandera de Jóvenes y Memoria
del año pasado, como lo presentaron...
Se veía el camino, se veía la bandera
en el medio, los chicos. Y se veían los grupos
haciendo los talleres. Ésa es una
buena imagen de Chapadmalal” (16 años)

Los jóvenes del C.E.P.E.M. 69, que conocieron a Carlos Fuentealba en sus tareas cotidianas de maestro, trajeron sus ojos llenos de tristeza y su voz cargada de amargura a un encuentro distinto. Con ellos, con su presencia tímida pero contundente, con sus palabras atravesadas por la emoción y el dolor, con sus ideas claras y su sensatez cálida, Carlos Fuentealba estuvo entre todos.

Un ejemplo de vida y un estado homicida, el documental que los chicos realizaron durante este año y proyectaron en la apertura del encuentro, se convirtió en un pilar fundamental desde donde mirar y pensar todos los trabajos que a lo largo de 11 días fueron armando un relato reflexivo, original, heterogéneo y profundo sobre el pasado reciente de nuestro país y sus vínculos con el presente.

Esta presencia marcó ya de entrada, una dirección que luego confirmaron otros trabajos. De este modo, Chapadmalal significó, fundamentalmente, la posibilidad de actualizar colectivamente las formas de pensar la compleja relación pasado-presente. Y la lección empezó, una vez más, en la voz de los jóvenes. En su capacidad para narrar. Y también, en su valentía para decir. Decir en voz alta, con las herramientas que están más a mano,



para todos los que quieran escuchar de algún modo. Decir para ser. Dejar salir las palabras como imágenes o canciones, como pinceladas en una pared o fuego ardiendo de la boca. Decir para seguir siendo jóvenes, *que es como vencer*.

Historias que se unen

Cuando llega a Chapadmalal, lo primero que dice Judith (16) es que quiere agradecer porque el sábado 10 será su cumpleaños y ya ha recibido el mejor de los regalos: *conocer el mar*. Después se pasa tres días metida en el auditorio viendo uno a uno los trabajos de sus pares. Muchos, como ella, también han visto por primera vez el mar. Cuando el encuentro está por finalizar, Judith aparece entrevistada en uno de los cortos audiovisuales que los jóvenes realizan en los talleres de producción. Allí opina: “Es interesante porque sabemos otras historias... como buscando otras respuestas en otras películas”.

Con sencillez, Judith sintetiza aquello que se expresó en el encuentro de Chapadmalal. Una sensación con la que todos regresan a sus pueblos, a sus escuelas, a su tarea de todos los días: *en cada película hay una respuesta*. Es también eso que Chapadmalal permite armar, uniendo una pequeña historia a otra, una tímida voz a otra, una nueva imagen a otra. Así, hasta hacer el relato. Así, hasta contar la historia.

Mientras se proyectaba en la pantalla el documental de Fuentealba, Pablo -que tiene 15 años y vive desde que nació en Ciudad Oculta, Buenos Aires-, no dejaba de mirar con atención. Era uno más en ese auditorio colmado de jóvenes que habían venido desde diferentes lugares para mostrar sus trabajos. Sin embargo, Pablo sentía que esa película estaba hecha para él. Se emocionó, y para disimular, tiró hacia abajo el gorro de lana que llevaba en la cabeza, hasta que sus ojos llenos de lágrimas se perdieron casi por completo.

Cuando terminó la proyección dijo mientras se secaba la cara: “Me tapé porque me daba vergüenza. Es duro”.

Pablo y sus compañeros de la Escuela de Comercio 6 de Villa Lugano, vinieron a presentar un trabajo diferente a ése que los estaba emocionando: las memorias de la resistencia a las topadoras de la dictadura en Villa Cildañez. Un documental realizado a partir de un intenso recorrido por las calles de la villa en la que viven. Un recorrido con el que también comenzaron a armar su propia historia. De alguna manera, ese pasado en el que la resistencia frente a la amenaza de erradicación dio lugar a la solidaridad, la unión y el compromiso, los interpela en el presente. Se fueron dando cuenta que también ellos eran parte de esa historia. Como le decía Chipi, otro de los integrantes del grupo, a una de las profesoras coordinadoras: “Mi abuela me empezó a contar que estaba en esa época, y todo lo que había vivido, yo no lo podía creer profe, porque mi familia había hecho la resistencia también”.



El documental titulado *Historias que no se dicen* también se propone indagar en las percepciones que tuvieron y tienen sobre la villa los que viven afuera. Y confronta la mirada de aquellos que viven en Cildañez con los vecinos que la miran desde enfrente. Se dibuja así una oposición de memorias que es, al mismo tiempo, una confrontación de valores en el presente, y que está atravesada por la imposibilidad de ver al otro. Para los jóvenes de Villa Cildañez, como para los de Neuquén, y tantos que estuvieron en Chapadmalal, el problema del otro está fundamentalmente relacionado con el *nosotros*. A menudo *ellos* son los *otros*; y en esa tensión les va la vida.

Esa tensión también estuvo en Chapadmalal. No sólo en los trabajos que los jóvenes presentaron, sino en el encuentro cotidiano de diferencias y diferentes. La convivencia obligó al reconocimiento de esas diferencias, porque el colectivo que se formó estuvo compuesto por pibes de regiones diversas, atravesados por experiencias que a veces llegan a ser antagónicas, y en cuyos ideales sostienen una expectativa de futuro que claramente no les promete lo mismo. Eso enriqueció aún más el encuentro, propició una reflexión genuina y motivó la participación y el intercambio.

Memoria en tiempo presente

Las producciones que los jóvenes presentan en Chapadmalal construyen una extraña forma de interpelar a sus interlocutores. De interpelarnos. Y en gran medida, eso se debe a la crudeza con que elaboran el registro de aquello que quieren contar. En este sentido, profundizando en la mirada sobre el *otro*, y continuando una línea de trabajo orientada a pensar el tiempo presente, la E.S.B. 20 de Ituzaingó presentó un corto documental titulado *Detrás de los vidrios*. El punto de partida de la investigación fue un grupo de pibes que trabajan como limpiavidrios en el semáforo de la esquina de la escuela. Los chicos del proyecto se acercaron hasta ellos con una pregunta inicial clara, aunque difícil: ¿qué ves detrás de los vidrios? Finalmente, el trabajo termina devolviendo la pregunta a todos: ¿qué vemos detrás de los vidrios? Así se establece una tensión entre lo que ven unos y otros.

Reflexiones de este tipo, con los problemas de exclusión y discriminación como el eje principal, fueron comunes en los trabajos de este año. Son conflictos que interpelan cada vez más a los jóvenes en su cotidianidad. En contextos desfavorables, donde hay que pelear la adversidad a cada hora, las historias de discriminación se vuelven moneda común. Y en su naturalización arrojan a los jóvenes a un universo habitado por la violencia que genera ser distinto. Desde diferentes miradas el problema fue abordado por jóvenes de lugares diversos. Desde los pueblos como Tres Arroyos o Saladillo, donde las primeras reflexiones que los jóvenes intentan tratar de confrontar con el prejuicio; desde centros urbanos como

La Matanza, donde se padece la discriminación en el trabajo o en el colectivo, por aspecto u origen; desde cada lugar en que es necesario pensar la homofobia arraigada en el sentido común como forma de desprecio y supresión del otro.

El presente fue un eje fundamental de Chapadmalal 2007. Los jóvenes fueron exponiendo su necesidad de expresarse, de manifestarse, de revelarse. Y también la necesidad de encontrar espacios donde sentirse contenidos. Así, este anclaje en el presente puso en cuestión el ser jóvenes hoy, y habilitó nuevas discusiones en la medida que ellos mismos presentaron los conflictos que los atraviesan, poniendo sus carencias de hoy, su indignación, su sensación de falta de justicia, y su bronca, en conexión con el pasado.

Resultó llamativo, por ejemplo, el reclamo por mejoras en las condiciones edilicias de la escuela, que muchos equipos de trabajo decidieron sumar a su investigación y presentar en Chapadmalal. En esos trabajos se exploran los antecedentes del deterioro actual que sufre la escuela, vinculado a cuestiones como la continuidad de una política económica y educativa. Pero también, en algunos casos, la lucha que ellos realizan hoy por mejorar sus condiciones de educación se asoció a formas de resistencia y militancia de los jóvenes de la década del '70. En ese diálogo con el pasado, los jóvenes de hoy encuentran una especie de legado que se manifiesta como el principal motor de la lucha.

Testigos del pasado

Los testimonios no encuadrados que reponen memorias, que suman nuevas imágenes del pasado, haciendo aún más compleja la trama de miedos, silencios y complicidades sobre la que se articuló el terror desplegado durante la última dictadura, también formaron una parte importante del gran relato que los jóvenes fueron armando en Chapadmalal.

En Villa Sauze, donde no viven más de 500 personas, se realizaron encuestas a los vecinos, tratando de saber cómo habían vivido la época de la dictadura. Aparecieron distintas percepciones sobre un pasado que los entrevistados tratan de ubicar bien lejos, no sólo en el tiempo, sino también geográficamente. Sin embargo, llega un momento en el que una voz rompe con lo esperado. Se escucha el testimonio de un ex conscripto que cumplía funciones en la Comisaría 5ta de La Plata. “Yo nunca vi nada”, dice al comenzar su testimonio. Luego entra en detalles, se suelta. Y entonces sí, cuenta que una vez alguien lo llevó a los sótanos, a mirar por la cerradura de una puerta. Y describe como fue testigo de una escena de tortura.

Un documental audiovisual presenta a Elba del Valle Valdez. Estuvo detenida durante la dictadura y tiene una hija desaparecida. Desde 1983 vive en Todd, un pequeño pueblo del distrito de Arrecifes. Hasta su casa llegaron los jóvenes que realizaron *La ciudad dormida*,

para escuchar su testimonio y devolvérselo al pueblo como punta de lanza de un pasado dispuesto a romper con la indiferencia del presente. A ver si la rompen. O al menos la disipan. Elba da su testimonio crudo. Y antes de rememorar el horror, advierte: “Yo nunca voy a terminar de contar como fue todo”. Les dice que estuvo en la Escuela de Mecánica de la Armada, y describe detalles de sus 20 días de detención, de sus relación con otros detenidos y con los militares, de la tortura y el momento de la liberación.

En la Escuela Normal Superior 3 de Tornquist, las alumnas decidieron pintar un mural en una de las paredes de la escuela, en homenaje a María Cristina Garófoli, ex alumna desaparecida. En Tornquist, un pueblo del sudoeste de la provincia de Buenos Aires donde todavía los vecinos suelen relatar que los fines de semana ven a Videla pasear por las calles. Y en

esa escuela, de cuya comunidad educativa forman parte los nietos de Videla. Esa voluntad de memoria pese al contexto, se manifiesta en las palabras de una de las jóvenes mientras presenta el proyecto en Chapadmalal: “Nosotras vamos a hacer el mural, por lo menos para que ellos lo tengan que ver todos los días”.



Memorias locales. Ocultas en la calma de la localidad. Calladas. Tapadas. Hundidas. Pero que al fin, de a poco, emergen producto de la voluntad de los jóvenes. Una voluntad que se abre paso, contra todo.

Otro ejemplo ilustra la firmeza con la que los jóvenes transitan el camino de la memoria. Timote es un pequeño pueblo del distrito de Carlos Tejedor. Apenas 700 personas viven allí. El pueblo se hizo conocido en junio de 1970, cuando en una de sus estancias, *La Celma*, fue hallado el cadáver del dictador Pedro E. Aramburu. Desde los tiempos del Proceso, un memorial en su homenaje se encuentra sobre la plaza principal de un pueblo desolado, que también lleva su nombre. Con la memoria de los vecinos de Timote se metieron los jóvenes. Con esos relatos confusos del pasado, donde los mitos y las leyendas se cruzan con la realidad. En su compromiso fueron más allá de la publicación de un diario con los resultados de la investigación. También consiguieron, por ordenanza municipal, cambiar el nombre a la plaza. Fueron los jóvenes. Aún cuando las memorias siguen su disputa, ya no hay más una plaza llamada Pedro E. Aramburu en Timote.

Otra estética, otra historia

El clima es fraterno. Durante el encuentro de Chapadmalal, alrededor de 20 escuelas por día presentan sus trabajos. Un equipo tras otro ocupa el escenario principal y son los jóvenes los que cuentan la experiencia, presentan su producto, y exponen conclusiones. Tienen enfrente un auditorio colmado de pares que los escuchan atentos y los aplauden respetuosos. Así se suceden videos documentales, murales, libros, páginas web, obras de teatro, y muestras fotográficas entre otros soportes.

La calidad de los productos presentados se revela año tras año. Detrás de cada proyecto hay siempre una búsqueda diferente, original, transgresora. Como una necesidad no sólo de contar aquella historia particular, sino además, de ubicar ese relato en el centro de un acontecimiento narrativo. Ese acontecimiento se edifica generalmente sobre una producción audiovisual, pero también alcanza otras formas: instalaciones, artes plásticas, diseños, danzas, circo. ¿Qué contienen todas estas búsquedas estéticas? En la voz y la mirada de los jóvenes se constituye un nuevo narrador que se revela nuevo no sólo por aquello que cuenta sino también por cómo lo cuenta.

Este año, Chapadmalal volvió a sorprender por la calidad de las producciones, pero también por las búsquedas renovadas de nuevos soportes y lenguajes. Hubo, por ejemplo, más apuestas a realizaciones audiovisuales de ficción y experimentales, como el Liceo Víctor Mercante de La Plata, que encontró formas originales y bien elaboradas para reflexionar sobre la militancia de los jóvenes de los años '70. En el mismo sentido, podemos reconocer trabajos como el del Instituto Adveniat de Morón, donde al tema de la censura y la represión en la cultura se le sumaron elementos de animación para su tratamiento.

En otros casos se pudieron ver fotomontajes con intervenciones creativas sobre fotografías tomadas por los mismos jóvenes. Así se narran, por ejemplo, historias vinculadas a la maternidad clandestina que funcionó en el Hospital Posadas. Y también una historieta escrita y dibujada por los mismos chicos para contar historias de Madres de Plaza de Mayo.

Siguen proliferando también, producto del nutrido volumen de información que los equipos de trabajo recopilan en su investigación y que a veces no alcanzan a poner en su producto final, sitios web, fotologs y weblogs que van llenando de memorias jóvenes el ciberespacio, pero que fundamentalmente, ponen en disponibilidad una serie de testimonios y documentos inéditos, fundamentales para ir armando una trama de memorias locales sobre la dictadura.

Aparecieron además novedosas y provocadoras formas de representar cuestiones asociadas con el horror, el miedo o los silencios. Dos casos resultaron llamativos en este punto.

En la obra de teatro del Instituto San Juan Bautista, de San Nicolás, aparecen en un momento dos arlequines risueños y siniestros que juegan con un joven. Le hacen leer palabras en un papel que luego debe repetir de memoria. Mientras el joven reproduce las palabras los arlequines celebran. El clima de armonía crece en la escena. En un momento aparece la equivo-

cación. Entonces, con la misma alegría con que han transcurrido en toda la escena, los arlequines presentan al público una picana que luego aplican sobre el joven. La escena resulta inquietante, y hasta perturbadora. Pero constituye una innovación interesante de reflexión respecto de los dilemas de representación de la tortura.



El otro caso llamativo fue el documental del Complejo Educativo Parroquial Santa María de Cañuelas. Tratando de encontrarse con las memorias de los vecinos, los jóvenes entrevistaron durante su investigación a un ex detenido. Al momento de editar el video, reciben un llamado del entrevistado que les solicita por favor no utilizar su testimonio; ni su imagen ni su voz. ¿Qué hacen los jóvenes frente al dilema? Deciden incorporar el testimonio al documental, tapando la cara del entrevistado y en silencio. Entonces la película tiene un momento de alrededor de diez minutos en los que vemos una persona tapada que habla pero no se escucha, con un cartel que indica el pedido de reserva. Aunque la decisión genera mucha incomodidad desde el punto de vista del espectador audiovisual, no deja de ser interesante pensar en qué sentidos puede tener ese silencio que dura el mismo tiempo que dura el testimonio.

Otras actividades en el encuentro

Además de la presentación de los trabajos, una serie de actividades complementarias dieron forma al encuentro de Chapadmalal 2007. Para los jóvenes hubo talleres de producción y de reflexión. Cada tarde, reunidos en pequeños grupos, se encontraron para seguir pensando en torno a la experiencia recorrida y también producir nuevos relatos. Así se articularon talleres de radio, video, murga y arte callejero, con otros en los que se abordaron diferentes ejes temáticos: la participación juvenil, la vida cotidiana durante la dictadura, los derechos humanos hoy, y la criminalización de los jóvenes, entre otros.

Por las mañanas, hubo un espacio de encuentro especial. Todos los jóvenes participaron de talleres generales en los que se abordó como cuestión central la situación carcelaria actual. A partir de la proyección de un corto documental realizado por el Comité contra la Tortura (*Ojos que no ven*), se abrió un lugar para una reflexión compleja que intentó volver sobre cuestiones ya revisadas por algunos trabajos como la mirada del otro, pero que también sumó otros como la vulnerabilidad de los sujetos frente a las violaciones de derechos esenciales por parte del Estado.

Para los docentes, también hubo un espacio de intercambio y discusión, en el que se propuso reflexionar en torno a las experiencias que el programa va dejando en cada una de las escuelas y también en la práctica educativa cotidiana de todos los que han participado.

Conclusiones

Este VI Encuentro de Jóvenes por la Memoria dejó para todos un saldo de sensaciones y emociones. Pero también de reflexiones y certezas. Todas movilizadas por la presencia de los jóvenes que hicieron de Chapadmalal un verdadero lugar de encuentro.

Durante los últimos días, un grupo de jóvenes se juntó para redactar el documento final del encuentro que se leyó en el acto de clausura. Después de un diagnóstico detallado de la realidad actual y una enunciación clara de los ideales en los que se sostienen, el documento advierte sobre una necesidad clara: espacios de expresión y contención para los jóvenes.

Quizá esa sea la clave para descifrar Chapadmalal. Para entender qué es lo que deja en cada uno de los que vienen por primera vez y los que vuelven cada año. Tiempo para expresarse. Espacio para encontrarse con otros iguales o diferentes, y reconocerse en ellos. Y libertad para decir; con la convicción de que la posibilidad de sentirse parte de la historia, les devuelve a los jóvenes todo su potencial transformador.

Adelanto del Informe 2007 del Comité Contra la Tortura

Uso discrecional de la prisión preventiva, cárceles superpobladas y en pésimo estado, hacinamiento, violencia, enfermedades, malos tratos, traslados constantes como modo de disciplinamiento, torturas, asesinatos, educación entendida como un beneficio y no como un modo de resocialización. Tales son algunas de las características del sistema carcelario imperante en la provincia de Buenos Aires relevadas por este informe del cual se brinda un adelanto. Condiciones que atentan contra la constitución nacional, los acuerdos internacionales incorporados a ella, la plena vigencia de los derechos humanos, y en definitiva contra la dignidad humana de nuestra sociedad.

fotografía Santiago Hafforf

Analía Garelli

El informe 2007 del Comité contra la Tortura está estructurado en dos grandes partes. La primera, pretende constituir un aporte para trazar un diagnóstico certero de la situación en cárceles, comisarías e institutos de menores. Hemos estructurado la presentación de esta parte diagnóstica en base a las responsabilidades de los tres poderes públicos del estado provincial: ejecutivo, judicial y legislativo. Sólo bajo el prisma de la corresponsabilidad de poderes, es posible comprender la crisis estructural del sistema penal.

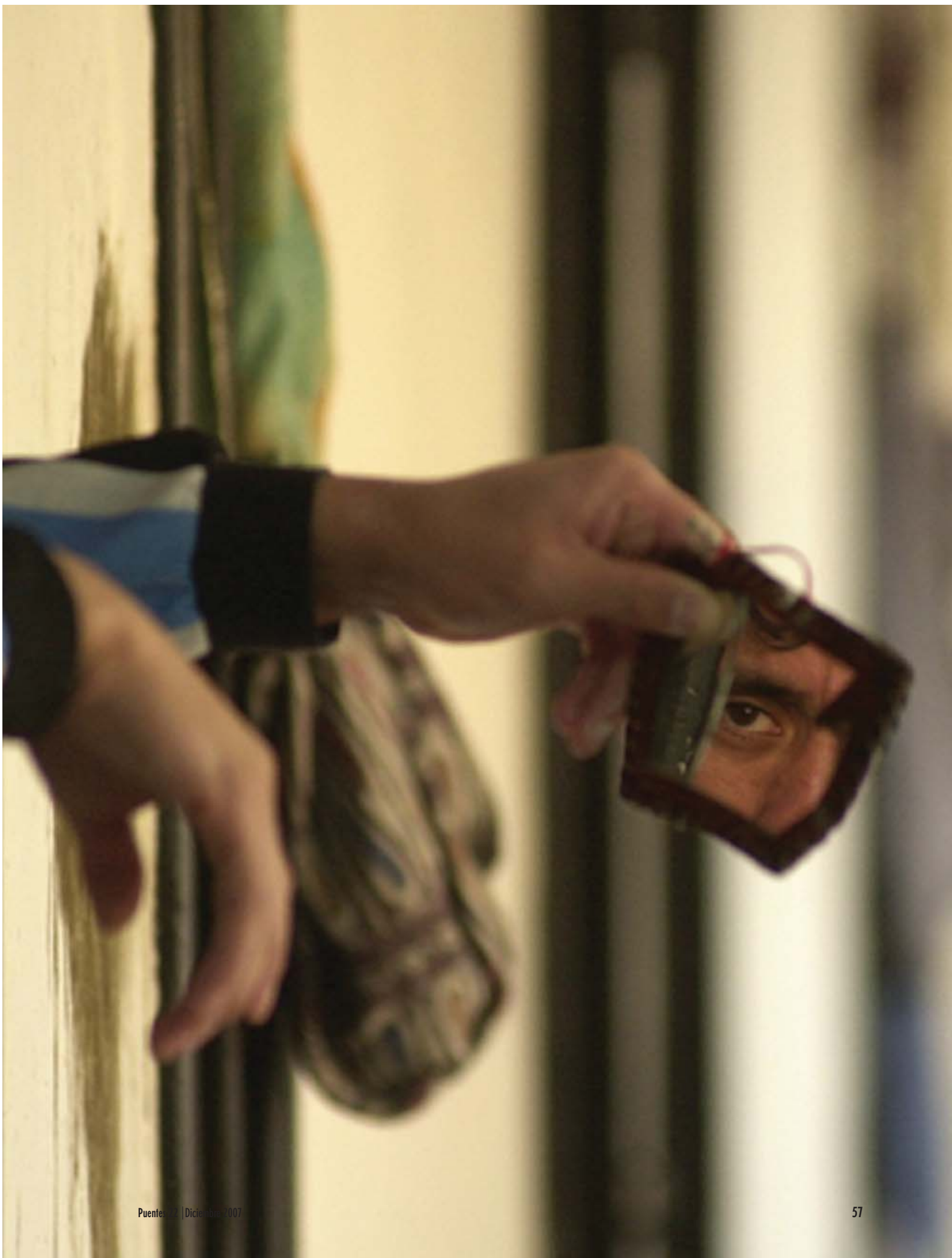
La segunda parte expresa la voluntad de establecer una agenda de trabajo para fundar una política de estado y la certeza de que sólo es posible construirla logrando consensos básicos y abriendo espacios de discusión y debate. Hemos para ello convocado a instituciones, organismos de derechos humanos, gremios y juristas que reflexionan y ensayan un conjunto de propuestas sobre la implementación del nuevo régimen para la niñez, los mecanismos de selección de magistrados, la aplicación del fallo *Verbistky*, la puesta en marcha del Protocolo Facultativo de Prevención de la Tortura y la reforma procesal penal pendiente en la provincia.

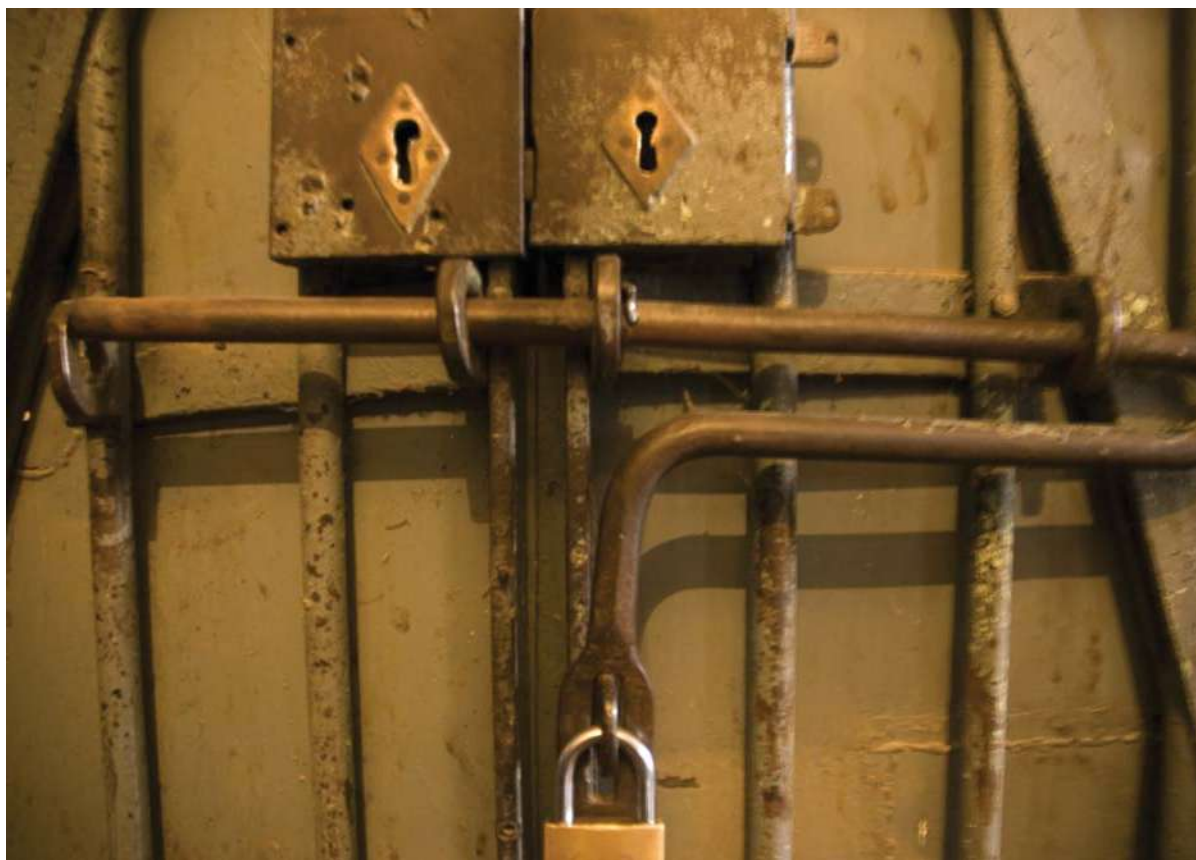
En su parte de diagnóstico, el informe 2007 del Comité contra la Tortura cuenta con una importante base estadís-

tica construida con datos propios colectados en inspecciones y en el área de recepción de denuncias y la información oficial enviada por organismos judiciales a partir de las acordadas 3118 y 2825 de la Suprema Corte de la Provincia. También han aportado a este diagnóstico la detallada información remitida por el Ministerio de Seguridad de la Provincia y el Ministerio de Desarrollo Social. En cambio, la información enviada por el Ministerio de Justicia fue limitada y no brindó datos sobre temas y aspectos relevantes del funcionamiento del sistema penal.

Una política pública de control continuo, prevención y sanción de los hechos de violencia y las violaciones a los derechos humanos en los lugares de detención, debe ser construida sobre la base de un conocimiento profundo de las dimensiones cuantitativa y cualitativa del problema. Acompañamos en este informe proyecciones estadísticas que permiten dar cuenta de una serie de prácticas que por su frecuencia y extensión en el tiempo, no son aisladas, sino sistemáticas. Junto a la presentación y análisis de los datos que ha obtenido el Comité contra la Tortura, se presentan un conjunto de casos emblemáticos.

En el capítulo referido a salud en los lugares de detención, se encontrará un minucioso balance del funcionamiento





del área de salud al interior de los unidades penitenciarias desde el momento en que dejaron de estar bajo la órbita directa del Servicio Penitenciario para depender del Ministerio de Justicia.

En lo referente a la temática de género se presenta un detallado diagnóstico de la situación de mujeres y niños en los lugares de detención y un caso testigo sobre discriminación y violencia de género, que llegó a juicio oral y culminó con la absolución de la víctima.

En el apartado referido a niños institucionalizados, se encontrará un primer balance de la implementación de la nueva normativa en vigencia tras la derogación del régimen de patronato y un minucioso trabajo de campo que indaga sobre los regímenes disciplinarios imperantes en los institutos de menores.

A modo de síntesis presentamos algunos de los datos y conceptos que se desarrollan en este informe.

- La población carcelaria se redujo a 25.000 detenidos. El descenso es más notable en el número de personas alojadas en comisarías: de 6.035 a 2.982, más del 50% desde el día del fallo de la CSJN.

- El 73% de las personas privadas de su libertad en 2007 no tiene condena firme

- La base estadística del Comité contra la Tortura relevó un total de 2004 hechos de violencia en el primer cuatri-

mestre del año 2007. Una proyección anual de esta cifra permite afirmar que en este año se produjeron en los establecimientos de encierro de la provincia por lo menos 6.000 hechos violentos.

- Es notablemente alta la cifra de hechos de represión informados oficialmente. Si se proyectan los datos del primer cuatrimestre, se registran aproximadamente 100 hechos violentos al mes, es decir que en el conjunto de los establecimientos de encierro de la provincia hay por lo menos 3 hechos de represión diarios. Es por lo menos llamativo que se produzcan tantas situaciones de conflicto entre los internos que no puedan ser prevenidas ni evitadas.

- Ante la negativa del Ministerio de Justicia a brindar información oficial, pudieron relevarse por otras vías, 66 muertes en las cárceles bonaerenses entre junio de 2006 y junio de 2007. Esta cifra no comprende muertes traumáticas ocurridas en el segundo trimestre del 2006 y tampoco muertes naturales ocurridas en el primer semestre de 2007.

- Se encuentran en etapa de investigación judicial 12 denuncias de torturas con pasaje de corriente eléctrica.

- El Comité contra la Tortura presentó en este período 572 habeas corpus por agravamiento de las condiciones de detención (golpizas, torturas, traslados constantes, falta de asistencia médica, etc.) que afectaban a aproximadamente 7.000 internos. De estos, un 73 % tuvieron resultado favorable.

- La Base de Datos sobre causas judiciales por violaciones a los derechos humanos iniciadas contra personal de las fuerzas de seguridad desde 2000 hasta la fecha, registra 10 mil expedientes. Contienen denuncias por hechos de torturas y apremios ilegales, homicidios y lesiones, abusos de autoridad y de arma, y privaciones ilegales de la libertad.

- La distribución de las causas según la fuerza de seguridad involucrada muestra que el 60% de los casos denunciados involucra a agentes de la Policía de la provincia de Buenos Aires, en tanto que el 40% restante involucra a agentes del Servicio Penitenciario Bonaerense. La cantidad de denuncias en general ha conocido en los últimos tres años una tendencia a la baja, luego de un pico en el año 2003. Pero las denuncias a policías han descendido de forma mucho más pronunciada que las denuncias a agentes penitenciarios.

- En lo que se refiere al resultado de esas denuncias judiciales, cabe destacar que en los dos departamentos judiciales relevados (Azul y La Plata) se han hallado bajísimos índices de elevación a juicio: 5 casos sobre un total de 1902 expedientes. Una cifra que da cuenta de la falta de una política judicial de investigación de este tipo de hechos.

- Conforme el Registro de Denuncias de la Secretaría de Asuntos Institucionales de la Corte, entre el 1 de junio de 2006 y el 30 de junio de 2007 se denunciaron 658 casos de violaciones a los derechos humanos de los niños, entre los que podemos enumerar: apremios ilegales, amenazas, daños y torturas, con 778 víctimas. Todos ellos en oportunidad de detención o de alojamiento en comisarías, otras dependencias policiales o en instituciones oficiales que tienen convenios con la Subsecretaría de Minoridad. De todos los hechos informados, el 93% por ciento fue cometido por la policía de la provincia de Buenos Aires (610 casos), el 6% se produjo en Instituciones oficiales y tercerizadas de la Subsecretaría de Minoridad (38 casos) y el 4% restante en unidades penitenciarias (4 casos), y en Gendarmería Nacional (6 casos).

- Al menos tres unidades carcelarias de la provincia a más de un año del incendio de la Unidad N° 28, aún no cuentan con sistemas hidrantes anti-incendios en funcionamiento. Se trata de las Unidades N° 2 (Sierra Chica), N° 14 (Gral. Alvear) y de la Unidad N° 35 de Magdalena

- En la provincia de Buenos Aires se encuentran alojadas setenta y seis (76) mujeres con sus hijos en distintas unidades carcelarias y veintidós (22) mujeres embarazadas. Nueve de cada diez madres que viven con sus hijos en las cárceles bonaerenses están procesadas en la mayoría de los casos por delitos contra la propiedad. El tiempo de detención promedio es de 1 año y ocho meses. Continúa siendo una materia pendiente que los magistrados apliquen medidas alternativas a la prisión preventiva. Entretanto, los derechos de los niños alojados en prisión en los penales provinciales son vulnerados por la ausencia de políticas públicas y partidas presupuestarias.

Muchas voces



Además del trabajo del equipo interdisciplinario del Comité Contra la Tortura de la Comisión por la Memoria, se contó con columnas de opinión y artículos de cantidad de especialistas que vienen trabajando en distintas áreas en torno al tema. Se trata de la perito médica Virginia Créimer; el fiscal general de Bahía Blanca, Hugo Omar Cañón; el juez del Tribunal de Casación de la provincia de Buenos Aires, Benjamín Sal Llargués; el secretario de Política Criminal de la Nación, Alejandro Slokar; el abogado Antonio Cortina, asesor legal de la Asociación Judicial Bonaerense; los abogados Esteban Rodríguez y Fabio Villarroel, del Colectivo de Investigación y Acción Jurídica; el defensor general de La Plata, Roberto Ozafrain; María Celina Berterame y Gabriel Ganón, de la Defensoría de San Nicolás; el profesor de la Facultad de Derecho de la U.B.A. Carlos Bigalli; el licenciado en Ciencias de la Educación Francisco Scarfó, integrante del Grupo de Estudio sobre Educación en Cárceles de la U.N.L.P.; el juez de garantías de Mar del Plata Daniel de Marco; el jefe de despacho de la Oficina Judicial 18 Guillermo Ruíz Thill; la socióloga Alcira Daroqui; el secretario de Ejecución Penal de la Defensoría General de San Martín, Juan Manuel Casolati; el abogado Fabian Cacivio, del Foro Provincial por los Derechos de la Niñez, Adolescencia y Juventud, e integrantes del Centro de Estudios Legales y Sociales, tanto a nivel nacional como de sus filiales de La Matanza y Azul.

Agarrarlos de chiquitos

El autodenominado Proceso de Reorganización Nacional no sólo persiguió organizaciones y personas. El sistemático plan reorganizador fue implacable con la producción cultural, incluida -y con especial dedicación- aquella destinada a un público infantil o juvenil. Como una forma de abordar esa faceta de la última dictadura, al cumplirse treinta años del golpe de 1976, el grupo platense de intervención político-cultural La Grieta, organizó la muestra Libros que muerden, que se convirtió en muestra itinerante.

Por Josefina Oliva

*El hombrecito verde de la casa verde del país verde tenía un miedo verde.
Un buen día se encontró con que su verde pájaro cantaba canciones
amarillas y violetas, volaba con vuelos azules, y ya nada estaba igual.
Todo era un verde dolor de cabeza. Por eso el hombrecito
verde empezó a pensar qué cosas habría
un poco más allá de su país verde, detrás
de la mata verde. Qué cosas de allá hacían
que todo cambiara tanto del lado de acá.*

El hombrecito verde y su pájaro, Laura Devetach.

El rastreo comenzó en bibliotecas particulares, y luego se extendió por las públicas, librerías de usados, preguntas a viejos y nuevos amigos, conocidos y no tanto, que abrieron un universo mucho más allá del ya conocido por las listas de documentos, diarios, u otros trabajos realizados al respecto. Hoy, esos libros infantiles que fueron prohibidos, forman una biblioteca que, inconforme con quedarse archivada como parte de la historia, sale, se mueve, recorre y se nutre de distintas voces.

Un solo objetivo, distintos mecanismos

Sacarlos del recuerdo; desempolvarlos de sitios donde, afortunadamente, algunos ejemplares quedaron guardados, por casualidad, o porque alguien llegó a esconderlos en un tapa rollo para después... La intención de rearmar la biblioteca de los libros infantiles y juveniles que estuvieron prohibidos por la dictadura fue la de hacer que otra vez recobren vida, que puedan ser leídos nuevamente.



Aunque hay libros que pudieron ser reeditados, la mayoría de los que fueron perseguidos no se consiguen fácilmente. Es el caso por ejemplo de *El pueblo que no quería ser gris* (1975) o de *La ultrabomba* (1974), ambas piezas de Rompan Fila, un pequeño sello editorial que ya no existe y que en su momento fue dirigido por Augusto Bianco, un italiano radicado en Argentina hace muchos años. O el caso de *El nacimiento, los niños y el amor*, de Agnes Rosenstiehl, una obra que narra para los más chicos, con ilustraciones, de qué manera llegan los bebés a este mundo. O *Cuentos para chicos traviesos*, del fabuloso poeta francés Jacques Prévert, el cual no se halla por ningún lado. *Un elefante ocupa mucho espacio* tuvo un destino similar, sólo que por fortuna pudo ser reeditado, como ocurre con muchas piezas de su autora, Elsa Bornemann.

Tanto *El nacimiento...* como *Un elefante...* y *Cuentos para...* fueron censurados por el mismo decreto nacional, el 3155/77. Los tres pertenecían a la editorial Fausto. Esa medida se extendería después a la clausura del local porteño de la avenida Santa Fe al 1700.

Tanto *El pueblo...* como *Un elefante...* y otros tantos títulos, además de varias enciclopedias, fueron ilustradas por Ajax Barnes. Muchas de las obras ilustradas por él fueron censuradas.

Siguiendo con otro claro ejemplo de censura directa a editoriales, está el caso de Guadalupe. Tanto los libros de José Murillo: *Mi amigo el respirar*, *El tigre de Santa Bárbara* —y aquí también se cruza la persecución por autor, la cual se detalla más adelante— como el de la hermana Beatriz Casiello, *Dios es fiel* (ver recuadro) fueron censurados por un decreto dirigido contra esa editorial. La hermana Beatriz Casiello forma parte de la *otra iglesia* que en Argentina fue tan perseguida. El libro de catequesis para chicos del antiguo sexto grado —11 años de edad— fue objeto no sólo de un decreto de prohibición, sino de previas notas en donde se detalló en forma exhaustiva su contenido y se pusieron en debate diversas ideas acerca de la religión, el trabajo, la vida. Como así también acerca de algunas personalidades cuyos nombres no constituían objeto de simpatía para el poder eclesiástico. Muestra de ello son algunos ejemplos de las consignas que se daban en el libro



para que los alumnos realizaran: *Averigua quién fue Monseñor Enrique Angelelli, o algunas expresiones que hacían una clara referencia a un modelo de país que no parecía el anhelado por el Proceso de Reorganización Nacional: ¿Quién es libre? El que sabe dominar toda esclavitud. El que sabe dominar las cosas, para que las cosas no lo dominen a él.* Todos éstos, motivos de análisis de los encargados de dictaminar la censura, que no era azarosa, sino planeada y estudiada. Como dio cuenta el periodista Hernán Invernizzi, durante la charla que brindó en marzo de 2007, en la recién inaugurada Casa de la Memoria de la ciudad de Resistencia, Chaco, donde se presentó la muestra de libros censurados. “Qui-

zás cada uno de ellos individualmente no es el mejor exponente de la cultura nacional (se refiere a los militares). Pero tomados como instituciones, son instituciones que tienen sus cuadros técnicos y profesionales y cuando no los tienen los contratan y los convocan. Y cuando no saben algo preguntan”. El co-autor de *Un golpe a los libros* dio entonces cuenta de los planes de persecución que se llevaron a cabo en la cultura, así como en la educación y la comunicación, además de referirse a las pruebas y documentos.

En la provincia de Buenos Aires existió un plan a través del cual no sólo se trataba de verificar la presencia de material *infiltrado* en los colegios, sino que además se intentaba rastrear a toda *organización subversiva* que enviara textos, libros, *desde el exterior. Se ha tomado conocimiento que organizaciones subversivas que operan desde el exterior, están realizando una amplia campaña psicológica, enviando cuentos infantiles, a los Sres. Directores de escuelas primarias de esta Provincia.* (Documento de 18 de abril, 1978. La Plata. Archivo D.I.P.B.A., Comisión Provincial por la Memoria).²

De esta manera se *ponía en aviso* a la policía de las distintas localidades bonaerenses, se disponía que se rastreara en cada colegio y que se informara al respecto en un plazo de no más de cinco días, no solamente acerca de los libros hallados, sino de las organizaciones que los enviaran.

Entre Tomás de Aquino y los Parchís

El libro *Dios es fiel*, de la hermana Beatriz Casiello, fue motivo de notas de análisis y de disputas casuísticas y estratégicas entre curas y militares. Monseñor Plaza quería la prohibición. No así otros sacerdotes. Diversas opiniones hacían girar el libro de un lado a otro, discutiendo si debía ser o no censurado. Pese a eso se prohibió en el mes de noviembre de 1978. En una nota que Harguindeguy despacha al vicealmirante Carlos Montes, canciller de la dictadura, se puede leer: *cuyo contenido ha sido objeto de análisis de este Departamento de Estado. De dicho análisis puede concluirse que la mencionada publicación utiliza anacronismos dentro de la realidad socio-económica actual; falsea la presentación del uso de los medios económicos por parte del Estado...* (citado de *Un golpe a los libros*).

Además, fue prohibida la *Biblia latinoamericana*. Pero el poder de la iglesia actuó también de maneras sorprendentes, inmiscuyéndose en hechos más cotidianos. En el *Quillet de los niños*, una vieja enciclopedia, se puede ver cómo *alguien* tapó una historieta que mostraba a la autoridad eclesiástica *vestida de terciopelo que tiene los vinos y los buenos panes*, con una calcomanía del grupo Los Parchís. Varios ejemplares venían así.

Una vez *detectado* cualquier material *subversivo*, se procedía a su estudio, a posteriores notas sobre los contenidos, y a la prohibición, que no era firmada por cualquier general. Muchos de los decretos que ponían trabas a la literatura infantil fueron firmados por el ministro del interior de la dictadura Albano Harguindeguy. Es el caso de *Niños de hoy* de Álvaro Yunque, de cuyo análisis surge una posición que agravia a la institución familiar y los valores que ella transmite. De este autor también fueron prohibidos por decreto *El amor sigue siendo niño* y *Nuestros muchachos*. Hechos que se suman y dan cuenta del ensañamiento que existió con algunos autores, como es el caso de Enrique Medina, a quien le prohibieron *Pelusa rumbo al sol*, una de sus pocas, sino su única producción para los más chicos, pero a quien al mismo tiempo le censuraron casi la totalidad de su obra para adultos (la mayoría de los decretos de prohibición a la obra de Medina fueron firmados por el ex secretario de Cultura Ricardo Freixá).

Buscando nuevas palabras

Ni risas, ni expresiones que salieran de lo común. Lo novedoso, lo que podía despertar una búsqueda creativa, nada de eso era permitido en los libros para chicos. A lo que fue la persecución por editorial y por autor se le suma la persecución a un lenguaje nuevo y fresco,



que descolocaba, que cuestionaba el poder de los hombres. Es éste el caso de *Cuentos para chicos traviesos*, en donde una morsa se burla de un señor, y en donde un dromedario se queja de una conferencia dada por señores acerca de dromedarios. O el caso de la huelga de los animales en el circo para demostrarle a los hombres domadores lo que se siente estando detrás de las rejas. O el de una nena que ve un mundo diferente, donde los blancos son iguales a los negros, y donde todo es paz y alegría cuando traspasa **La torre de cubos** que ella misma arma para no aburrirse mientras su padre y su madre deben salir a trabajar para llegar a fin de mes. En palabras de la escritora Laura Devetach: “Había una especie de macartismo instalado

en la sociedad, y hasta uno tenía que lidiar contra eso. Decía *¿podré decir?, ¿no podré decir?*”. A pesar de ese sentimiento, parece, había una búsqueda, una inquietud para hallar la forma de *un decir*, más allá de cualquier objeción. Un día, cuenta la escritora, en un congreso realizado en el exterior, una conocida le dijo que “muchos argentinos, habíamos aprendido a hablar de alguna manera en doble sentido (...) Ella me decía que habíamos hecho una especie de trabajo en el lenguaje y debe haber sido así. Es decir, así como uno hizo un trabajo con su propio tono, con su propio cuerpo, con su vida, supongo que aprendió a trabajar elípticamente y sin embargo diciendo cosas, ¿no?”. En definitiva, dice. *El hombrecito verde y su pájaro* es eso, es como una metáfora del tiempo vivido durante la dictadura, aunque no fue escrito con esa intención. “Yo más o menos empecé en el ‘79. No es que lo empecé. A una ficción, yo la tengo generalmente en un papelito y la tomo, la dejo, la retoco... Es como si uno fuera trabajando masa, y la tuve los diez años del proceso, y ahí salió, le agregaba cosas, le ponía una...”. *El hombrecito verde...* no fue censurado. Pero es una de esas piezas que seguramente podrían haber corrido tal suerte.

A *La torre...* en cambio, entre otras cosas, la censuraron por *ilimitada fantasía* a través de la Resolución N° 480, con fecha 23 de mayo de 1979, en la provincia de Santa Fe. Más tarde esa censura llegaría a Mendoza, Córdoba y Buenos Aires. Pero la prohibición no se produjo directamente por un *pedido* militar, sino por recomendación -según afirma la autora, de dos personas que eran sus compañeras de trabajo. “Era la gente de adentro la que se

encargaba de mandar lista... y el señor de charreteras en el escritorio firmaba... listo. Es más, los fundamentos, por ejemplo de la prohibición de La torre de cubos, yo sé quienes los dieron. Y son dos colegas.”³

De una manera similar, a Carlos Joaquín Durán le censuraron *Dulce de leche*, un libro de lectura para chicos de 4^º grado. Éste es un claro ejemplo de aquella censura que, en *Libros que muerden*, es denominada censura *por tijeretazo* (ver recuadro). Según cuenta el mismo autor, la censura vino desde de la propia editorial Estrada. Distintas *sugerencias* de contenido y forma recomendaban por ejemplo el abandono de la historieta en un libro de este tipo, ya que la misma no era considerada literatura.

Existieron otros casos en donde además de fantasía aparecían datos que inmediatamente remiten a cruces de ese momento. *Cinco dedos* (Colectivo Libros para Niños de Berlín. Editorial de La Flor. Buenos Aires, 1975) cuenta la relación de una mano roja y una mano verde. *Cinco dedos bien unidos... hacen un buen puño*. Así termina la historia que fue prohibida por el decreto 269/77: *Por tener finalidad de adoctrinamiento que resulta preparatorio a la tarea de captación ideológica propia del accionar subversivo*.

Entre muestra y muestra fueron apareciendo siempre datos nuevos. Un día, Nilda Eloy contó: “*El libro rojo del cole* también estuvo censurado”. El libro fue *señalado* en una escuela de la localidad de Trelew. Éste es uno de los casos en donde la censura se instala dentro de un aula, o gira en sitios donde *alguien* la respeta y la avala.⁴ *El libro rojo del cole*, de Bon Dan Andersen, Soren Hansen y Jesper Jensen, no fue prohibido por decreto nacional, sino por la resolución 1106 del 30 de junio de 1980. Es una guía para los estudiantes, con detalladas referencias a temas como la enseñanza, *los profes, cómo quejarse de un profe*, los estudiantes, el sistema escolar, la sexualidad, la sociedad y las drogas, todos ítems que figuran en el índice.

Un vecino de Ensenada, Eduardo González, cuando la muestra *Libros que muerden* se presentó allí, contó una historia de cuando formaba parte de la cooperadora de un colegio. Un día se encontró con una requisita en busca de *Raíz de pueblo*, un libro de lecturas para 6^º y 7^º grado, en el que figuraba un poema de un escritor berissense: Elenko Vasiloff, que al parecer no era conveniente para el sistema.

De grises y otros colores

En medio de la inauguración de la casa de la memoria chaqueña —donde funcionó un centro clandestino de detención situado frente a la plaza principal de Resistencia, es decir, en pleno centro de la ciudad—, las palabras de Invernizzi también se remontaron al énfasis que se colocó en la cultura. “Cuando hablamos de política cultural de la dictadura también estamos hablando de poder, de lucha por el poder”, un poder que tuvo como propósito silenciar otras ideas a través de los diferentes sistemas educativos, tanto como la universidad, los secundarios, la primaria y hasta el jardín de infantes. Lugares en donde giraba material que hacía preguntas, discutía, buscaba otras alternativas a sistemas impuestos. En fin, que daba otro vuelo con su *ilimitada fantasía*.

Además de la visita al Chaco, la muestra de libros censu-

Nada de andar sembrando cizaña

Si se toma la primera edición del libro *Dulce de leche*, de 1974, bajo el título *Una familia nómada*, se puede leer en las páginas 26 y 27: *Hay trabajos que no son continuos. Duran poco tiempo. Como son trabajos que van de temporada en temporada, se los llama temporarios. Para ellos se emplean obreros temporarios. Algunos trabajos temporarios son: la vendimia, la esquila, el corte de la caña de azúcar, la cosecha de duraznos, manzanas, naranjas, la cosecha de la papa, la recolección del tabaco y del algodón, y la poda de la yerba mate. Trabajan hombres y mujeres. Muchas veces son matrimonios con hijos. La familia va de región en región, de trabajo en trabajo. Es una familia nómada.*

César es hijo de una de esas familias. Por eso nunca pudo ir a una escuela: debió acompañar a sus padres. César no sabe leer ni escribir. Para él, estas palabras son dibujitos misteriosos. César es analfabeto.

Si se leen las páginas 26 y 27 de la edición de 1984, por la que ya había pasado la censura —con las mismas fotografías que las de la edición anterior—, el texto cambia: *Ése es Lucho, el hijo menor. Recolecta algodón. Detrás están los demás: Rosendo y Juana, los padres; Aldo y Hugo, los hermanos. Más allá están los abuelos, doña Dominga y don Martín. Hacen trabajos temporarios. Trabajos que duran un tiempo. Algunas de estas tareas son: el corte de la caña de azúcar, las cosechas de duraznos, de manzanas, la recolección del tabaco, la poda de la yerba mate y la esquila. Acá están los hermanos mayores. Están vendimiando. El racimo maduro se desgrana entre sus dedos. Después se irán a cosechar naranjas. Van de región en región. Son una familia unida. Trabajan cosechando la patria.*



rados también llegó a otro lugar que preserva el recuerdo de las oscuridades de aquel pasado: la inauguración del Espacio de la memoria en Capital Federal. Distintos colores en el medio de la frialdad de un día de invierno, con el gris del cemento del centro de detención El Olimpo, el pozo que se construyó esencialmente como centro de tortura, cuando se supo que había que derruir el Atlético para construir la autopista Ricchieri. Pero mientras tanto, ante la urgencia por mantener un lugar para la detención, la policía bonaerense cedió otro sitio denominado el Banco. Desde ese momento quedó constituido lo que hoy se denomina el circuito ABO –Atlético, Banco, Olimpo– por tratarse de

tres lugares diferentes que involucraban a las mismas fuerzas, a los mismos represores (Gendarmería, Ejército, Policía Federal y Policía Bonaerense).

Los *Libros que muerden* también llegaron al Espacio Para la Memoria de Córdoba, donde se dieron talleres con relación a la censura en la literatura infantil. Todo había comenzado en La Plata: al cumplirse treinta años del golpe de estado, la muestra estuvo en el galpón de La Grieta –calle 18 y 71–. Luego, en las vacaciones de invierno de 2006, en el Pasaje Dardo Rocha, y posteriormente en el marco de la Expo Universidad y en la Facultad de Trabajo Social. En la localidad de Ensenada, estuvo en la puerta de la Escuela 58.

Y volverlos a leer

Hallar las piezas perdidas y volver a hacerlas rodar en manos de otros lectores, disfrutar de la fantasía disparatada, del juego, de los sueños, o de historias más clásicas, permite recuperar no sólo la historia documentada sino poner otra vez al alcance los textos que se quisieron silenciar, esconder, desaparecer.

Molestaban expresiones como alpargatas, trabajo, vientre; molestaban el humor, la presencia de epígrafes que nombraran a Marx o a Nietzsche. Molestaban las exageraciones de una ilustración; que la patria estuviera en las fábricas y no en los monumentos, que una monja hablara no sólo de Dios, sino también de los pobres. Huelga, trabajador, campesinos, historias, metáforas que pueden hacer que los más chicos se pregunten por qué en definitiva no todo es de color verde.

Este libro constituye una de las principales fuentes de investigación que se tuvieron en cuenta a la hora de rastrear los libros. El título completo es: *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*. Sus autores son Hernán Invernizzi y Judith Gociol. 2003. Eudeba. Buenos Aires.

En este mismo documento se puede leer: Por lo expuesto se desea saber los siguientes puntos.

- 1-Veracidad de lo informado
- 2-Establecimientos que hayan recibidos los “cuentos” que se hace mención
- 3-Organización subversiva que lo refrendan
- 4-Ejemplares de los mismos
- 5-Cualquier otro dato de interés que surga (la falta de ortografía es textual) de la investigación que se ordenó y que tenga relación con lo solicitado.

Aunque la autora también agradece a los colegas que, aún en momentos tan difíciles hicieron girar su obra.

Quizás ésta haya sido una de las formas a través de las cuales se ejerció la censura sobre El principito, que aparece nombrado en numerosas listas de libros prohibidos. Sin embargo se cree que continuó leyéndose por su grado de universalidad.

Muchas veces la censura oral venía dada por listas negras aparecidas en diversos diarios, en las que se detallaba cuáles eran los textos y autores vedados. Así se provocaba el miedo, la consecuente quema de libros o la búsqueda de escondites para no deshacerse de ellos. Muchas veces también esas listas provocaron el exilio de escritores que encontraban allí sus propios nombres.



Escritura y memoria

Por Guillermo Saccomanno

Fotografía Martín Oesterheld

En el diario Noticias del 17 de junio de 1974, la tira La guerra de los Antartes, guionada por Oesterheld, en un contrapunto con la dura realidad política del momento, apareció en tapa. (imagen facilitada por el área de Archivo de la Comisión Provincial por la Memoria).



1. Andaba cerca de los sesenta años. Por eso lo llamábamos el *Viejo*. Como se le dice a un padre, pero también a un sabio, o como se le decía entonces a Perón, pero Perón no era un sabio sino un zorro viejo. El último rastro del *Viejo* fueron sus huellas de barro en la alfombra de la editorial. El primero que advirtió esas marcas de las suelas de goma, fue un pibe que trabajaba de ayudante en el armado de las revistas. Esas pisadas venían a sugerirnos que el *Viejo* andaba en algo. Misterioso, se lo veía en el último tiempo. Quienes llegaban temprano algunas veces lo encontraron dormido sobre un escritorio, señal de que había pasado la noche allí: no era sólo que el *Viejo* no tenía dónde dormir. Andaba escapando. Y ahora, con su ausencia, esos rastros venían a confirmarnos un presentimiento negro. Más tarde lo supimos: se lo habían *chupado*. El *Viejo* fue visto más tarde en distintos centros de detención. El *Viejo* era, es, sigue siendo y será uno de nuestros mejores escritores: Héctor Germán Oesterheld.

2. Oesterheld encarna al creador intelectual anónimo -a él le gustaba considerarse un obrero intelectual-, que, desde una redacción, establece un sólido vínculo con una inabarcable masa de lectores. Esa clase de narrador mítico que goza y hace gozar contando historias que no son de nadie al ser de una comunidad. Se consideraba ante todo un artesano, quizás por este motivo trabajaba con lápiz y papel amasando cada palabra, cada historia, apartando una ruidosa máquina de escribir. Tampoco le preocupaba demasiado que muchos de sus personajes recorrieran el mundo sin citarse su autoría. “¿Qué importancia tiene?”, decía. “Mi mejor

pago consiste en saber que esos personajes están siendo disfrutados por públicos que ni siquiera hablan mi mismo idioma y que, sin embargo, comprenden el significado de las aventuras, de las historias que alguna vez escribí a mano sobre una hoja de papel.

Los analistas de fenómenos de cultura popular lo citan fervorosamente, los adultos recuerdan con añoranza aquella dorada época de *Misterix* y *Hora Cero*, los más jóvenes lo descubren siempre nuevo y fresco en sus guiones. Y los guionistas suelen esmerarse en imitarlo sin alcanzar su brillo. Oesterheld nunca imaginó que sobre él escribirían, entre otros, Osvaldo Soriano, Ricardo Piglia, Miguel Briante. Hay tres escritores, Rodrigo Fresán, José Pablo Feinmann y Juan Sasturain, que nunca se cansan de escribir sobre la influencia de su escritura. En la década del '70, en Europa, con el auge de la teoría de la comunicación y la semiótica centrándose en los géneros de masas, su obra, a veces pirateada y sin su nombre, se publicaba en varios países y comenzaba a ganar en difusión y reconocimiento internacional. Por entonces la revista española *Bang*, especializada en el análisis del género, nos encargó al guionista Carlos Trillo y a mí que lo reporteáramos. Conversamos con Oesterheld hasta bien entrada la noche. Hoy queda comprobado que si no es posible obviarlo en una historia de la historieta mundial, menos aun en una historia de la literatura argentina. Imposible descartar a quien, sin cesar, cotidianamente, contribuyó a madurar el género, convirtiéndose en uno de los escritores de literatura popular más fecundo y trascendente de este tiempo, el nuestro.

3. Quizá uno de los primeros personajes fuertes que creó Oesterheld es el Sargento Kirk, un western que dibujó Hugo Pratt, y se publicó en una de las revistas más populares de la editorial Abril, *Misterix*. Oesterheld recordaba así la historia de esa serie: "Cesare Civita, el editor de Abril, me pidió una historia de cowboys para que dibujara Hugo Pratt, lo que después sería el *Sargento Kirk*. Yo tenía pensado, en cambio, un personaje totalmente distinto: un desertor del ejército argentino que huía a las tolдерías. La cuestión es que tuve que traducir esa trama al western. Me costó poco adaptarlo. Y así nació el primer episodio de Kirk, que salió redondo, porque ya en ese primer episodio tenía todo. Es cuando él deserta. En el episodio siguiente se hace amigo de los indios. A Civita terminó gustándole mucho, y se lo pasó a Pratt para que lo dibujara, como otros tantos argumentos. Con *Kirk*, lo que me interesaba, sobre todo, era contar una buena historia. A medida que transcurrió el tiempo, en *Kirk* hubo cada vez menos tiros y trompadas. El héroe se equivocaba, perdía y ésas son lindas cosas para poner en una historieta, porque entonces el personaje se ve verdaderamente de carne y hueso".

4. A mi padre le preocupaba que yo leyera historietas. Pero condescendía con mi compra semanal de revistas. El tenía casi cuarenta años y yo andaba por los doce. Socialista creyente, él quería ser escritor y pensaba que esa lectura *infantil* cumplía una mínima función preparatoria: facilitaría mi acceso a los clásicos. Si quería *elevarme*, ahí estaban los clásicos. En un barrio de calles de tierra, sus clásicos —que comprendían tanto a Victor Hugo y Emile Zola como a Knut Hamsun y Stefan Zweig— eran exóticos. Las historietas de Oesterheld, que ahora tenía su propia editorial, y editaba sus propias revistas, *Hora Cero* y *Frontera*, presentaban un quiebre de los códigos narrativos tradicionales de la evasión: al subvertir la noción convencional del héroe y disolver el maniqueísmo, la noción de justicia también era otra. Además, y éste no era un detalle menor, la aventura podía pasar por la puerta de la casa de uno. Sus historias transcurrían en una Buenos Aires reconocible. La cancha de River en *El Eternauta*, el tranvía hundido en el Riachuelo en *Sherlock Time*, me parecían a veces más reales que algunos de los novelones que mi padre compraba. *Sherlock Time*, en particular, conseguía intimidarme. El estupor y el miedo estaban aquí.

Mi padre no comprendía esta lectura, no advertía que en estas historietas había, aunque no explícita, una intención culta, de *eleva*r el género. De tener menos prejuicios, hubiera consentido esa intención educativa.

5. En 1958 yo tenía diez años. Y en la revista *Hora Cero* semanal Oesterheld fue publicando por entregas una historietita que, casi medio siglo más tarde, sería rescatada como un nuevo *Martín Fierro*. Si el *Martín Fierro*, un poema criollo y popular, pudo plantarse como la gran novela fundante de nuestra literatura, por qué no tirar de la cuerda y afirmar lo mismo de *El eternauta*, que en su primera, histórica versión, dibujó Solano López. La narración empieza una noche, muy tarde, un guionista de historietas está trabajando. Escribe una aventura en los mares de sur. De pronto, delante de él, cruje una silla vacía. Poco a poco, sobre la silla, se corporiza un hombre que dice llamarse Juan Salvo, aunque en un mundo lejano, en un tiempo también lejano, lo rebautizaron *El eternauta*. El *aparecido* —¿por qué no llamar así a este personaje?— está de nuevo en esta tierra y pide al guionista que lo ayude a encontrar a sus seres queridos, los que perdió en un tiempo próximo a éste en el que le cuenta su historia al guionista. Una historia que más tarde, en el '76, cobraría una dimensión anticipatoria.

La historia que el *aparecido* le cuenta al guionista arranca en una casa en un suburbio de Buenos Aires. Cuatro amigos juegan al truco. Mientras Elena y Martita, la mujer y la hija de Juan Salvo, el dueño de casa, duermen, él se entretiene con sus amigos: Favalli, profesor de la Facultad de Ingeniería, Lucas, empleado bancario, y Polsky, el jubilado y fabricante de violines.

Separados del mundo como si el chalecito fuera una isla. Una isla a la que apenas si llegaban los ruidos de la avenida cercana: el desembrague quejumbroso de un colectivo nocturno, el taconear de una pareja huyéndole al frío, el raudo pasar de un auto que aprovechaba el poco tránsito.

De pronto, se corta la luz. Afuera de la casa, la gente muere al ser tocada por una nieve fosforescente. Si la nieve no toca, no mata. Por eso sobrevivieron ellos, los jugadores de truco, la familia de Salvo y unos pocos más. Lo que está ocurriendo es una invasión. Un superimperialismo ha doblegado a los imperialismos terrestres. Los amos no dan la cara. Usan a los cascarudos, unas cucarachas gigantes, y a los gurbos, unas moles que destruyen edificios a su paso, y a los manos, unos seres inteligentísimos, con cientos de dedos, a los que ellos dominan mediante la inyección de un suero. Ese suero hace que los verdugos no puedan traicionar a sus superiores. Si lo hacen, el miedo los mata. Si se quiere, puede leerse acá una anticipación de la obediencia debida.

La nevada es un exterminio. Los sobrevivientes escasos intentan reunirse en una zona de seguridad. Seres humanos transformados en robots, son los encargados de ultimarlos. Juan Salvo, su mujer y su pequeña hija tratan de escapar introduciéndose en un extraño aparato que los proyecta al espacio, a otro tiempo. Pero un error de la máquina hace que el héroe pierda a su familia. Desde entonces anda errante por el espacio buscándola. Así se ha corporizado este *aparecido* en la silla que hay delante del guionista. El desenlace de *El eternauta* redondea perfectamente la historia, la transforma en una obra lírica, metafórica y circular.

En el '69, con dibujos de Alberto Breccia, *El eternauta* conocería una nueva versión en la revista *Gente*. Una versión más estetizante. Y también más politizada. Allí precificaría Oesterheld algunos conflictos con más claridad que en la original. A las precisiones anticolonialistas, se les sumaba ahora un Breccia que extremaba sus proposiciones gráficas. Ahora una superraza quiere dominar la tierra. Para lograrlo negocia con Estados Unidos y Rusia, las grandes potencias, las zonas que tomará. Y estas zonas son la de los países subdesarrollados, la de los continentes atrasados: África y América del Sur. El mensaje tercermundista es nítido. Previsiblemente, apenas se publicó un episodio, los siempre tilingos lectores de la revista se quejaron. Y la no menos reaccionaria editorial Atlántida apuró el cierre de la serie y suspendió su publicación.

6. Con no menos intuición que conciencia, Oesterheld asumió la disyuntiva que le planteaba su oficio: aceptar escribir estándares o apostar asumiendo una voz propia. Lo asumió con una entera y totalizadora voluntad narrativa al emplear un género marginado, maldito para los intelectuales. La percepción ética de su trabajo era también rigurosamente polí-

tica: Oesterheld sabía que aquellos lectores, lectores de kiosco, que seguían sus historias, con seguridad, no tenían acceso a otra clase de literatura. Oesterheld, de ninguna manera, condescendía a la demagogia en su narrativa. No bajar el nivel, se proponía. Nivelar hacia arriba, pensaba. Sin incurrir en el populismo, Oesterheld no retaceaba la calidad en las historias, la forma, el contenido. Hay un mismo rigor poético en la concepción de todos y cada uno de sus argumentos.

7. Aunque Oesterheld escribía también cuentos infantiles, relatos fantásticos y había publicado tanto novelas de cowboys como de ciencia ficción, con Trillo le preguntamos si alguna vez no lo había tentado la otra literatura, ésa que comentaban los rotograbados. “Hambre de prestigio tenemos todos”, nos dijo. “Personalmente, me siento mucho más satisfecho escribiendo para una masa de lectores Pero también pongamos un poco los pies sobre la tierra. Casi ninguno de los grandes escritores escribió en condiciones ideales. Yo creo que el libro viene cuando tiene que venir. Y si uno no lo ha escrito es porque la condición de uno no está para eso. Estoy segurísimo que cuando Hernández escribió *Martín Fierro*, no tenía todo el dinero del mundo ni estaba feliz con su circunstancia. Por el contrario, ustedes saben cómo lo hizo”.

Apelando no pocas veces al pseudónimo, casi paradigma de clandestinidad, daba carnadura a sus personajes y lograba que, aun cuando sus aventuras ocurrieran en paisajes exóticos, en las que amenazaba inexorable la derrota, tuvieran una poderosa cercanía con el lector. Oesterheld no se limitaba a humanizar la aventura en el plano de las tramas. En el lenguaje, al emplear la voz de los segundones, concretaba una solidaridad nada habitual en el género. “El héroe -afirmaba Oesterheld- es siempre colectivo”. Así, desde la escritura de historietas, en esta neutralización del narcisismo autoral, Oesterheld cumplía con un apotegma flaubertiano: importaba el cuento; no, su autor. Sus historias, entonces, no eran de nadie al ser de todos.

Oesterheld escribía un western, las aventuras de un sargento desertor del ejército norteamericano, y ese sargento, llamado *Kirk*, permitía comprender el exterminio de los indios en la llamada Campaña al Desierto. Cuando encaraba el realismo fantástico, como en *Mort Cinder*, la construcción de las pirámides presentaba, en el subtexto de la aventura, la explotación de

Mort Cinder



los esclavos como en un poema de Brecht. Más acá, cuando su ciencia ficción transcurría en Buenos Aires, solían verse pintadas en las paredes barriales, señas particulares, marcas políticas que anclaban la aventura nacionalizándola. No tuvo, en el momento de su publicación, la repercusión crítica que merecía. Pero no parecía inquietarlo esa clase de halago. En ese aspecto, Oesterheld es un modelo de narrador *homérico*. Sus temas, aunque se tratara de lo gauchesco, superando el regionalismo donde transcurrían, abarcaban el universo.

8. Mientras escribo estas reflexiones sobre Oesterheld me doy cuenta de que, con sus redundancias y ripios, este texto, además de plantarse como homenaje aspira a autobiografía intelectual. La mía, sí, pero también la de mi generación. Una categoría que me resultó siempre sospechosa. Oesterheld pertenece a la misma generación que Borges y Sábato, pero eso no los iguala. Oesterheld no aplaudió los sucesivos genocidios practicados por los militares, no festejó a Videla ni almorzó con él. En todo caso, quiero precisarlo, cuando digo *mi generación* quiero decir aquellos que éramos jóvenes y no tanto y que en los años '70 pretendíamos cambiar la sociedad, hacerla más justa. Si había una coincidencia general, era la construcción del socialismo. Si había una discusión era el

cómo. Y se centraba en la viabilidad de la lucha armada. Se dirá que éramos intolerantes. No lo negaré. Pero, ¿qué significaba ser democrático cuando uno se educaba bajo el autoritarismo y las botas?

Mi padre, militante sindical, había sido perseguido durante y después del peronismo. Me acuerdo de las armas que guardaba encima del ropero de casa. Me acuerdo de un viaje en que lo acompañé a Rosario y fue secuestrado por la policía. Casi lo fusilan. Desde esas experiencias la democracia resultaba demasiado parecida a un contubernio. Eran también los años de la revolución cubana. Oesterheld escribe una biografía: el *Che Guevara* con dibujos de Alberto y Enrique Breccia, prologada por Eliseo Verón, secuestrada por el gobierno militar. Poco después, desde la embajada de Estados Unidos, los convocan y tientan para que escriban otra biografía, la de John Kennedy, el responsable de las invasiones de Viet Nam y Bahía de los Cochinos. Se niegan.

9. En la primavera camporista, Oesterheld es, además de guionista de las revistas de la editorial Columba (*El Tony, Fantasía, D'Artagnan*), guionista de *La Guerra de los Antartes*, la historieta que publica diariamente en su tapa el diario montonero *Noticias*. En esa narración Oesterheld emplea las tensiones de la política cotidiana, el enfrentamiento entre los sectores del peronismo, y los convierte en material de ficción. A la vez, en *El Descamisado*, el semanario político de Montoneros, adapta a la historieta la historia argentina: a esta altura no cabe duda de su compromiso con la izquierda peronista. Casi en paralelo, inicia una continuación de *El eternauta* para *Ediciones Record*. Como suele suceder cuando el arte se subordina a una bajada de línea, ésta es la parte más endeble de su producción: aquello que tanto había combatido en sus historias anteriores, el maniqueísmo, ahora se le volvía una normativa impuesta por su militancia. Y fue en Ediciones Record donde aquel pibe, que hoy es el talentoso Miguel Rep, vio las últimas huellas de Oesterheld, la marca de sus zapatos embarrados en la alfombra.

A menudo me pregunto cómo Oesterheld eligió su militancia. La aventura, en política, se paga cara. Oesterheld, como el Che, era un lector de London. Pienso en el Che. Y en su muerte en Bolivia. Lo sé: desde acá, desde hoy, resulta fácil juzgar. Pero antes que juzgar prefiero seguir haciéndome preguntas. ¿Cómo fue que Oesterheld, un lector sagaz, agudísimo, no leyó el aventurerismo político de la militarista cúpula montonera? La pregunta consterna. Y las hipótesis comprometen a una clase, la clase media, más de lo que ella misma se hace cargo.

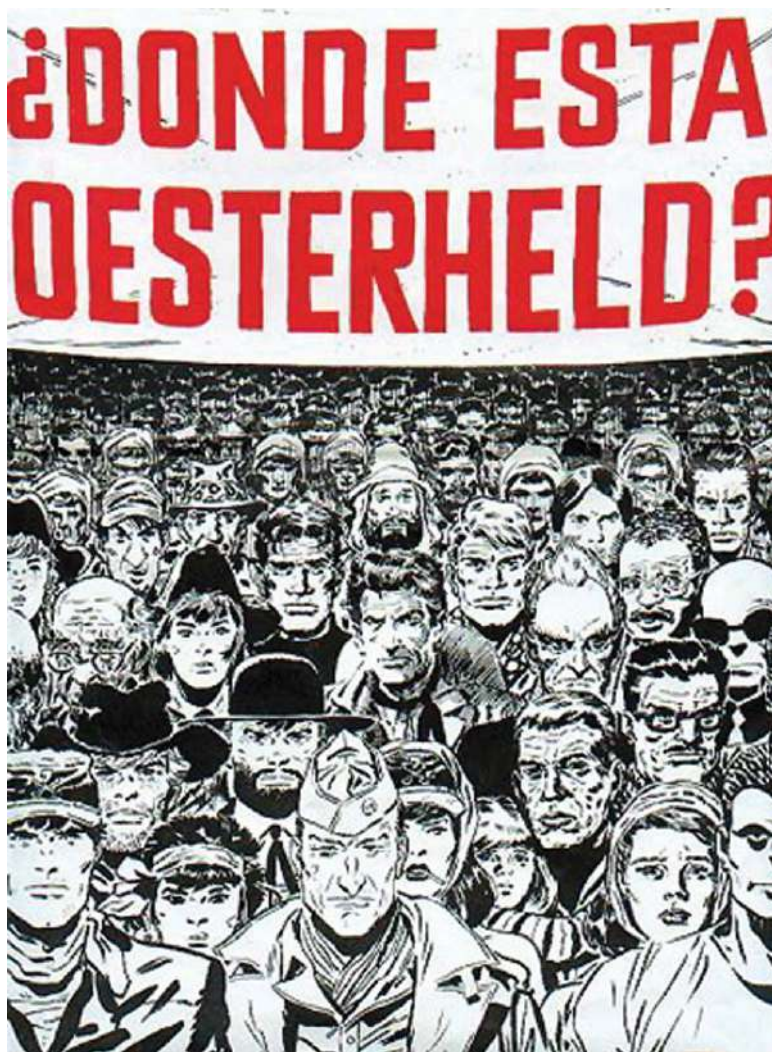
La clase media *progre* de entonces se fascinaba con el Che. Padres provenientes de la clase trabajadora inmigrante, ahora integrantes de una clase media profesional o casi, vapuleada por sucesivos autoritarismos y empobrecida en lo económico, impulsaron a sus hijos a la revolución. Y luego, cuando los hijos eligieron la lucha armada, algunos los acompañaron: ¿como padres, como iniciadores, como compañeros, como ejemplos con los que competir? La relación entre padres e hijos suele ser un malentendido. Y en ese tiempo, la rebeldía adopta como estrategia la violencia. Cuestión dura ésta. Porque aquello que se pone en cuestionamiento no son sólo los padres: es todo un sistema represivo, el capitalista, y su doble discurso.

La destrucción de la familia Oesterheld, el asesinato de sus cuatro hijas, sus compañeros, el secuestro de sus nietos, nos compromete a todos. Este intelectual clave en esta situación clave de nuestro país no puede ser aislado de ese tiempo. Tampoco, su obra. Ahondar en su narrativa, seguramente nos orientará sobre nuestra identidad.

Tanta muerte nubla el entendimiento. Pero se hace necesario comprender. Y se impone cautela en los interrogantes para no resbalar en el facilismo oportunista de la teoría de los dos demonios. En *Política y/o violencia*, Pilar Calveiro escribe: *El rechazo a la teoría de los dos demonios no nos puede desviar hacia la de un único demonio, el militar, como si el resto de la sociedad hubiera sido una víctima inmóvil, ajena a toda responsabilidad*. Y esta responsabilidad incluye a los actores políticos nacionales: partidos, sindicatos, organizaciones.

Las contradicciones sociales y las íntimas. Aquel que se sienta libre de culpas que arroje la primera piedra, podría decirse. Pero, en vez de culpa, en este caso, conviene hablar de

Póster realizado por Félix Saborido para la revista *feriado Nacional* (1983).



responsabilidades. Mientras los que padecemos el terror, seguimos debatiendo y polemizando sobre los '70, los poderosos, los ideólogos de la represión y sus herederos, desde el lujo obscuro que acumularon mientras desaparecían 30.000 compatriotas, exigen hoy *seguridad*. Nada de esto es azaroso.

Leer hoy a Oesterheld nos impone discutir quiénes fuimos, quiénes somos, quiénes seremos. A Oesterheld le hubiera gustado quizá leer estas reflexiones que nosotros, sus pibes lectores del pasado, sus comentaristas del presente, le brindamos como reivindicación. La suya no es únicamente la valoración tardía de un creador que supo traer a primer plano los estilemas de una cultura tabicada transformando un género menor (por popular) en un objeto de culto, *prestigianete*.

Reivindicación, dije. La reivindicación no lo involucra sólo a Oesterheld. También, nos reivindica a nosotros, nos vuelve mejores. Nos hace sentir, por un instante que, a veces, en su lectura, estamos a la altura de nuestros sueños y esperanzas cuando lo leíamos de pibes. Cuando reivindicamos a Oesterheld, esto quiero decir, no sólo reivindicamos nuestra historia. También, un modo de leer la vida, la literatura y la historia nacional.

10. En el '68, a propósito de la megamuestra de la historieta en el Di Tella -organizada por Jorge Romero Brest y Oscar Masotta-, Oesterheld y Breccia coincidían en que si el

género ingresaba en los salones de la crítica y la vanguardia, este rescate, no libre de paternalismo, significaba su partida de defunción. Su lugar natural era y sería en los kioscos. Aunque luego, a mediados de los '70 y en un breve tramo de los '80, el género alentó un tibio renacimiento, hoy la producción local está, cuando no esterilizada, prácticamente destruída. Y la furtiva obra de calidad que se genera se publica en el exterior. En la actualidad el comic que predomina en los kioscos es el de los superhéroes norteamericanos, esos indestructibles de acero que están siempre convencidos de representar el Bien contra el Mal.

Si se contextualiza la obra de Oesterheld y Breccia, se notará que el suyo es un tiempo de presagios sociales dramáticos. La inestabilidad democrática, el peronismo proscrito, los sucesivos cuartelazos, el retroceso de las conquistas gremiales y los planes de lucha obrera son datos que hay que tener en cuenta. Como la radicalización del estudiantado, los primeros intentos guerrilleros. Están dadas las condiciones para la insurgencia de los '70.

Si Oesterheld y Breccia constituyeron una dupla creativa poco usual en el desarrollo del género, se debió (y vale subrayarlo) a la respectiva formación intelectual de ambos. Oesterheld era lector tanto de Stevenson y Conrad, como de Cortázar y Walsh. Breccia, un discípulo de Caniff en sus comienzos, admiraba a Munch: su instinto se volcaba en un expresionismo que, en su madurez, sería la abstracción propicia para lo gótico. Los dos, Oesterheld y Breccia, eran historietistas, pero no siempre estaban del todo a gusto en el género. En los '70, todavía con pudor, ambos autores confesaban que se sentían artesanos. Breccia, por su lado, mencionaba sus orígenes como tripero y, socarrón, contribuía al mito de su aprendizaje como dibujante en publicaciones de papel áspero y colores chirriantes mientras citaba a La Fanu y Lord Dunsany.

Nuestra generación, en cierta etapa de su iniciación universitaria y militante, había cambiado su colección de historietas por la literatura *culta*. Poco después nos arrepentíamos de este gesto y volveríamos sobre las historietas en una operación de relectura, operación que era política, una revancha del gusto. Difícil que se pueda aislar esta movida de la resignificación del peronismo. Así como los jóvenes de izquierda, vía el *entrismo*, descubríamos la causa justicialista, al arrimarnos a la cultura popular se generaba la valoración de los hasta entonces denominados géneros marginales.

Dejé de leer historietas a los quince años, cuando empecé a trabajar de cadete y descubrí la calle y a Roberto Arlt. El comienzo de *El juguete rabioso* tiene una resonancia fuerte: *los afanes de la literatura bandolerisca*. Tal vez, en un sentido literario (y no sólo), no me apartaba demasiado de la cultura popular. Lo que fueron *Rocambolo* y *Fantomas* para Arlt, fueron para mi generación las historietas de Oesterheld. Una disgresión ahora: si *afanes* suena a *afano*, la asociación no es casual. No hay guionista que, en su producción, no haya incurrido en la apropiación de una historia ajena. Recordar que el antecedente de *El Eternauta* puede ser una novela olvidable de Heinlein no le resta mérito a la escritura de Oesterheld. El bandolerismo, en este punto, se legitima a través del tema y sus variaciones. Un buen escritor es aquel que siempre detecta la variación que faltaba.

Debo haberle prestado atención a *Mort Cinder*, como una revelación, diez años más tarde, en una época en que volví a la historieta con otros propósitos, más eruditos y, por lo tanto, menos salvajes: además de abocarme a la investigación y el estudio del género, quería ser guionista de historietas. No escritor: guionista. Por entonces ignoraba también que en la amistad con Trillo, le haríamos ese último reportaje en vida a Oesterheld antes de que fuera desaparecido. También entrevistaríamos largamente a Breccia. Luego compilaríamos una historia de la historieta argentina. Y finalmente yo me haría guionista. Lo que decepcionaría a mi padre.

Si enfatizo lo autobiográfico, no me disculpo. No admito otra manera de leer la historia que desde mi historia. Así es que procuro indicar una forma de leer la obra de Oesterheld. Tan importante para su comprensión es fechar sus publicaciones como su alcance de un vasto público lector. Piénsese que la Editorial Columba calificaba sus historietas como *novelas ilustradas*. El género era, para Columba, en su criterio de *adaptación*, una pedagogía. Para que la literatura fuera masiva necesitaba ser *adaptada* al vulgo. Aceptando este pacto, los lectores de Columba no leían historietas: leían novelas. Si bien Oesterheld y Breccia



cia, en la vereda opuesta, no reparaban en llamar historietas a sus creaciones, a su manera también articulaban un prejuicio subterráneo. Oesterheld no vacilaría en recrear a autores de prestigio literario. Breccia encararía la búsqueda plástica con su dibujo. No eran improvisados en este método de *enaltecimiento* del género. Así como a Oesterheld le entusiasmaba la literatura y a Breccia la experimentación plástica, a sus colegas les interesaba más seguir los estándares. Oesterheld y Breccia tenían conciencia de su trabajo y eran una elite. Una vanguardia. Esta situación, creo, explica mejor por qué hoy siguen vigentes mientras que a sus contemporáneos les tocó la suerte de la añoranza naive.

Mort Cinder ya es, en el momento de su publicación, una obra que, por su refinamiento, excede la percepción de los lectores tradicionales del género. Oesterheld viene de fundirse con su propia editorial, Frontera. Acepta escribir *Mort Cinder* por unos pocos pesos para la editorial Yago, que saca *Misterix* en su segunda época. Breccia también padece dificultades. Así como Oesterheld luce en su escritura reminiscencias de literatura inglesa, Breccia se aleja de las convenciones de la ilustración realista. Oesterheld indaga el género en todas sus variantes sub: la policial negra, la aventura marina, la batalla histórica. Breccia exaspera el contraste de luz y sombra, arriesga encuadres cinematográficos, incursiona en lo no figurativo. Los dos artistas, Breccia y Oesterheld, en su última obra conjunta, además de estar atravesando penurias que explican la oscuridad de la aventura, ya están en otra cosa. Que es y no es la historieta. Y si no es la historieta, aunque responda en superficie al formato, cabe preguntarse: ¿qué es? En Oesterheld parece anticiparse el compromiso político (la esclavitud, la prisión, la guerra son centrales en la serie). En Breccia se ve venir el artista atormentado que va en línea recta hacia *Los Mitos de Cthulhu*. En consecuencia, *Mort Cinder* es un producto excéntrico dentro de los paradigmas estilísticos del género. Lo que explica su publicación exitosa más tarde en Europa a mediados de los '70, cuando nuestro país era asolado por la última dictadura. Mientras Oesterheld estaba desaparecido, Breccia, galardonado en Europa, convertido en monstruo sagrado, pasaba una vez más circunstancias duras en el país que se resistía a abandonar. No sólo ignoraba el paradero del amigo guionista, también, como en un relato fantástico, se habían perdido en Europa varias de sus páginas de *Mort Cinder*. Me digo que estas son la clase de anécdotas que debería recordar ahora. También, por supuesto, debería nombrar unos cuantos de los innumerables hallazgos de la serie. La aventura de *La torre de Babel*, por ejemplo, ¿no es acaso un relato en el que conviven el saber de un lector voraz y la imaginación de un autor de literatura fantástica? Díganme si el relato *La madre de Charlie* no tiene, en la espera infatigable de esa vieja obsesionada con la vuelta de su hijo de la guerra, un

eco de *La pata del mono* de Jacobs. La madre espera en una estación de tren. Cuando *Mort* se le acerca, la vieja le pregunta: *¿Tiene noticias de él? Hace tanto que lo espero. Nunca supe nada de él. Todos me dicen que ya debe haber muerto. Pero yo no lo creo. Otros me contaron cosas... cosas espantosas. ¿Qué sabe usted de él, señor?*

Cuando se escribe sobre historietas, con frecuencia la lectura de las obras adopta la nostalgia o la fruición coleccionista, dos onanismos complementarios. No menos cierto es que cuando la crítica se acerca a la cultura popular suele apelar mecánicamente a categorías de análisis que, funcionales para piezas de la *alta cultura*, al trasladarse a un fenómeno con reglas propias de producción y disfrute, suelen derivar en interpretaciones *perdonavidas*. Como si fuera el lucimiento de las categorías y no el objeto a enfocar lo que importa. Toda una jerga procedente del estructuralismo ha influenciado en la interpretación de las historietas, que no son sólo un lenguaje y una codificación. Sus imágenes y sus textos, que no fueron, no son ni serán inocentes, vehiculan ideología. Leer fechando, leer y detenerse en el remanente de la lectura se vuelve entonces necesario para no resbalar en la melancolía o el goce fetichista. No se trata sólo de averiguar qué leíamos entonces. Se trata de reflexionar cómo leíamos. El sentido de esta operación no es gratuito: se trata de saber, en esencia, quiénes somos. La respuesta está sugerida en la pregunta que se formula el anticuario Ezra Winston en el comienzo de la aventura: *¿Está el pasado tan muerto como creemos?*

En los '70, la revista *Crisis* convocó a Oesterheld y a Breccia para seguir *Mort Cinder*. Oesterheld había pensado en revisar *La diligencia* de John Ford y Breccia ya estaba tomando apuntes para ese western, que nunca llegaría a concretarse.

11. Oesterheld rompió los códigos tradicionales del relato historietístico al probar que un héroe, a diferencia de los estándares yanquis, al quebrarse, también puede captar lectores solidarizándose con sus conflictos. En este punto es clave su ideología de la aventura. Oesterheld es un autor de aventuras. Pero conviene explicar qué se entiende por aventuras. Marcel Schwob auspiciaba en el París de 1891 que *la novela será, sin duda, una novela de aventuras, en la más amplia acepción de la palabra, novela de crisis del mundo interior y del mundo exterior, la historia de las emociones del individuo y de las masas, o sea, que el hombre indague nuevamente dentro de su corazón, o que lo haga dentro de la historia, de la conquista de la tierra y de las cosas, o de la evolución*. Si esta cita es pertinente se debe a que Schwob fue el escritor que con sus *Vidas imaginarias*, fue el inspirador y modelo de *Historia universal de la infamia*, ese libro de aventuras de Borges. Estoy convencido de que ésta era también la concepción de la aventura de Oesterheld, que late en cada uno de los textos que alguna vez creó. Pero, uno se pregunta, ¿qué es la aventura?

12. A propósito de *Ernie Pike*, creo que esta serie debería ser revisada. Porque aquí subyacen pistas y tensiones en las que se confunden escritura de vida y escritura de obra urdiendo una trama que parece de uno de sus guiones.

Oesterheld se acordaba: "En mi opinión, lo que más influyó en *Ernie Pike* fueron algunas grandes películas italianas *Paisà* o *Roma Ciudad Abierta*. También novelas de la Primera Guerra Mundial. Como *Sin novedad en el frente*. Pero antes, mucho antes, un clásico: *Guerra y paz*, que tiene tramos excelentes. También me impresionaba un autor olvidado: Stephen Crane, el de *La roja insignia del coraje*. Ésta, por su tratamiento, es una estupenda historia moderna, que más tarde iba a influir, a su vez, a Hemingway, quien nunca se preocupó por negarlo. *La roja insignia del coraje* es el modelo de las novelas de guerra. Porque es a la novela de guerra lo que es Edgar Poe, al relato policial. En ella tenemos al héroe tratado en forma moderna; con los miedos, las cosas impredecibles y previsibles al mismo tiempo; las cosas, digo, que de pronto lo convierten en un héroe o, repentinamente, en un cobarde. Después, cuando saqué la revista *Batallas Inolvidables*, ya había empezado a hurgar y a encontrar. Ésa es otra época. Ya había libros dedicados a una batalla. Por ejemplo, Montecassino, sobre la cual existía un libro americano. Todos esos libros contenían una buena parte documental. Pero, lamentablemente, nada que tuviera que ver con



lo anecdótico. Lo anecdótico lo ponía yo. Usaba una técnica que aún, al menos para mí, tiene vigencia. Es de una riqueza inagotable. Son las fotos. Las fotos, sí, son mi técnica. Con cualquier foto a la vista uno puede escribir un guión. Me acuerdo de la foto de una mula muerta. Me preguntaba qué fue o qué pasó para que la mula muriera. A lo mejor, la mula ni aparece en el relato. Pero es un método de trabajo, de hacer aflorar la inspiración. Hace poco vi cuadros de la Guerra de Secesión, de los combates del Norte contra el Sur. No había un solo cuadro que no contuviera, en potencia, una historia. Ni uno. El nombre de *Ernie Pike* viene del corresponsal Ernie Pyle, una figura arquetípica. Toda su vida parece escrita por un guionista. Luego leí algunas de las crónicas escritas por él. No ofrecían mayor anécdota. Eran, más que nada, siempre problemas humanos, el soldado pensando en su familia. Y si alguna vez contaba una acción bélica, la contaba de una manera muy pedestre, desde el punto de vista de un hombre cualquiera, como uno, sin siquiera mucho conocimiento de estrategia, armamento y todo eso. Por esta razón me resultó profundamente atractivo. Había sido el corresponsal más leído de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra. Murió en Iwo Jima cuando ya había terminado la campaña. Los vencedores estaban haciendo operaciones de limpieza. Iban varios en un jeep, un francotirador japonés disparó. Todos corrieron a tirarse en la cuneta. Era un incidente como tantos. Cuando los americanos liquidaron al francotirador y volvieron al jeep, ahí estaba Ernie Pyle, muerto por un disparo. Muerto de la manera más tonta”.

Contextualicemos. *Ernie Pike* fue contemporáneo de *El eternauta*. Oesterheld publicó las dos series a la vez en *Hora Cero* semanal. En *El eternauta* el héroe colectivo se manifiesta en potencia. En este período el peronismo proscrito, el sindicalismo clasista y la radicalización de la clase media confluyen en la insurgencia contra democracias truchas y dictaduras. Lo que *El eternauta* representa en términos sociales está ahí, en la calle. Al igual que en *El eternauta*, *Ernie Pike*, comienza con alguien que escribe. Pero en *Ernie Pike* se anuda con los lectores un vínculo menos populista. *Ernie Pike* no es Juan Salvo. Está siempre solo, a veces con birrete, a veces con casco, con su máquina de escribir, en el frente. *Ernie Pike* es la mirada piadosa del narrador y también un autorretrato narrativo de Oesterheld. Hay que observar el hallazgo del dibujo de Pratt interpretando a su guionista. Antes que analizar los ejércitos, *Ernie Pike* se fija, sin distinción de banderas, en las historias chicas de sus soldados, carne de cañón. *Ernie Pike* se presenta y presenta la historia en un primer cuadro y des-

pués se borra. Como mucho, vuelve en el final con una reflexión sobre el destino, sus paradojas. En este relato moral, en ocasiones, ni se lo ve a *Ernie Pike*: simplemente firma al comienzo, como un cronista firma su nota. Es decir, no es su historia la que cuenta sino la de otros: hombres, mujeres y chicos. La gran constante es la guerra. El narrador, sin duda, está del lado de las víctimas: sean yanquis o alemanas. Si hay un tema, según Oesterheld, es la muerte. Y, para la época y dentro del género, ensaya una vuelta de tuerca: la muerte se lee no desde los aliados ganadores sino desde el pacifismo. Esto, tengamoslo en cuenta, mientras se libra otra guerra: la guerra fría. Que por acá se traduce en persecución política, manifestaciones relámpago, molotovs, camiones hidrantes y picana.

Ernie Pike es la serie de Oesterheld que dibujan casi todos los artistas que colaboran en su editorial Frontera. Por lo general el escritor le asigna a cada dibujante una serie particular de acuerdo a su temperamento plástico: a Solano López el realismo urbano, a Pratt el paisaje abierto, a Breccia lo extraño y lo gótico. Con *Ernie Pike* no pasa lo mismo. Lo dibujan todos: desde Hugo Pratt a José Muñoz. Estas variaciones gráficas sobre un mismo personaje, las distintas perspectivas de un mismo escriba testigo, hacen que *Ernie Pike* se lea como una marca. *Ernie Pike*, como ninguna otra serie de Oesterheld, es la escritura donde más se borra la imagen del personaje y, justamente por este borramiento, está omnipresente in absentiam. Porque en *Ernie Pike* el verdadero protagonismo es de la voz narradora.

Arriesgo una hipótesis: esta serie, la del corresponsal, es donde más se borra, como dije, la voz del personaje, pero a la vez es donde más se lo escucha a Oesterheld. Y me pregunto si es casual que en la época de *Hora Cero* el escritor se sacara una foto disfrazado de corresponsal de guerra como posando para Pratt. ¿Es una pose esta foto? Cabe también preguntarse, ¿es un mecanismo caricaturesco de identificación entre el autor y su personaje? En esta época Oesterheld todavía era como su personaje, un intelectual pacifista. No obstante, cabe conjeturar que en su uniforme de combate, con birrete, hay más que una boutade, un anticipo de su elección tardía: la guerrilla.

En los '70, cuando retomó a *Ernie Pike* para Top, lo ubicó en Viet Nam y fue menos neutral. No podía serlo. Porque Oesterheld ya acompañaba a sus hijas en el compromiso militante con la lucha armada. Mientras se ganaba la vida escribiendo cantidad de guiones para las revistas de Columba, una editorial de derecha que regalaba sus revistas en los cuarteles, escribe en *Noticias* y en *El descamisado*. Por entonces el montonerismo proyectó una revista de historietas que no llegará a salir: *Machete*. Se llamaría así por el machete de copiarse, pero también por la consigna Fusiles y machetes/ por otro 17. Los guiones que Oesterheld escribió para *Machete* eran un calco de los que escribía para *Ernie Pike* en su primera época. Si antes los partisanos eran franceses o italianos, ahora eran argentinos y combatían al ejército.

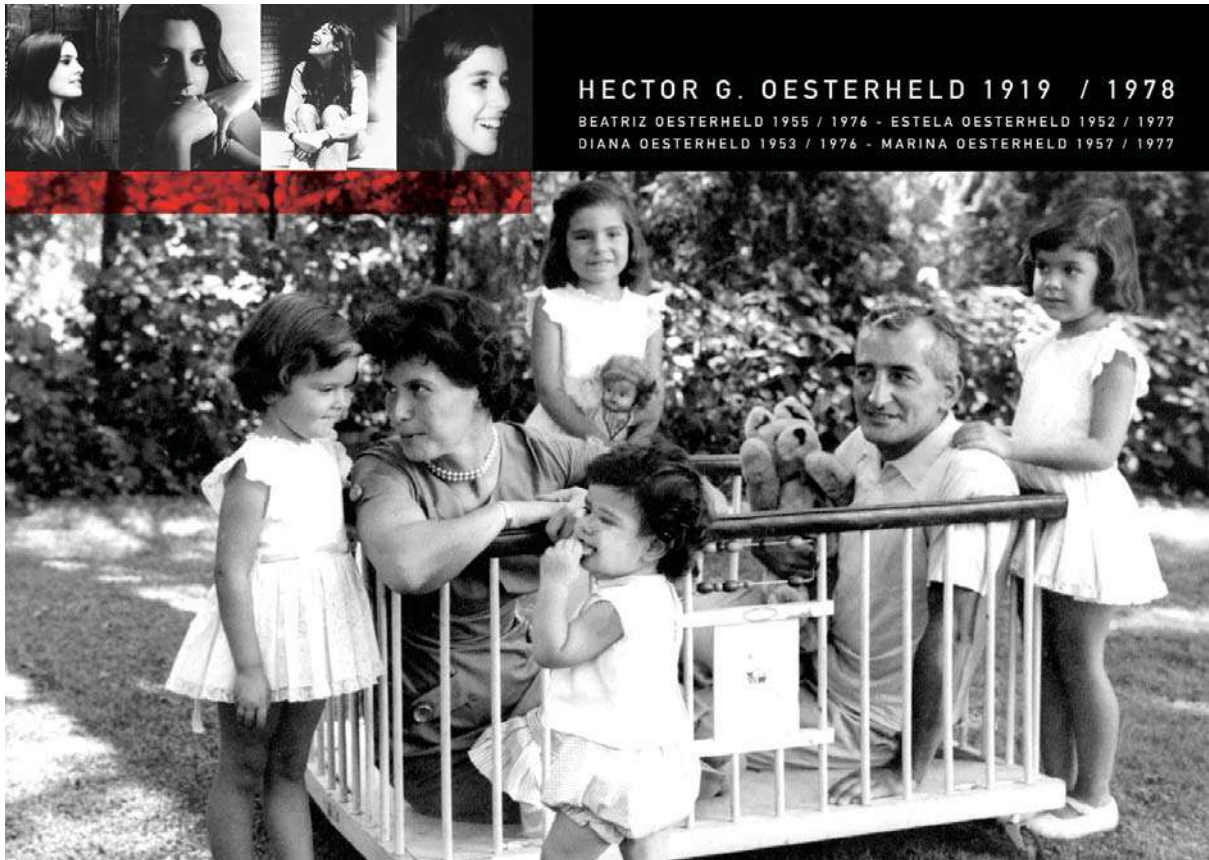
Desde *El matadero* hasta acá, las relaciones entre violencia política y literatura son claves para comprender nuestra historia. Revisarlas nos remite siempre a una contradicción nodal: civilización o barbarie. Que se traduce como lucha de clases. Vale repetirlo una vez más: la teoría literaria es también teoría política. La biografía y la obra de Oesterheld, con sus contradicciones, pero también con su búsqueda de coherencia, terminan en los distintos chupaderos por los que pasó.

Los torturadores se sorprenden por el parecido físico de su prisionero con *Ernie Pike*. Lo han leído, le dicen.

En el informe de la CONADEP puede leerse una carta que escribió a sus padres Ana María Caruso, pareja del sociólogo Roberto Carri, el autor de *Isidro Velázquez, formas prerrevolucionarias de la violencia*, un ensayo sobre el bandido expropiador. En esa carta, escrita desde el cautiverio de la pareja en un centro clandestino de de detención (apodado con sorna macabra *Sheraton* o el *Embudo*), en la comisaría de Villa Insuperable, dependiente del I Cuerpo de Ejército, escribe: *Ahora está con nosotros "el Viejo", que es el autor de El eternauta y El Sargento Kirk. ¿Se acuerdan? El pobre viejo se pasa el día escribiendo historietas que hasta ahora nadie tiene intenciones de publicarle.*

Guillermo Saccomanno,
guionista de historietas y escritor, ha publicado entre otros libros las novelas *Roberto y Eva* (1989), *El buen dolor* (2000), *La lengua del malón* (2003) y *El amor argentino* (2004).

De coincidencias y profecías



Por Ana Longoni y Pablo Luzuriaga

Las armas del oficio

Como señaló hace años el escritor Miguel Briante, existen muchos puntos de contacto entre H. G. Oesterheld y Rodolfo Walsh. En ambos se realiza un recorrido biográfico, intelectual y político semejante, marcado por la radicalización política que signó la experiencia de su generación, la expectativa de inminencia revolucionaria que alentaría sus actos y definiría sus opciones. Las marcas de esos itinerarios coincidentes están inscriptas en sus obras más renombradas: *Operación Masacre* y *El Eternauta*. Las dos tienen mucho en común, más allá de las evidentes coincidencias respecto del año de su creación y del destino trágico de sus creadores en manos del terrorismo de estado cuando fueron violentamente desaparecidos veinte años más tarde. Las dos décadas que van desde un punto al otro, justamente, pueden leerse como una época bien delimitada de un antes y un después, atravesadas por ideas-fuerza como *modernización*, *vanguardia* y *revolución* que a veces parecían conciliarse en un programa común y otras, se enfrentaban irreductibles.

¿Qué tienen, además, en común *Operación Masacre* y *El Eternauta*? Ambas obras se cuen-

tan bajo el soporte de géneros y formatos menores, de circulación eminentemente popular y masiva: en el caso de Walsh será el relato policial y el folletín, en el de Oesterheld, la ciencia ficción y la historieta. Nuestros autores localizan sus historias —a contrapelo de los lugares comunes de dichos géneros— en la zona norte del conurbano bonaerense. En la clave de la investigación de una masacre (circunstancia real, pasada o ficcional, futura) hablan de un destino colectivo y se proponen como intervenciones que pretenden terciar en él. Ése es, quizá, el punto que con mayor fuerza las hermana: la vinculación que evidenciaron entre literatura y vida al calor de los acontecimientos políticos que atravesaron las décadas del sesenta y setenta.

Ambas obras fueron reescritas una y otra vez a lo largo de los años '60 y principios de los '70. La investigación sobre los fusilamientos en José León Suárez tomó forma de libro por primera vez en 1957, y luego fue reeditada en 1964, 1969 y 1972. Igual que Walsh, Oesterheld realizó distintas versiones de su obra. La historieta que cuenta una invasión alienígena a Buenos Aires fue publicada inicialmente en 1957, ilustrada por Solano López. Luego, en 1969, fue reescrita en una versión dibujada por Alberto Breccia y, por último, hacia 1974 sirvió nuevamente de argumento para otra historieta publicada por Oesterheld en el diario Noticias, bajo el título *La guerra de los Antartes*.

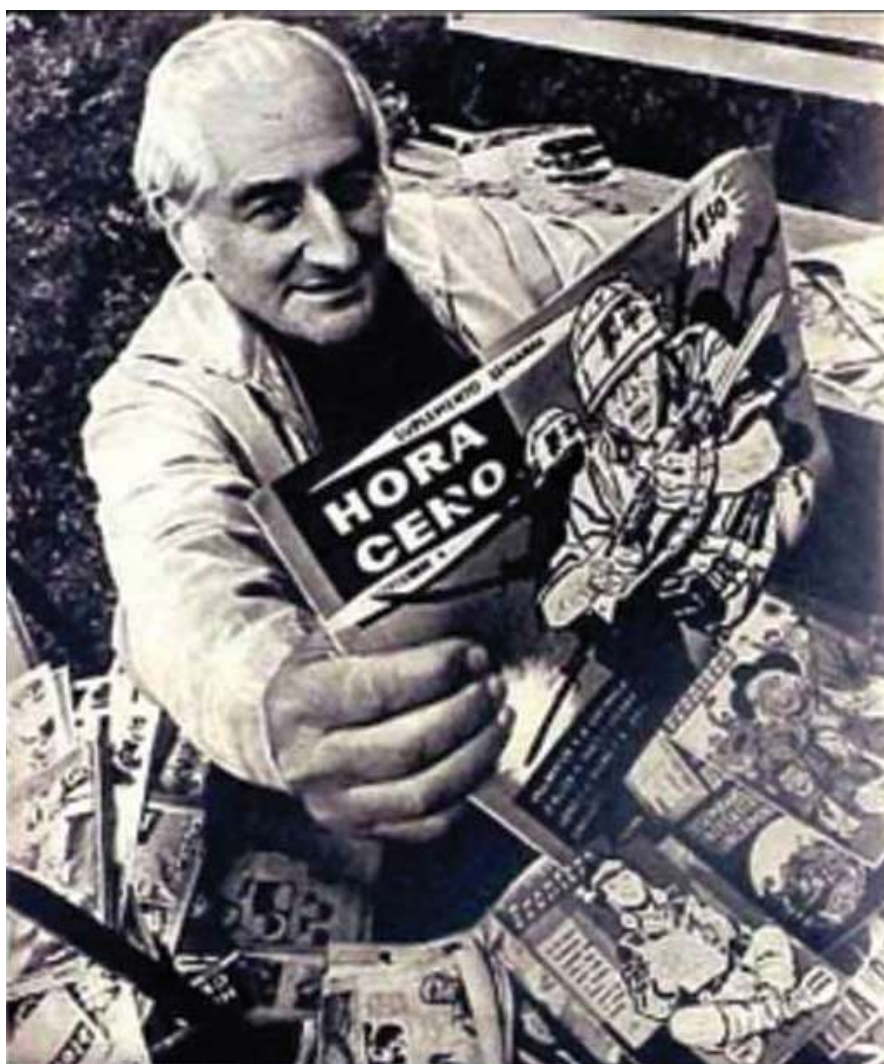
La mutación continua de las dos obras no puede escapar a la politización de sus respectivos autores —y de gran parte de la sociedad— a lo largo de los '60, acuciada por sucesos como la guerra de Vietnam, la invasión norteamericana a Santo Domingo o la muerte del Che Guevara en Bolivia, y evidenciada en la pueblada obrero-estudiantil que pasó a la historia como el Cordobazo, en 1969.

En el proceso de reescritura de *Operación Masacre*, Walsh agrega un nuevo epílogo en la edición de 1964, que a su vez modifica en 1969 cuando incorpora un fragmento titulado *Retrato de la oligarquía dominante*, en el que evidencia su nueva posición en el giro que propone en la interpretación de la masacre. No entiende ya los fusilamientos de José León Suárez como un error del estado, un exceso de la autodenominada Revolución Libertadora, sino como una regla constante que se origina en una cuestión de clase. No se trata de un enfrentamiento político entre el peronismo y los demás partidos: lo que se pone en juego es el conflicto entre clases sociales enfrentadas.

Paralelamente, en la edición de *El Eternauta* dibujada por Breccia, Oesterheld reduce y modifica el guión, introduciendo por primera vez la causa de la invasión asociada al imperialismo. En la radio, Juan Salvo se pone al tanto de la traición de las grandes potencias. Y Favalli reflexiona: *Somos como los Incas o los Aztecas peleando contra los Europeos... El enemigo viene de otro sistema solar, han convencido, vaya a saber cómo, a los Estados Unidos, a Rusia y a las demás grandes potencias, de que la tierra debe ser compartida con ellos, con los invasores. Los grandes países, para no ser atacados, les entregaron Sudamérica.*

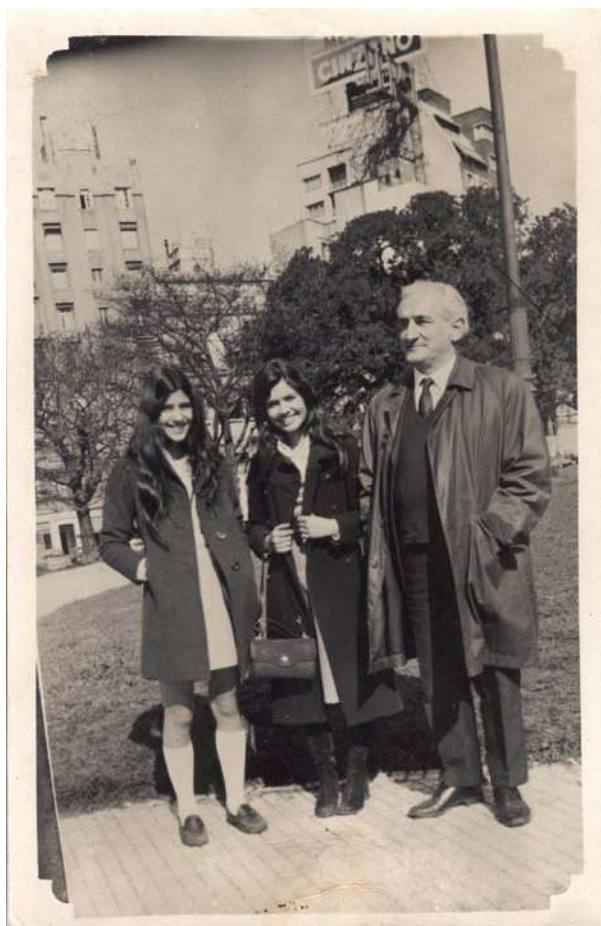
Pocos años más tarde, la opción por la lucha armada de ambos escritores, quienes trabajaron en la estructura de prensa de Montoneros, puede nuevamente ser leída en la modificación de las obras. La primera versión de *La guerra de los Antartes* se publicó en la revista 2001 en 1970, y en 1974 las tiras aparecen en el diario Noticias dibujadas por Gustavo Trigo. Si bien no se trata estrictamente de una reescritura de la historia protagonizada por Juan Salvo, es plausible pensar que los lineamientos básicos del relato producen un haz de continuidad entre las dos historias. El argumento se centra en una invasión extraterrestre con base en la Antártida, y los alienígenas nuevamente pactan con las grandes potencias terrestres para quedarse con el territorio sudamericano a cambio de la entrega de nuevas tecnologías. Como señala Pablo De Santis, éste es el único texto escrito por la izquierda peronista donde está trazada en términos ficcionales una proyección utópica. La Argentina socialista del futuro —en la que sucede esta invasión— instala al lector en una sociedad que ha vivido un segundo 17 de octubre, organizada con milicias populares, gobernada por un consejo peronista, que no pactaba frente a las amenazas y sobornos alienígenas. Una Argentina posterior a la revolución que muchos para entonces concebían como próxima e inevitable.

Inmerso en el mismo clima de época, Walsh, junto al director de cine Jorge Cedrón,



realiza la última de las reescrituras de *Operación Masacre*, esta vez en términos de un guión cinematográfico. En el film en el que colaboró asiduamente se verifican una serie de cambios que apuntan a justificar el accionar de las Fuerzas Armadas Peronistas, organización en la que Walsh había ingresado alrededor de 1970. Filmado en la clandestinidad entre 1971 y 1972, el film desplaza el lugar de narrador de la historia de los fusilamientos a uno de los sobrevivientes: Julio Troxler. Ya no alcanza con la constatación de que la masacre de José León Suárez no había sido una excepción sino la regla. La película explicita que para obtener justicia la única vía es la de la insurgencia organizada a través de un ejército popular. En las idas y vueltas entre el cine y la escritura, en la última de las ediciones del libro en vida de Walsh, la de 1972, se incorpora el discurso final de Troxler en la película, justificando esta inserción en que *completa el libro y le da su sentido último*. También agrega un capítulo titulado *Aramburu y el juicio histórico* en el que justifica un modo de hacer justicia (popular) alternativo al sistema judicial del estado.

Las sucesivas modificaciones de *Operación Masacre* y de *El Eternauta* pueden leerse en paralelo, en tanto señales que permiten vislumbrar en su propio cuerpo textual una trayectoria política y una concepción del compromiso intelectual compartidas entre sus autores. Allí están las huellas de la radicalización política de una generación a lo largo de la época que va del derrocamiento del Perón y el triunfo de la revolución cubana, y se clausura de una manera tajante y brutal con el golpe de estado del 24 de marzo de 1976.



Una nevada oesterheldiana

Así como adjetivamos inevitablemente la perversión burocrática como *kafkiana* y ante cualquier laberinto filosófico o literal caemos en *borgiano*, esos lugares comunes que conectan en el lenguaje corriente la literatura con la existencia cotidiana evidenciaron un nuevo hallazgo incorporado plenamente a nuestro imaginario colectivo. Todos (casi todos, o muchísimos de nosotros, en todo caso) no pudimos dejar de rememorar a Oesterheld y el comienzo de *El eternauta* cuando el 9 de julio de 2007 empezó a nevar sobre Buenos Aires. Y esa condición ficcional del acontecimiento real, a exactos cincuenta años de la primera edición de la mítica historieta, llevó a interrogarnos no tanto acerca de los trastocamientos y desórdenes climáticos que asolan el planeta, sino acerca de razones de otro orden, esos límites inciertos entre Historia (vivida) e historia (narrada), incitándonos a indagar en los lazos entre la experiencia y la invención como planos superpuestos e indiscernibles.

En un invierno tan frío como éste, pero medio siglo atrás, Polsky había detenido la mano de Lucas al grito de *¡No, no abras! ¡Hay algo en el aire! ¿No ven que parece estar nevando?*. Mientras tanto, Juan Salvo, preguntándose por Elena y Martita, corría saltando escaleras abajo en su chalet de Vicente López, y luego, el mismo Polsky, al constatar que los teléfonos no funcionaban, se lanzaba golpeando a Favalli y a Lucas hacia el mar de muerte que reinaba en el exterior. Cuatro viñetas sin texto dejan ver cómo el jubilado que sabía aprovechar la buhardilla de los Salvo para construir violines corre con su sobretodo en la cabeza, luego lo suelta entumecido por la radiación, se retuerce en un dolor silencioso y cae de boca sobre el suelo nevado.

Ahora, en el crudo invierno de 2007, en la contemplación del tiempo diferido de los copos cayendo, en el estremecimiento que la situación nos provocaba, la profecía cumplida nos



Obra basada en *La Frontera*, primera parte, publicada en *El Descamisado*, 5 febrero de 1974, dibujo en tinta de Martín Barrios.



devolvió por un buen rato la presencia de Oesterheld a las calles futuras de su Buenos Aires apocalíptico.

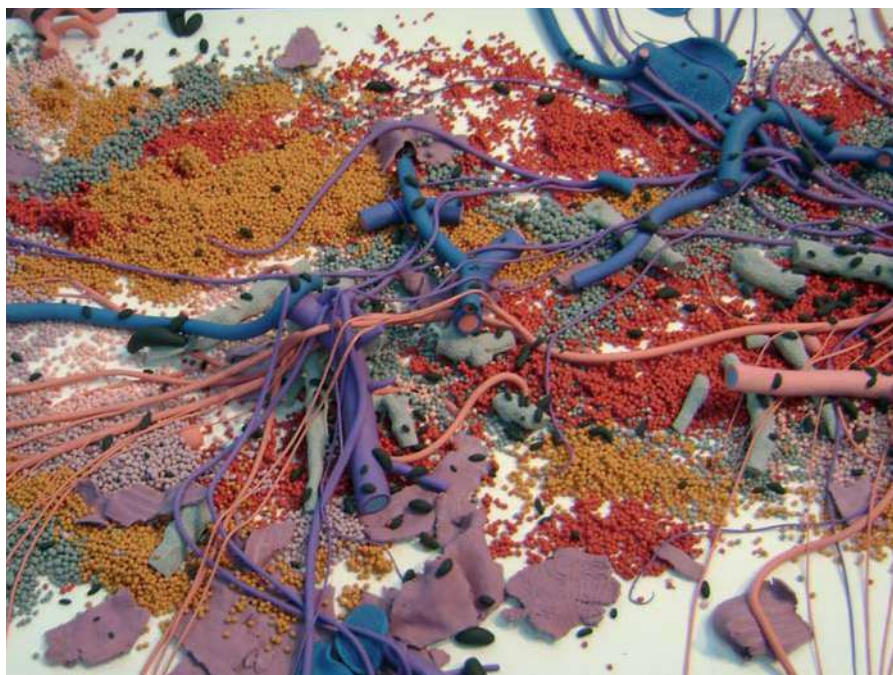
Oesterheld, introduciéndose a sí mismo como personaje de su propia historieta, escucha la historia de horror narrada por el viajero del tiempo. Ambos se percatan de que todo lo narrado no es un sueño sino una profecía que sucederá cuatro años después. Al acercarse al lugar de los hechos, el chalet de Vicente López de los Salvo, constata la veracidad del relato.

Lo que es indiscutible es que la nieve porteña fue y será oesterheldiana. Si esta vez la gente salió ingenua a la calle a celebrar el acontecimiento con flashes y escuálidos muñecos, y luego volvió a su casa (si la tiene) feliz con la novedad y las manos ateridas, en lugar de perecer exterminada por una nevada radioactiva, ¿es porque la literatura puede citarse en la vida amablemente distorsionada o neutralizada?, ¿o será un guiño oesterheldiano?

¿Puede alguien —creyendo conocer un destino fatal— cambiarlo a base de tinta y papel? La pertinencia del tono fatalista quizás no sea menor: como indicaba Pablo Francescutti mientras caían los copos letales en las páginas de *El Eternauta*, en ese mismo momento estaba lloviendo *un polvo de muerte* sobre los pescadores japoneses, un polvo que cubría las aldeas isleñas del Pacífico y rociaba a las tropas de maniobras enviadas a los cráteres de las bombas H. Hacia fines de la década del '50, producto de las pruebas nucleares soviéticas y norteamericanas, volaban cenizas radiactivas por todo el planeta cayendo en forma de lluvia sobre vastas zonas pobladas y de cultivos. En muchos lugares podían estar sonando contadores Geiger como el de Lucas Herbert.

Fueron entonces las protestas antinucleares las que impulsaron la formación de los movimientos ecologistas en el mundo, en tanto nuevo movimiento social articulado en contra del progreso y la industrialización desenfrenadamente destructiva. En *El Eternauta*, nuestra obra más acabada de la ciencia ficción, queda registrada una de las críticas más contundentes de la literatura argentina a la racionalidad técnica: que otra cosa es si no el sistemático plan de exterminio ejecutado por los *ellos*.

Queremos creer que la nieve no fue la única profecía cumplida de *El Eternauta*. El 19 de diciembre de 2001, cuando comenzaron a sonar las cacerolas y los noticieros a registrar las concentraciones en los distintos puntos de la ciudad, salimos a la calle con algún objeto



Mauro Koliva: Sin título.
Instalación con catre
y masilla epoxy.

contundente, un palo, un viejo cucharón o una tapa de cacerola para golpear los postes metálicos. Desde distintos y distantes puntos de la ciudad comenzó una lenta peregrinación hacia el centro. Las columnas se iban encontrando en las esquinas principales y volvió a inventarse un trayecto a pie hacia el centro de la Ciudad de Buenos Aires, una caminata infinita de vecinos con el tránsito parado. ¿Era la ruta seguida desde Avellaneda el 17 de octubre de 1945? ¿O la secreta alegoría de *El libro extraño* de Sicardi? Mejor, la emulación de aquella otra travesía realizada por los milicianos de *El Eternauta* desde la zona norte del primer cordón del conurbano hacia la Plaza de Mayo. La apuesta colectiva por llegar allí para que se vayan todos (los ellos).

Héctor Germán Oesterheld. La aventura continúa

Las obras de Mauro Koliva y Martín Barrios cuyas reproducciones acompañan este artículo, fueron expuestas en la muestra colectiva *La aventura continúa*, dedicada a la memoria Héctor Germán Oesterheld. Ésta se inauguró el 5 de septiembre de 2007 en el Museo de Arte y Memoria de La Plata (calle 9 número 984). Aportaron fotografías, revistas, libros y originales, Elsa Oesterheld, su esposa, y sus nietos Fernando y Martín. Pero la muestra, además de exhibir cantidad de materiales directamente relacionados con el gran guionista de historietas y cuentista, se propuso interrogarse qué sucede con Oesterheld y los artistas jóvenes. Sus personajes, sus historias, sus climas, fueron utilizados a modo de disparador para que otra generación, desde diversas disciplinas, los volviera a abordar. En esa línea se inscriben los aportes de Martín Barrios (dibujos sobre tinta basados en una historieta aparecida en la revista *El Descamisado* de 1974), Mauro Koliva (instalación con masilla epoxy), Lucila Quieto (instalación que combina fotografía tratada digitalmente, dibujos y soldaditos, como relectura que vincula el Sargento Kirk con el Cordobazo), Rafael y Enrique Landea (el video digital *Robinsones*). Además de estas realizaciones especialmente pensadas para la muestra, otros artistas aportaron obra relacionada con las sensaciones propias de los mundos creados por Oesterheld: Tomás Saraceno (fotografías del salar de Uyuni, en Bolivia), Gian Paolo Minelli (fotografías de la cárcel de Caseros abandonada), Alberto Heredia (objeto) Norberto Gómez (escultura), Alfredo Srur (fotografía), Sebastián Díaz Morales (film).

Comisión Provincial por la Memoria

Causas por el Batallón 601 y el hospital Posadas

El aporte del archivo de la D.I.P.B.A. a la justicia

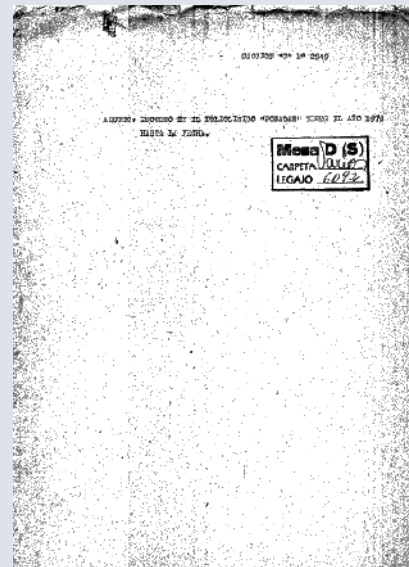
El hospital Posadas, ubicado en los años '70 junto a la villa Carlos Gardel, y por entonces convertido en hospital comunitario a partir de la decisión de los trabajadores de la salud, ejemplo de participación gremial y compromiso colectivo, tendrá pronto su día de justicia. El juez federal Daniel Rafecas, procesó a Reynaldo Bignone ya cuatro responsables más de la detención de sus trabajadores.

Entre el 27 y 28 de marzo del '76, el entonces general Bignone invadió el Hospital Posadas. En esa oportunidad fueron detenidas alrededor de 70 personas, alojadas en el mismo hospital y/o llevadas a las cárceles de la provincia de Buenos Aires, donde eran interrogadas y sometidas a tratos crueles por supuestos abogados que se presentaban en esos calabozos. En su versión de los hechos, que consta en el libro *El último de facto*, Bignone afirma: *El pronunciamiento militar fue un miércoles. Al domingo siguiente me tocó*

decidir si autorizaba o no la realización de espectáculos deportivos (...). El 27 y 28 recorrí dependencias del Ministerio de Bienestar Social ubicadas fuera de la Capital Federal. Basándome en información de inteligencia dispuse intervenir y revisar militarmente el hospital Posadas, ubicado en la localidad de Haedo. Se emplearon oficiales y soldados, no cadetes del Colegio Militar. La operación se llevó a cabo sin novedad. Si hubo detenciones, éstas fueron escasas, con fines identificatorios y con la libertad inmediata de los afectados.

En su libro, Bignone también se refiere al documento de inteligencia que sirvió de pretexto a la invasión. El mismísimo general, auto-titulado Ministro de Bienestar Social -un cargo con resonancias siniestras en la Argentina de los '70-, recorrió las instalaciones del Hospital y pidió que se elaborase un informe sobre las *actividades que engendren un peligro subversivo*. El Batallón 601 fue el encargado de cumplir esa orden.

Con el número 6092 Mesa "DS" en el archivo de la D.I.P.B.A., 30 años después se localizó el documento al que hace referencia el general. Bajo el título *Proceso en el Policlínico Posadas desde el año 1972 hasta la fecha*. Ese documento, fue aportado por la Comisión Provincial por la Memoria a la justicia, en la causa que lleva adelante el juez Rafecas, para documentar la persecución y los secuestros a los



que fuera sometido personal del Posadas. El escrito que demuestra la responsabilidad del Batallón 601 en la invasión, contiene 74 folios y fue confeccionado en agosto de 1976. Está dividido por temas, con los siguientes títulos:

Proceso desarrollado en el Policlínico desde fines de 1972 a la fecha, considerando particularmente una ligera semblanza de la gestión y/o Plana Mayor. Gestión de las listas que motivaron los procedimientos

Las acciones del Partido Comunista Argentino en el Policlínico

Accionar de Montoneros -J.T.P. en el Policlínico

Accionar del P.R.T.-E.R.P. en el Policlínico
Nomina personas sindicadas como sub-

versivas y conclusiones parciales sobre la realidad de esta calificación

Los responsables de las Listas

El documento es de carácter interno y despliega un análisis crítico en relación a los procedimientos, acciones represivas en las que debe intervenir el personal. La crítica parece centrarse en la falta de coordinación y jerarquización de las formas elegidas para proceder

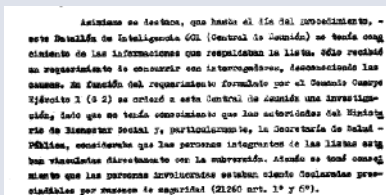
...se destaca, que hasta el día del procedimiento, este Batallón de Inteligencia 601... no tenía conocimiento de las informaciones que respaldaban las listas (foja 6).

...la investigación presente, pone en evidencia que inteligencia es llamada a intervenir cuando ya está resuelta una operación... (foja 47).

(inteligencia) Sólo recibió un requerimiento de concurrir con interrogadores, desconociendo las causas.. (foja 6)

El Batallón 601 intenta demostrar, además, la poca veracidad de los partes de inteligencia elaborados por la S.I.D.E.: *La tarea encarada por esta Central de Reunión, exigió como primer paso sistematizar el cúmulo de informaciones reunidas, que en realidad en su gran mayoría, no superan el nivel de versiones (foja 41)*

Es por lo menos sorprendente la mirada de estos agentes estatales en relación a, por ejemplo, la elaboración de las listas que permitieron la invasión al hospital Posadas para detener y/o secuestrar a su personal entre los días 27 y 28 de marzo y la claridad con que reivindican las doctrinas de conducción integral centraliza-



da para dar la *lucha contra subversiva*.

El documento aportado por la Comisión Provincial por la Memoria señala a los responsables que participaron directamente del operativo represivo de ingreso al hospital:

Cabe destacar que durante el procedimiento militar se encontraron presentes altos jefes militares, entre ellos el Gral. Brignone, Ministro de Bienestar Social de la Nación...

Producido el golpe de estado del 24 de marzo de 1976 se desarrolló en el nosocomio un procedimiento militar de gran envergadura (28 de marzo) que procedió a la requisa de las instalaciones e identificación de las personas presentes y en base a una lista de supuestos activistas (aportada por personal militar), se procedió a la detención de personas en el nosocomio y en el domicilio.

En cuanto a la confección de la lista que sirviera para detener y secuestrar al personal del hospital Posadas, el informe señala: *Durante el transcurso de esta jefatura adquieren preeminencia personas como el ingeniero Medrano y el señor Ricci que según consta de las declaraciones tomadas a las personas imputadas son los gestores de las listas de los supuestos sub-*

versivos.

Más adelante y siempre en referencia a la confección de listas, el informe indica que: *según la documentación obrante las listas fueron elaboradas por el Dr. Pimentel, Arturo Luis, Director del Policlínico hasta la Intervención de la Junta Militar. Medrano Jacinto Jefe de Mantenimiento y Servicios Generales, Ruppel, Mario Omar, Jefe de la Asesoría Legal, Ferrara Jacinto Médico, Ramos Marrero Coronel (R) Farias, Pedro Teniente Coronel (R). Estas personas, a través de un Acta labrada por la Junta Militar fechada el 31 de marzo de 1976, ratifican el contenido de las listas con las que se realizó el procedimiento del 28 de marzo de 1976.*

En relación a lo obrado por el Batallón 601, el informe señala que *concurrieron con interrogadores...en función del pedido formulado por el Comando Cuerpo I del Ejército (G.2).*

El informe indica también que el coronel médico (RE) Ricardo Estévez y el coronel médico Agatino Federico Di Benedetto ocuparon cargos de dirección una vez ocurrida la ocupación del Hospital Posadas por parte del ejército, cumpliendo funciones delegadas por la Secretaría de Salud Pública.

El juez federal Rafecas procesó a Bignone por su responsabilidad en el secuestro de quince personas. El coronel médico Agatino Di Benedetto, que fue interventor del Posadas, el brigadier Hipólito Rafael Mariani y los represores Luis Muiña y Argentino Ríos, son los otros acusados procesados por el juez .

Otro premio para Un claro día de justicia

El documental que da cuenta del juicio en el que se condenó a Miguel Etcheolatz a reclusión perpetua, dirigido por Ana Cacopardo e Ingrid Jaschek, obtuvo el segundo premio -y mención por ser considerado el documental que mejor aporta a la defensa de los derechos humanos- en el Festival de Cine y Video Documental de Avellaneda.

Novedades del Área Centro de Documentación y Archivo

Desde el área se está trabajando para mejorar el servicio y la apertura de la documentación, aunque siempre prestándole especial atención a los cuidados y el respeto a la intimidad de las personas que un archivo sensible como éste requieren.

Con el objetivo de democratizar más la información, se decidió producir las primeras colecciones documentales digitales. La selección temática, a cargo del equipo técnico, tuvo como criterios el interés de los investigadores que han hecho pedidos al archivo y la originalidad de alguna documentación. Así, a partir de un análisis de los pedidos realizados en los últimos tiempos, se encontró que hay un renovado interés por la historia social y la historia de los trabajadores, en muchos casos con un anclaje local. También las organizaciones y corrientes políticas, sobre todo aquellas que se desarrollan a partir de la década del '50 han sido reiteradamente consultadas por historiadores, sociólogos y periodistas. Un tercer eje temático tiene que ver con la cultura en sentido amplio: por una parte, la emergencia de organizaciones culturales novedosas en la década del '60, como Kronos Silo y por otra las formas que adquirió la censura a la cultura. Además de estas primeras colecciones se sigue trabajando para armar otras.

La otra novedad del área esta relacionada con el contacto directo entre equipo técnico y usuarios del archivo, ya que la superación del trabajo pasa por un ida y vuelta con aquellos que recurren al archivo en busca de documentación. Por eso es que se ha organizado el Primer Encuentro de Usuarios del Archivo de la D.I.P.B.A., en esta oportunidad dirigido a investigadores. Como la palabra encuentro lo indica, es una iniciativa modesta, un inicio. Se invitó a un grupo de investigadores para que cuente cómo fue su trabajo, intentando hacer una selección que

dé cuenta de la diversidad de temas trabajados, de las generaciones de quienes vienen a buscar documentación y de sus orígenes institucionales. Para el 2008 se están organizando encuentros con actores judiciales y con quienes recurren al archivo en busca de la información que la policía produjo acerca de sí mismos o de sus familiares fallecidos o desaparecidos.

Desde el 1 de diciembre están a disposición de los interesados las primeras seis colecciones documentales: Anarquistas, con introducción de Ramón Tarruella; Tacuara, con introducción de Daniel Lvovich; C.G.T. La Plata, Berisso y Ensenada, con introducción de Marcelo Raimundo; C.G.T. de los Argentinos, con introducción de Luciana Sotelo; Kronos, con introducción de Julián Axat; Censura cultural durante la dictadura, con introducción de Hernán Invernizzi. Cada colección es el resultado de una selección documental, que ha sido tachada digitalmente a fin de respetar lo establecido por la Ley de Protección de Datos Personales. Las colecciones, algunas de las cuales son muy voluminosas, han sido puestas en un buscador Greenstone, lo que permite búsquedas por palabras clave, además de las búsquedas por legajos o documentos. Esta tarea también ha sido realizada por el Equipo de Digitalización de la Comisión Provincial por la Memoria. El precio de las colecciones es de 20 pesos para investigadores argentinos y latinoamericanos, y de 20 dólares para investigadores extranjeros. La selección documental y las referencias estuvieron a cargo de Claudia Bellingeri, Verónica Bogliano, Ana Bugnone, Nilda Eloy, Patricia Funes, Mora González Canosa, Emmanuel Kahan, Magdalena Lanteri, Laura Lenci, Mariana Nazar, Julieta Sahade y Marcelo Scotti. La digitalización y programación, de Myrian Chancel, Pablo Fernández, Roberto Kolkovsky, Damián Mega, Mariana Michalak, Ivana Panchenko y Esteban Soler

Libro colectivo itinerante



A partir del 2 de noviembre, se expuso en el Museo de Arte y Memoria de La Plata (calle 9 número 984), el *Libro colectivo itinerante Estrategias de resistencia*, obra colectiva en la que participaron junto a la organizadora, Eugenia Bekeris, los artistas visuales Julio Flores, Paula Doberti, Viviana Poniemann, Mabel Carral, el grupo Kimün y el grupo Remo.

En palabras de la artista visual Eugenia Bekeris, se trata de *un foro, un espacio abierto de intercambio entre quienes se suman en la construcción colectiva (...) con imágenes, palabras, sonidos y testimonios de vida. El foro, cuya figura es la de un libro colectivo itinerante, es continuidad del Primer Encuentro Internacional "El arte representación de la memoria del terror", espacio abierto para la discusión acerca de la ética en la representación del horror en el arte, en repudio al terrorismo de estado, desde distintas memorias, que tuvo lugar en Buenos Aires en noviembre del 2005.*

Para obtener información sobre estos o cualquier otro tema relacionado con la Comisión Provincial por la Memoria
Página web: www.comisionporlamemoria.org.ar | cmemoria@speedy.com.ar | museodearteymemoria@speedy.com.ar